

ANA SOLARI

1930

EL ORIGEN



desafioprofundo.org

1930

EL ORIGEN



desafioprofundo.org

© 1930: El origen
Copyrigh 2024, Ceibal

ISBN: 978-9915-9533-3-5 (la trilogía impresa)

ISBN: 978-9915-9533-5-9 (la trilogía digital)

Ceibal

Presidente: Leandro Folgar

Gerenta General: Fiorella Haim

Gerenta de Educación: Carinna Bálsamo

Ministerio de Educación y Cultura

Ministro: Pablo da Silveira

Director Nacional de Educación: Gonzalo Baroni

Administración Nacional de Educación Pública

Presidente del Consejo Directivo Central: Virginia Cáceres

Directora General de Educación Inicial y Primaria: Olga de las Heras

Directora General de Educación Secundaria: Jenifer Cherro Pintos

Director General de Educación Técnico Profesional: Juan Pereyra

Presidente del Consejo. de Formación en Educación: Víctor Pizzichillo Hermin

Universidad Tecnológica del Uruguay

Consejero: Rodolfo Silveira

Consejera: Graciela Do Mato

Consejero: Andrés D. Gil

Secretaría Nacional de Deportes

Secretario Nacional: Sebastián Bauzá

Coordinador Deporte y Educación: Carlos Fiordelmondo

Referentes de ANEP en Ceibal

Consejo Directivo Central: Emy Soubirón

Dirección General de Educación Inicial y Primaria: Estela Chauvie

Dirección General de Educación Secundaria: Paola Vilar

Dirección General de Educación Técnico Profesional: Ignacio Lozano

Consejo de Formación en Educación: Jorge Delgado

La Red: Comunidad de innovación Pedagógica

Gerenta Claudia Brovetto

Corrección de estilo

Alejandro Coto

Diseño y armado

Manosanta desarrollo editorial

Imprenta

Gráfica Mosca

Depósito legal:

1930

EL ORIGEN

desafioprofundo.org

1930: El origen

Novela educativa transmedia

Créditos

Dirección	Ramón Silveira - Ceibal
Autora de la novela	Ana Solari
Producción general	Manuel Latorres
Abordaje educativo y diseño de retos	Pablo Fradiletti - Ceibal Virginia Benzano - Ceibal Daniela Machado - Ceibal Paul Cevallos - Ceibal Vanessa Martínez - Ceibal Mariana Antonelli - Ceibal Lucía Saldombide - Ceibal Darío Zazuza - Ceibal
Lectura accesible	Pablo Fradiletti - Ceibal Daniela Machado - Ceibal Ana Solari
Expansión gamificación web	Juan Marrero - UTEC Martín Zanoniani - UTEC Guillermo Ortiz - UTEC Fabricio Camargo - UTEC María Noel Hernández - UTEC Paolo González - UTEC Alessi Pérez - UTEC Enzo Puglia - UTEC
Expansión cómic y radionovela en inglés	Gabriela Kaplan - Ceibal Natalia Font - Ceibal Agustina Sieburger - Ceibal Rafael Fariñas - Ceibal Serrana Echenagusia - Ceibal
Expansión «1930: Liga Minecraft»	Sergio Palay Florencia Peirano - Ceibal Ignacio García - Ceibal Valentina Rodríguez de Franco - Ceibal
Producción	Carla Vega - Ceibal Guadalupe Muñoz - Ceibal Andrea Díaz - Ceibal
Análisis integrado de datos	Carlos Libisch - Ceibal Anahí Cancela - Ceibal
Pensamiento computacional	Santiago Olivera - Ceibal Veda Contreras - Ceibal Carolina Romero - Ceibal Magela Araujo - Ceibal Lucía Crivelli - Ceibal Irina Rodríguez - Ceibal
Comunicación	Marcelo Uruzábal - ANEP Stephanie Estévez - Ceibal Guzmán Gordillo - Ceibal Romina Lacoste - Ceibal Inés Fornos - UTEC Fernanda Gómez - MEC Facundo Álvarez - SND
TI	Martín Anza - Ceibal Esteban Arias - Ceibal Matías Basso - Ceibal Alvaro Barrios - Ceibal Matías Rozman - Ceibal
Embajador de desafío profundo.org	Guillermo Lockhart
Desarrollos corporativos	Tráiler oficial y videopodcast - Cielomoto Desarrollo editorial - Manosanta Ilustraciones - Federico Taibo Radionovela en español - Pink Noise Radionovela en inglés - Martín Vidal

AGRADECIMIENTOS

Al Parlamento Nacional por recibarnos en su casa junto a estudiantes de distintas partes del país para construir la representación que integra el tráiler audiovisual de esta nueva entrega de nuestra saga. Al Museo de la FIFA en Zúrich (Suiza) por su generosidad en compartir registros documentales, en especial, a Michael Schmalholz y a Silvano Berti. A Heike Ullrich, de la Secretaría General de la Asociación Alemana de Fútbol (DFB), y al Dr. Jean Claude Tyrichter, del Archivo de la Asociación Alemana de Fútbol, por el *Informe anual 1928-1929* de la Asociación en relación con la no participación de Alemania en el primer Mundial de Fútbol. Al Museo del Fútbol en Uruguay por abrírnos las puertas en forma permanente. A AFE, así como al Centro de Estudios Ferroviarios del Uruguay, por aportar su enorme haber histórico. A Mueca Films por compartírnos su vasta revisión sobre el primer Mundial, en particular, en su ciclo «El origen del fútbol». A Zonamérica por prestarnos su casa. Al periodista e investigador deportivo Pierre Arrighi por compartir con nosotros documentos invaluable para la investigación. A Graciela Guffanti, de la Biblioteca Nacional, por el aporte de artículos periodísticos sobre el primer Mundial.

A Lalia Zorrilla de San Martín, sobrina del escultor José Luis Zorrilla de San Martín, que compartió la maqueta de la escultura perdida así como toda su historia. A Darío Ávila Mendina y a todo el equipo de la Dirección de Inteligencia, Promoción Comercial e Inversiones del Ministerio de Relaciones Exteriores. A todos nuestros invitados a la expansión en formato videopodcast 1930: *Enigma centenario*:

Leandro Folgar, Andrés Scotti, Angelina Castillo, Alfredo Etchandy, Juan Carlos Scelza, Paul Cevallos, Marcelo Bravo, Enrique Bianchi, Verónica Zorrilla de San Martín, Victoria Jorge, Sofía Romano y Manuel Latorres.

A todo el equipo que impulsó nuestro primer torneo de eSport, 1930: Liga Minecraft, en especial, al equipo de Laboratorios Digitales de Ceibal, Guillermo Lockhart, Gastón *Kenpa* 505 Rodríguez, Sergio Palay y Robertson Escutotto por su participación en la iniciativa. A Gabriela Kaplan y todo el equipo de Ceibal en Inglés por todos los desarrollos vinculados a la versión cómic de esta narrativa. A Maximiliano Xicart y todo el equipo de Pink Noise que desarrollaron nuestra versión radionovela disponible en Spotify. A todo el equipo de Cielomoto por su profesionalismo y compromiso.

PALMARÉS



ADVERTENCIA: ZONA DE EXPLORACIÓN

Amamos trabajar en la frontera de la realidad y la ficción. Es que el evento histórico del primer Mundial de Fútbol está repleto de singularidades muy curiosas. Arrancando con un viaje transatlántico con más de 2400 pasajeros en un barco donde viajaban las selecciones de Rumania, Francia, Bélgica y también Brasil. Por si fuera poco, además un rey y el presidente de la FIFA.

Una copa perdida. Una copa con nombre, llamada «Jules Rimet», fue la copa oficial de los Mundiales hasta 1970. Famosa por haber sido robada en dos oportunidades, además de tener una peculiar historia de ocultamiento durante la Segunda Guerra Mundial. Una extrañeza. No fue la copa con la que los jugadores festejaron tras la final de 1930. Extrañamente, se entregó tiempo después al presidente de la AUF.

Una escultura perdida. Ubicada en la proa de la Torre de los Homenajes. Así estaba en la maqueta del Estadio Centenario y en la medalla conmemorativa que hizo el país por los 100 años. Una obra del padre de *China* Zorrilla, José Luis, que proyectaba una altura de 9 metros. La maqueta original aún está en el acervo de la familia del artista, a quien agradecemos por compartirla.

Un arco perdido. Justamente el arco del primer gol en la historia de los Mundiales. Minuto 19 del partido Francia-México. Lo hizo Lucien Laurent, mediocampista francés, en el extinto Estadio Los Pocitos, que tenía capacidad para

unas 1000 personas y estaba ubicado donde hoy cruzan las calles Coronel Alegre y Charrúa en la ciudad de Montevideo.

Un partido perdido. Argentina le ganó la semifinal a Estados Unidos y Uruguay hizo lo propio con Yugoslavia. El de 1930 fue el único Mundial en la historia en el que no se jugó el partido por el tercer puesto.

Hechos históricos que se aparecen en distinta medida a lo largo de la saga, en segundo plano de las aventuras de nuestros protagonistas, en la pluma de Ana Solari. Nuestra obsesión con las fechas es tal que, para realizar el lanzamiento de este libro, esperamos el día exacto en que se cumplen los cien años de que Uruguay obtuvo el oro olímpico en 1924. El mismo día en que faltan seis años para el partido en el Estadio Centenario por el Mundial de 2030. Sepan entender que en el negocio de los viajes en el tiempo el asunto de las fechas es importante. Por una cuestión de marca preferimos presentarnos con el seudónimo Instituto del Futuro.

No se trata ya de usar tecnologías en el aula, sino de utilizar experiencias narrativas como aliadas para lograr aprendizajes genuinos. Abrir el aula, cruzar fronteras y mezclar lenguajes como forma de captar la atención de estudiantes exigentes en su consumo cultural. Una problematización de la didáctica transmedia desde la exploración activa. Al decir de Leandro Folgar, presidente de Ceibal, *«1930 conjuga cultura, historia, tecnología, misterio, fútbol y épica. Cuando está toda esta energía puesta en conjunto, la motivación es inevitable. Y todos sabemos lo que la motivación hace por los aprendizajes»*.

Nacimos en 2015 como un repositorio de retos para estudiantes en clave de *aprender haciendo*, pero esa definición nos quedó corta demasiado pronto. Desde 2021 incursionamos en el universo de las novelas educativas transmedia. Hoy, con el apoyo de toda una red de innovación educativa, *desafioprofundo.org* es mucho más que historias. Editamos libros, cómics, radionovelas, videopodcast, recursos de aprendizajes y generamos concursos de cortometrajes, teatro y hasta nuestro primer torneo de eSport, 1930: Liga Minecraft.

Hemos tomado conciencia de que en la titánica tarea de diseñar experiencias de aprendizajes necesitamos colaboración de muchas disciplinas. Además de la necesaria mirada educativa, hablamos del talento de muchos artistas y expertos como ilustradores, escritores, guionistas, animadores, realizadores audiovisuales, actores, economistas, ingenieros, así como las industrias del entretenimiento y transformación digital. Esta convergencia no se da por generación espontánea. Necesita una intervención articulada de varios organismos del Estado, y en eso estamos trabajando, desde Ceibal, en articulación con ANEP, UTEC, MEC y la Secretaría Nacional de Deportes. Hoy somos una plataforma institucional de investigación, creación y producción experimental. Una mirada prospectiva en la generación de contenido original de alto valor educativo, que integra aportes desde la comunicación, las tecnologías y las industrias creativas para lograr más y mejores aprendizajes. Nuestras novelas son evidencia de nuestra convicción de la importancia de imaginar mejor. De provocar la imaginación

como estrategia deliberada para un futuro que nos reclamará creatividad e innovación. Al decir de J. K. Rowling:

La imaginación no solo es la capacidad exclusivamente humana de visualizar lo que no es, y por lo tanto la fuente de toda invención e innovación. Podría decirse que su capacidad más transformadora y reveladora es el poder que nos permite empatizar con los humanos cuyas experiencias nunca hemos compartido. [...] No necesitamos magia para cambiar el mundo, ya llevamos todo el poder que necesitamos dentro de nosotros: tenemos el poder de imaginar mejor.

Equipo desafioprofundo.org
junio de 2024

1930

EL ORIGEN





VIVO: PARLAMENTO
PIDEN AYUDA ANTE UNA CONSPIRACION

CAPÍTULO 0

LEY MUNDIAL

5
VIVO



VIAJEROS DEL TIEMPO

EN 2044 PARA BOICOTEAR EL MUNDIAL 2030

10:07 16°C

REFERENCIA TEMPORAL



PASADO



PRESENTE



FUTURO



MONTEVIDEO, SETIEMBRE, 2023

Esta mañana, Uruguay amanece con una noticia que da vuelta al globo y conmueve al mundo. Está en los titulares de todos los diarios uruguayos, los noticieros de los canales abiertos y por cable, las redes sociales, los programas de radio de AM y FM. Y empieza a replicarse en *El País* de Madrid, *The Guardian*, el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, canales de televisión como la Deutsche Welle, la BBC, la CNN e, incluso, los principales medios de comunicación de sitios como China, Rusia, Uzbekistán, Groenlandia o Suecia. También las agencias internacionales empiezan a enviarla a todas partes y la noticia se traduce tal cual a todos los idiomas:

«Por primera vez en la historia, 129 niños de diferentes escuelas públicas de todo el país [Uruguay], bajo la atenta mirada de senadores, diputados, autoridades nacionales y representantes del cuerpo diplomático acreditado en el país, directivos de la Secretaría Nacional del Deporte, representantes de la AUF, la FIFA y la Conmebol, periodistas deportivos, así como medios de prensa regionales, votaron, en régimen de Asamblea General, la decisión unánime de que la sede del Mundial de Fútbol de 2030 sea en Montevideo.

Convocar a esa votación en la Asamblea General fue una decisión que tomó el Poder Legislativo, ya que durante el mes de agosto se recibieron cerca de quince mil cartas y mensajes infantiles y juveniles de todas partes del mundo, con una petición unánime: “Uruguay debe ser sede del campeonato mundial”. Hasta ahora, nadie sabe explicar el fenómeno de ese alud de solicitudes, y tampoco se encontraron rastros en

Change.org u otras plataformas similares de que hubiera un llamado, aunque la primera de todas, por la fecha, proviene de un remoto pueblo de Islandia. Los analistas creen que fue algo espontáneo que fue viralizándose a través de las redes juveniles, a las que se sumaron *influencers* de todas partes del mundo a apoyar la petición a través de sus redes sociales. El tema es *trending topic*. Algunas de las cartas fueron leídas antes de que se llevara a cabo la votación y emocionaron al público, lo que fue registrado por los distintos canales de televisión convocados al magno acto.

Ver a tantos niños, niñas y adolescentes legislar y ocupar las bancas emocionó al público. El silencio y la tensión eran notorios. En las barras, quienes seguían la sesión atentamente se inclinaron para ver sus rostros serios y orgullosos. Delante de cada uno, una hoja Tabaré con los artículos propuestos. El blanco de las túnicas, el azul y el verde inglés de los uniformes diseñaron un tapiz que emocionó al público.

El aplauso cerrado de quienes presenciaron el acto culminó con los acordes del himno nacional uruguayo, las banderas de los cuadros de fútbol de todo el país agitadas fervorosamente en las barras y una lluvia de papelitos que lanzó el público. Las familias acompañantes, orgullosas del espíritu cívico de aquellos niños, niñas y adolescentes imbuidos del rol que les tocó, aplaudían a rabiar.

Al fondo, pendientes de la sesión y escuchando atentamente a la vicepresidenta de la República, Beatriz Argimón, que preside la Asamblea General, alguien dice haber visto a Erre, pero no se ha podido confirmar ese dato. Su emoción

era ostensible. Nadie allí sabe quién es, ni la importancia de su presencia. Una fuente que no quiso ser nombrada aseguró que vio, durante un segundo, cómo la vicepresidente y Erre intercambiaban una mirada cómplice y una levísima sonrisa, que nadie registró. Dijo, también, que le pareció que se hacían una guiñada, pero no dio certeza completa. Nosotros creemos que probablemente así haya sido.

Senadores, diputados y demás autoridades les pidieron autógrafos y llovieron las selfis. ¡Arriba, América del Sur! fue el grito unánime que se escuchó mientras los niños abandonaban las gradas. Beatriz Argimón, con lágrimas en los ojos y una enorme sonrisa de orgullo, los esperó a la salida del hemiciclo, en el Salón de los Pasos Perdidos, y condecoró a cada participante —vestidos algunos con una impecable túnica blanquísima y la moña azul, otros con el uniforme de su centro de estudios— con la Medalla al Honor al Servicio de la Nación. Posteriormente, el Parlamento, como es costumbre, publicó la transcripción taquigráfica de la sesión, de la que tomamos algunas de las intervenciones.

Después, Argimón agregó:

—Esta casa, la casa de la democracia uruguaya, abre sus puertas hoy para poner en el centro del debate, simbólica y literalmente, a nuestros estudiantes. Es por eso que recibimos a distintos estudiantes de diversos puntos del país, una delegación compuesta por la escuela pública, los privados, los liceos y las UTU de nuestro sistema

educativo. Están aquí representados el 6.º A de la Escuela 108 de Solymar, Canelones; el 6.º A del Colegio Pío IX de Montevideo; el 7.º 7 del Liceo N.º 3 de Artigas y el 7.º C de la Escuela Técnica de Artigas.

En el orden del día, la Ley Mundial aparece en el punto primero. Una pieza clave muy vinculada a la aventura de Javier, Federica, Tomassino y Antonella. Según mis fuentes, la votación que viviremos hoy es piedra angular del segundo tomo de esta saga.

Quiero escuchar, y como corresponde a una Asamblea General, sus opiniones y aportes antes de pasar a votar el proyecto de ley. Por eso vamos a empezar por su orden a dar la palabra.

Tiene la palabra Rocío de los Santos, del Liceo N.º 3 de Artigas.

Rocío: Acudimos al llamado de Javier, Federica, Tomassino y Antonella, en el marco del bicentenario del Uruguay y del centenario del primer Mundial de Fútbol de 1930, porque se plantea la necesidad de asumirnos impulsores de un nuevo hito. Así como construimos el Estadio Centenario en nueve meses, un siglo después nos merecemos reclamar nuestro lugar en la historia. Con el apoyo popular de toda la región que es tierra de campeones. Brasil es el mayor campeón del mundo; Argentina es el actual campeón y Uruguay es el primer campeón del mundo. El fútbol nos une por encima de todas las diferencias. La historia nos llama. Argentina, Chile, Paraguay, Uruguay merecemos ser la sede del Mundial de 2030.

Argimón: Ahora le damos la palabra a Carla Fuentes, de la Escuela N.º 108 de Solymar. Adelante.

Si bien la exposición resultó la más extensa de todas, este cronista cree que vale la pena leerla de cabo a rabo, por lo sustanciosa y pertinente. A continuación, lo que expresó la representante, una jovencita serena y muy segura de sí misma.

Carla: Muchas gracias y buenas tardes. ¿Es posible que las mascotas del Mundial la diseñen niños y adolescentes de los cuatro países anfitriones? Voy a empezar diciendo que los niños y adolescentes somos el futuro, y ¿quién mejor para diseñar una mascota que represente a nuestro país que el futuro? Nuestra comisión investigó las mascotas oficiales que surgieron desde 1966, y de las 15 de todos los mundiales, ninguna fue diseñada por niños o adolescentes. Ni siquiera los incluyeron. Es más, hay evidencias de que en las Olimpiadas de 1924 y en el primer Mundial de 1930, unos jugadores llevaron unos peluches como amuletos o mascotas, pero evidentemente eran creados por adultos. Creo firmemente que, si nos proponemos hacerlo, podemos lograrlo. Tenemos mucho potencial. Hay una ventaja y es que podemos dar ideas innovadoras, futuristas, diferentes, porque tenemos mucha imaginación y eso nos puede ayudar a hacer una mascota única. Somos el país donde se hizo el primer Mundial de Fútbol; somos

los primeros en ganar un mundial. Seamos un ejemplo; seamos el primer país que decidió que niños y adolescentes diseñen las mascotas mundialistas.

A continuación, expondré algunas explicaciones de por qué esta iniciativa sería beneficiosa. La participación de niños y adolescentes en el diseño y selección de las mascotas del Mundial 2030 fomentaría la creatividad y la participación activa de la juventud en un evento de importancia global. Esto les daría la oportunidad de expresar sus ideas, valores y cultura a través de una plataforma internacional, promoviendo así la diversidad y la inclusión. Ese mundial sería el primero en la historia en incluir niños y adolescentes para su creación, un verdadero hito. Todos nos sentiríamos escuchados, respetados y creeríamos que nuestra opinión es respetada por todos los aquí presentes. Los adultos suelen decir que hay que escuchar la opinión de los niños y adolescentes. Esta instancia es ideal para que eso sea posible. Además, los niños y jóvenes son el público principal del fútbol y, por lo tanto, son los que más se identificarían con las mascotas. Al permitirles elegir y diseñar sus propias mascotas, se establecería una conexión más profunda y emocional entre ellos y el evento. Otra razón importante es que esta iniciativa fomentaría la educación y el aprendizaje. Los participantes tendrían que investigar sobre la fauna, flora, geografía e historia de sus países, para crear una mascota que represente de manera auténtica a su nación. Esto promovería el conocimiento y el respeto por la diversidad cultural, el trabajo en equipo, la toma de decisiones

y la unión entre los países de América del Sur. Dejarlo en manos de agencias de publicidad o funcionarios de FIFA puede ser peligrosísimo. ¡No podemos terminar con un termo! No sé si me explico... Por esas razones, quiero decirles que voten a favor de que niños y adolescentes diseñen las mascotas del Mundial 2030. Muchas gracias.

Para sorpresa de los presentes, la vicepresidenta anunció que se haría extensiva la invitación al Correo Uruguayo para que emitiera un sello sobre este tema y así facilitar a todos los centros públicos de Uruguay el envío de las propuestas de mascotas.

Luego tomó la palabra Ignacio Silva, de la Escuela Técnica de Artigas.

Ignacio: Muchas gracias. Buenas tardes. Hay algo que no podemos dejar afuera. Algo que pensó el arquitecto que diseñó el Estadio Centenario. Sí, el Estadio Centenario, el original, ese que hicimos en tiempo récord. Ese estadio fue diseñado y creado por el mismo arquitecto que diseñó la Escuela Experimental de Malvín; ese Estadio Centenario, el de Juan Antonio Scasso, sigue estando incompleto. Había una escultura que estaba en la maqueta y que está en la medalla, y que todos vimos. En la Torre de los Homenajes iba una escultura creada por José Luis Zorrilla de San Martín. ¿Quién es? El mismo creador del Obelisco y el padre de la *China* Zorrilla. ¿Por qué es tan importante? Porque nos

recuerda un símbolo de que hasta los pequeños podemos hacer grandes cosas. Porque somos orientales, somos uruguayos y somos de la garra charrúa. Muchas gracias.

La vicepresidenta reconoció que desconocía esta historia y resaltó la importancia de poner las cosas en su sitio. Precisamente porque el escultor era el padre de Concepción Matilde Zorrilla de San Martín, a quien el Río de la Plata conoce como China, todo un símbolo de la cultura a ambos lados del río grande como un mar.

El siguiente orador fue Bruno Otero, del Colegio Pío IX, quien expuso:

Bruno: Hay un solo Mundial en el que no se jugó el partido del tercer puesto: el de 1930, que debió haber sido entre Yugoslavia y Estados Unidos. Hay extremistas que plantean la hipótesis de que Yugoslavia no se presentó a jugar el partido por el arbitraje en la semifinal, que, según ellos, favoreció a Uruguay. ¡Por favor! Si lo fuéramos a jugar hoy en día, deberían jugar los serbios, que jugaron en 1930. En esa fecha, los croatas intentaban boicotear a la Federación de Fútbol. Hoy, casi un siglo después, nos merecemos invitar a todos aquellos que quieran ser parte de esta celebración. Bienvenidos Serbia, Croacia, Eslovenia, Bosnia y Herzegovina, Montenegro y Kosovo, así como Argentina y Uruguay. Pongamos ese partido pendiente en agenda. Gracias.

Una vez votado cada artículo, la vicepresidenta leyó la ley completa, que transcribimos a continuación:

LEY MUNDIAL

Asamblea General Extraordinaria,
8 de setiembre de 2023

ARTÍCULO 1: MUNDIAL CENTENARIO 2030

Promover la realización del Mundial 2030 en la tierra donde vio nacer este hito del deporte. Ofrecer a todo Uruguay y al Estadio Centenario en particular como escenarios privilegiados para una nueva final del mundo.

ARTÍCULO 2: MASCOTAS GENUINAS

Las cuatro mascotas de este Mundial serán diseñadas y seleccionadas por estudiantes de los países impulsores, es decir, Uruguay, Argentina, Chile y Paraguay, una por país.

ARTÍCULO 3: ESCULTURA A LA VICTORIA

Corregir una injusticia histórica y colocar la estatua de José Luis Zorrilla de San Martín en la Torre de los Homenajes, tal cual estaba previsto en su proyecto original.

ARTÍCULO ESPECIAL: EL PARTIDO PENDIENTE

Hacemos extensiva a la FIFA, la Conmebol, la Secretaría Nacional del Deporte y nuestra Cancillería la invitación a impulsar la realización del partido pendiente por el tercer puesto de 1930 entre Estados Unidos y Yugoslavia. Bienvenidos Serbia, Croacia, Eslovenia, Bosnia y Herzegovina, Montenegro, Kosovo, y todos quienes quieran celebrar la historia.

Para finalizar, una reflexión: a nosotros, cronistas y observadores, solo nos queda pensar sobre lo acontecido y emocionarnos, como todo el mundo, con esta iniciativa de niños, niñas y adolescentes de nuestros centros educativos, que es digna de ser tomada como ejemplo. Sabemos que lo lograrán».

Nada dice el cronista de algo que ocurrió minutos después de que la presidenta leyera la Ley Mundial 2030. Uno de los asistentes se le acercó y le susurró algo al oído. La presidenta, entonces, pidió silencio y dijo:

—Me informan que acaban de entrar al hemiciclo dos viajeros del tiempo con un mensaje muy importante. Escucharemos el mensaje.

La joven pelirroja, de gabardina *beige*, y el joven de la barba prolija entran al recinto y miran, uno a uno, a los presentes, como si midieran su capacidad de comprensión. Después, la chica muestra un celular transparente que centellea y oprime un botón diminuto. Durante un segundo, se escucha el silencio más atronador que pueda uno imaginarse. Después el balbuceo emocionado de una jovencita, que se recompone y ocupa todo el recinto.

—¡Necesitamos ayuda urgente! Acá, en 2044, hay una conspiración para que el Mundial 2030 no se haga en Montevideo. Ya no se trata únicamente de resolver

algunas injusticias, sino de dismantelar este sabotaje... ¡Javier, socorro, vienen por mí...!

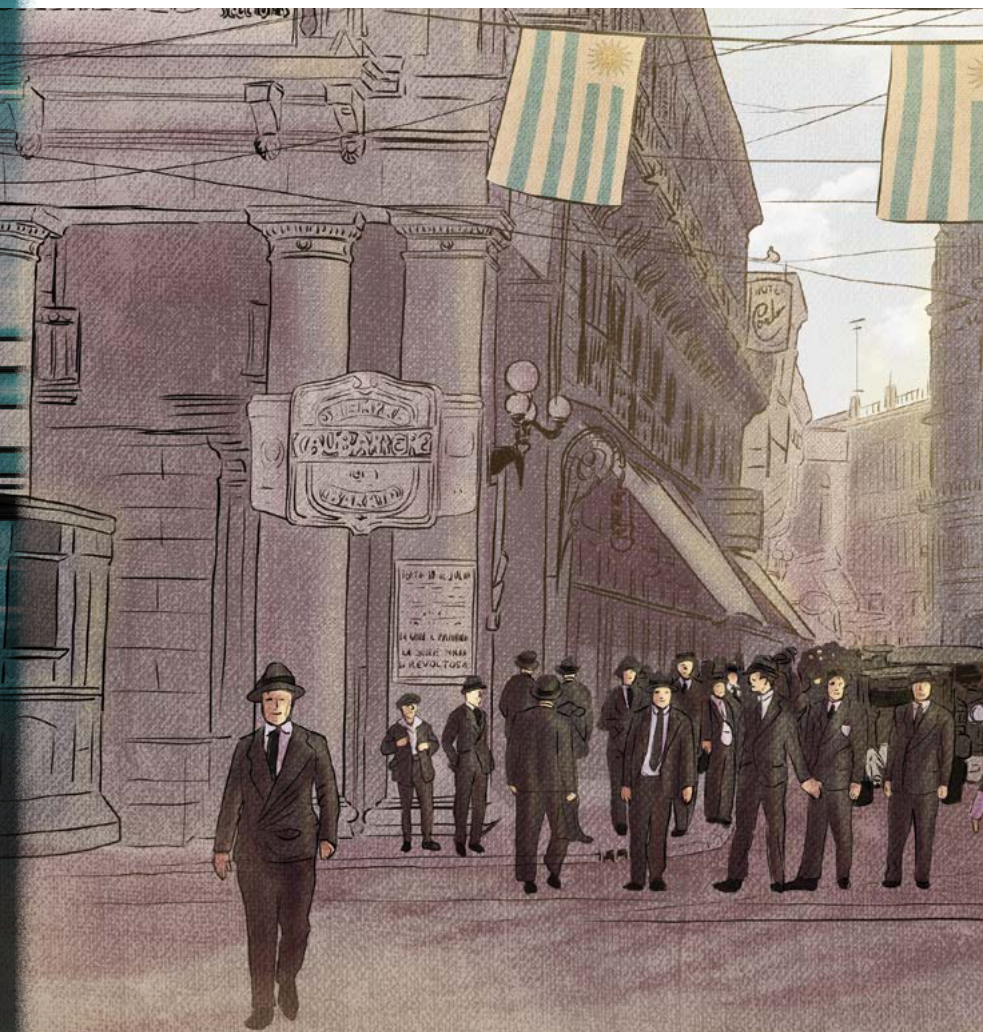
Sin lugar a dudas es Federica. ¿Pero de qué habla? ¿A qué se refiere? ¿Acaso se repite la historia de las negociaciones y el boicot de 1930?

Niños y niñas, docentes, personas invitadas, la prensa, todos, todas, miran a la vicepresidenta de la República, súbitamente pálida. Sus palabras, sin embargo, nos tranquilizan.

—Sabemos que Javier, Federica, Tomassino y Antonella lograrán detener esa conspiración que está ocurriendo en el año 2044... ¡Viva Uruguay!

Un aplauso cerrado e interminable nos pone la piel de gallina. Sabemos que esto recién empieza y confiamos en los cuatro jóvenes.

Los viajeros desaparecieron entre el público. Por más que me apuré lo más que pude para hablar con ellos, solo logré verlos desaparecer. La misteriosa pelirroja espigada, que consultaba muy seria un dispositivo una y otra vez, y el joven con una barba prolija y ojos muy oscuros, también de gabardina y con un maletín en la mano, se escurrieron entre alborozados niños, niñas y adolescentes. Cuando llegué a la explanada del Palacio Legislativo, vi alejarse un automóvil oscuro y con vidrios polarizados. Otro misterio más.



CAPÍTULO 1

EL MISTERIOSO VISITANTE





PEÑAROL, 7 DE JULIO, 2030.

—Dale, poné a Darwin. Con esto del Mundial, está como loco. El tipo es un crá —dice Javier y aparta los apuntes de Matemática—. El repaso puede esperar, ¿no?

—No seas *vintage*, Javi, y buscá al Tute, está en TikTok y tiene un canal en YouTube —le responde Federica y hace una morisqueta.

—Ta bien, tenés razón. Pero Fede... imaginate que allá lo deben de escuchar en una radio de esas a válvula. Y nosotros usamos una aplicación. A veces me confundo un poco, es la verdad —comenta Javier.

—Sí; lo de viajar en el tiempo complica la manera en que uno ve las cosas. A mí me pasa. Todo el tiempo pensando en qué estarán haciendo allá... y nosotros acá. ¿Te imaginás si les pidiéramos que fueran a la Estación Peñarol a las 11 de la mañana del martes —que es un miércoles para nosotros—, por ejemplo, y nosotros también fuéramos? Estaríamos en mundos paralelos, ¿no? Y si hubiera una manera de atravesarlos... estiramos una mano... Mirá, ¡se me puso la piel de gallina!

Javier la mira un poco preocupado.

—Sí, Fede, esto de viajar en el tiempo es una aventura fantástica. Pero tiene sus lados oscuros, ¿no? Te pone a pensar en tantas cosas que te parece que vas a enloquecer. Y ni qué hablar de un asunto como la muerte, o las injusticias y todo eso. ¿Qué diría el profe de Filosofía? ¿Qué opinás?

—Y bueno. Cuando empezó el curso, Julián, el profe, nos dijo que la filosofía sirve para desarrollar el pensamiento crítico, para darle una interpretación al sentido de la vida,

¿no? Porque esas preguntas tan densas: qué es la vida, para qué vivimos, de qué somos responsables y todo eso... pensadores a lo largo de la historia de la humanidad se preocuparon por responderlas. Podés estar de acuerdo o no, pero te ponen a pensar. Y pensar siempre es bueno, creo. También nos dijo que las personas tienen capacidad para decidir; que nos creemos inmortales hasta que un día nos damos cuenta de que no es así, y por eso la filosofía es importante, porque te ayuda a entender que las grandes preguntas son las mismas a lo largo del tiempo y que los filósofos nos han dado herramientas para ser críticos y aspirar a una *buena vida*. Me acuerdo clarito de que dijo que el padre de ese concepto fue Aristóteles. Y que se relaciona con los límites. Encontrar los límites de cada uno de nosotros no es una pavada, ¿no? Y cuando viajamos en el tiempo, parece que se confunden. Así que... sí, creo que Julián podría ayudarnos mucho.

—Pa, Fede, se ve que te pegó el tema.

—Y sí, Javi; me encanta esa materia porque me puso a pensar un montón de cosas... Pero dale, buscá al Tute, que nos fuimos de mambo.

—Sí, dale. Acá está. *Las piedras en el camino*. Grande, el Tute; un grande. Y sabe un montón, pero no se hace el nunca visto con eso. «Y queremos recordar que hace cien años, al igual que en este Mundial, las negociaciones para ser sede fueron una obra diplomática, una arquitectura política de Estado, una batalla simbólica. David vs. Goliat; Ásterix vs. Julio César. Caperucita vs. el lobo. Don Quijote vs. los molinos... (Pitufa, su compañera, lo interrumpe:

“Te me vas por las ramas, Tute... volvé...” Y nos salvó un genio de la diplomacia, el Dr. Enrique Buero, que después escribió el libro *Negociaciones internacionales*. Está en la Biblioteca Nacional, por si todavía hay algún radioescucha que lea y no busque todo en TikTok».

—¡Adoro a Pitufa, es lo más! —aplaude el Fede.

—Sí, hacen terrible dupla. Me encantan —dice Javier.

Ambos siguen los pormenores del Mundial que conmemora los cien años del primero y los doscientos de la Jura de la Constitución. La radio, la tele, las redes, los portales, los blogs, los memes... Todo en torno al Mundial. Casi nadie se acuerda de que el mundo existe, la política, el cambio climático, las guerras de todo tipo. Fútbol y más fútbol. Incluso su madre, Rosario, empezó a interesarse.

Después del viaje a bordo del *Conte Verde* con las selecciones, a Javier se le despertó un interés por ese deporte como antes no había sentido. Montevideo arde, por decirlo de algún modo. Y a medida que se acerca la fecha, el nerviosismo aumenta. La tensión en las calles se respira como si fuera aire. Los periodistas deportivos recuerdan las negociaciones intrincadísimas del diplomático Enrique Buero que culminó con que Europa dejó de boicotear la propuesta de que Montevideo fuera la sede del torneo. Los triunfos de la selección en Colombes, en 1924, y en Ámsterdam, en 1928, y el apoyo de Argentina en el congreso de la FIFA, lo lograron. Pero, pese a la euforia, no dejan de pensar en los gemelos. Tal como dijo Federica, sienten estar viviendo en dos tiempos en paralelo: aquí, 2030; allá, 1930.

—¿Lo habrán logrado? ¿Habrán encontrado a tu bisabuelo?

—No lo sé, y me muero de los nervios. Pero ta, tenemos que esperar a que nos manden algún mensaje. Acordate de que llegamos el 5 de julio. Hoy estamos a 7 de julio. Dentro de seis días, allá comienza el Mundial, aunque la fecha del debut de nuestra selección fue el 18. Tuvieron un par de días para ambientarse. Me dijiste que Tomassino te contó que habían encontrado un lugar donde vivir mientras tanto. Además, les explicamos todo.

—Sí, claro. Por las dudas, le mandé un punteo a Tomassino. Sí, un tano de la estación de ferrocarriles los ayudó. Parece que es un viejo buenazo.

—Bueno, entonces tenemos que esperar. Dale. Sigamos con estas ecuaciones. No entiendo mucho. ¿Y si tomamos una cocoa?

—Dale. Vamos a la cocina.

Federica revisa el celular mientras Javier calienta la leche. No hay mensajes de Tomassino o de Antonella.

—Javier, estoy segura de que tu bisabuelo guardó de todo en las cajas del altillo. Seguramente también la página de deportes del diario *El Día*. En 1908 fue el primero en incluir una página deportiva, porque sabía que el fútbol era importante para construir la identidad nacional. ¿Y sabés qué? Cuando ganamos en 1924, fue el único que cubrió el tema. ¡Si serían visionarios!

—No me digas que ahora te hiciste batllista. ¿Y para qué querés leer todo eso?

—Cuanta más info tengamos, más podremos ayudarlos. Y no, no me hice batllista. Pero te aseguro que nuestro país, tan adelantado para su época, le debe mucho al

Pepe Batlle y Ordóñez, el del sobretodo. ¿Sabés lo que dijo una vez?

—No, pero decilo. A ti no te para nadie el entusiasmo.

—Dijo: «El que se precipita se precipita». ¡Un genio!

—¿Y eso que tiene que ver con lo nuestro?

—¡Mucho, Javier, muchísimo! Que, si andamos a las apuradas y no pensamos cada movimiento, corremos el riesgo de que todo se desbarranque.

—¡Muero de los nervios solo de imaginar que están con mi bisabuelo!

—Yo también. Pero mejor vamos a seguir con las ecuaciones. Si me va mal, mi vieja me mata. Eso lo doy por descontado —dice Federica con el ceño fruncido, y después se ríe.



PEÑAROL, 7 DE JULIO, 1930

Es una mañana fría de un invierno soleado. Algunas vecinas prendieron fogatas con las hojas que trajo el viento hace un par de días, y hay un inconfundible olor a hojarasca chamuscada. Un cartero añoso, de pelo completamente blanco y delgado como un fideo, se detiene en un portal y golpea la puerta.

—¡Carta para Maite, carta para Maite, de Mataró! —vocea y sacude el sobre cubierto de sellos y bastante manoseado.

La puerta se abre de golpe y sale una mujer joven, de delantal y muy sonrojada.

—Gracias, gracias, don Esteban —dice emocionada y hace un puchero; a duras penas contiene las lágrimas que ya le brillan en los ojos.



—Sigue prendiéndole velas a San Valentín y verás que pronto vendrá por ti —canturrea el cartero, con una sonrisa de oreja a oreja. Después le da un pellizco en la mejilla, algo que la edad y los años que conoce a la familia Buch Oliver le permiten.

Pese al frío, en el aire se respiran el entusiasmo y la excitación. Aquí y allá hay banderas de Uruguay; en las

esquinas, algunos hombres conversan entre sí y hacen pen-cas; el canillita vocea los periódicos que invariablemente escriben sobre el Mundial: ¡*El Día, El País, La Mañana, Tribuna Popular, El Plata!* En el kiosco se comenta que ya empezó la reventa de entradas: un escándalo. Peñarol es un barrio obrero y la agrupación del Partido Socialista vende, casa por casa, el diario *El Sol*. Con la euforia del Mundial, *El Día* vende bien, porque publica buenos artículos sobre fútbol con un trasfondo político muy interesante. Nadie pierde de vista que ese año habrá elecciones y es probable que gane el Partido Colorado, con Gabriel Terra, el candidato batllista, a la cabeza. Sin embargo, y pese a la crisis que empieza a hacerse sentir, resultado de la crisis del 29, el descontento se mitiga con el Mundial que se jugará pronto, muy pronto.

Esa soleada mañana del 7 de julio de 1930, a pocos días de que comiencen las vacaciones de julio y el Mundial, Tomassino y Antonella se dirigen a la casa del bisabuelo Massimo, según las indicaciones que les dio don Beppo.

—Estoy un poco nerviosa, Tomassino.

—No te preocupes, todo saldrá bien; lo conversamos con Federica y Javier. El plan es bueno. Déjame hablar a mí y tú pones cara triste y preocupada.

Antonella sonríe. Es propio de su hermano asumir la responsabilidad y protegerla. ¡Vamos, que ella también es capaz! ¿Acaso no simuló un desmayo para que Javier pudiera entrar al cuarto de las máquinas? Y cuando piensa en su amigo, se ruboriza un poco. Ojalá se encuentren pronto.

En el bar La Primavera, donde suelen reunirse los trabajadores del ferrocarril, los vecinos del barrio y los viajeros que llegan a Peñarol, se escucha una radio en la que un entusiasmado cronista se refiere al Mundial que pronto se celebrará, y describe las obras del Estadio Centenario. Es nada más ni nada menos que Emilio Elena, de CX 6 Sodre, quien dentro de muy poco, junto a Ignacio Domínguez Riera, transmitirá los partidos del primer Mundial. Elena contagia a los radioescuchas y transforma todo en una épica futbolera; tanto, que los gemelos se detienen a escuchar. Al fin y al cabo, si bien están aquí por el lejano pariente Crosa, han sido atrapados por la euforia de los uruguayos.

«Se trabajó en tres turnos, día y noche, sin parar. ¿Se lo imaginan, estimados oyentes? ¡Este es mi país! Se removieron 160.000 metros cúbicos del *Campo Chivero*. Para los que no saben a qué me refiero: el terreno donde hasta hace no mucho pastaban las chivas de las chacras vecinas... Después se volcaron 140.000 metros cúbicos de cemento armado sobre los encofrados. Y... en la Olímpica se alza la Torre de los Homenajes, nada menos que de 100 metros de altura; enfrente, la otra tribuna, la de Honor, y a los costados, las Colombes y Ámsterdam, en conmemoración del triunfo de la selección uruguaya en 1924 y en 1928... Y cada día, mientras se construyó esta maravilla de *stadium*, el público se acercó a alentar a los bravos obreros, capataces y arquitectos... seguros de que pronto se ubicarían en una de las tribunas a alentar a nuestra selección. ¡Arriba,

Uruguay! Espero que ya tengan las entradas... ¡Y el 18 de julio juega Uruguay!».

—Si jugara Italia, estaríamos en problemas, seguramente. Por eso, puedo querer que gane Uruguay sin sentirme culpable —dice Tomassino.

Antonella ríe y le da un tironcito en la manga, y él comprende que ella quiere llegar cuanto antes a la casa de Massimo Scalante. Poco le importa lo que su hermano sienta en relación con el Mundial. Es cosa de varones, claramente. Aunque Federica juega al fútbol. ¿Serán así las cosas dentro de cien años? Esa pregunta la inquieta.

Caminan unas cuadras en silencio, cada uno pensando en sus asuntos. Antonella piensa en Javier y, como siempre, se sonroja y recuerda la novela *Los novios*, de Alessandro Manzoni, que leyó en la escuela. La historia se le quedó grabada, sobre todo, porque después de muchos problemas, el amor de Renzo y Lucía se impone. Porque, aunque no ha dicho nada, se está enamorando de Javier, algo que es un sinsentido sin final feliz.

Tomassino evita pensar en Federica, algo que no logra. Carece de experiencia en esos asuntos y, además, tampoco sabría cómo dirigirse a alguien como ella, tan independiente, tan fuerte y segura. Quizá, quizá, en algún momento podría pedirle consejo a Javier. Para eso están los amigos, ¿no es así? Y lo considera un amigo, el primero y único que ha tenido en su vida.

Entonces Antonella vuelve a la realidad, se detiene y mira a su hermano. Si conversa, tal vez logre no pensar en Javier.

—Qué buena persona que es don Beppo, ¿no crees?

—Sí, claro —responde Tomassino distraído.

Está concentrado en lo que va a decir en cuanto alguien les abra la puerta. Mientras no los echen y acepten escucharlos... Javier les aseguró que todo saldría bien.

Cuando le contaron a don Beppo que buscaban a la familia Scalante, les dio un par de indicaciones y les dibujó un plano para que se orientaran. No les preguntó por qué la buscaban ni le interesaba saber el motivo. Siempre se repetía a sí mismo: «El que pregunta termina metido en problemas».

—No queda lejos —los animó con una enorme sonrisa—. Y recuerden que aquí los tanos nos conocemos todos. No tendrán problemas.

Don Beppo vive cerca de la Estación Peñarol, en la calle Franklin casi esquina con Volta, en una casa que es similar a las de la cuadra. Angosta y de techos altos, con un fondo en el que hay un gallinero y una habitación para trastos, que también oficia de tallercito. Además, un limonero y una parra lo proveen de lo necesario para preparar su propia grapa. Los acomodó en la habitación-taller, movido por la compasión y por la solidaridad de la sangre: al fin y al cabo, Tomassino y Antonella podrían ser sus nietos si hubiera tenido hijos, pero la vida quiso que su querida esposa Giulia no pudiera quedar embarazada. Y varios años después, murió.

En cuanto los vio descender del vagón, se dio cuenta de lo que eran. Y que no estuvieran acompañados por un adulto tampoco lo sorprendió demasiado. Tantos jóvenes *llegan con una mano adelante y otra atrás*, como se dice

popularmente, a *hacerse la América*, huyendo de la crisis de Europa, aunque eso es más un sueño que una realidad. Se acercó a ellos y los saludó en su cocoliche, y Antonella sonrió. Esa sonrisa entró en el corazón del viejo maletero, y les preguntó de dónde eran y qué los había traído a Peñarol. Tomassino respondió brevemente, nada dijo del viaje en el *Conte Verde*, y mucho menos de Javier y Federica. Después le preguntó si conocía a la familia Scalante, y el viejo dijo que sí, que vivían cerca de la estación.

Tomassino no dijo por qué lo buscaban; tampoco que había unos vagos y lejanos lazos de sangre. Le había dicho a Javier que quizá lo más sensato sería decirle a Massimo Scalante que eran parientes. Sin embargo, Javier no estuvo de acuerdo. Eso significaba remontarse a los orígenes, al tatarabuelo, el misterioso Massimo Scalante, que llegó a Montevideo en 1920 y al que era mejor no nombrar. Javier se había prometido averiguar qué había pasado con él, después de haber descubierto que se había cambiado de nombre al llegar a Montevideo.

—Nuestro parentesco viene de muy atrás —les había explicado Javier, y había dibujado un esquema, algo parecido a un árbol genealógico—. Mi tatarabuelo vino con su compañera Margheritta Ambrosini. Después nos dimos cuenta de que el padre de ustedes, Giuseppe, era hermano de Margheritta. Pero como ya les conté, hay un misterio en alguna parte de la vida de mi tatarabuelo, así que mejor ¡ni mencionarlo! Si un día entran en confianza con mi bisabuelo, Massimo, entonces puede ser... que le cuenten toda la historia.

En concreto, el bisabuelo Massimo Scalante, que es apenas dos años mayor que ellos, vive con sus padres en la calle Schiller, a dos o tres cuadras de la estación. Tal parece que la vida gira en torno al ferrocarril, los talleres, el Parque de los Italianos y, un poco más alejada, la Gruta de Lourdes.

—Esto es muy distinto a nuestros vecindarios —comenta Antonella.

Van por la calle Lincoln, donde se alzan las viviendas de los obreros, construidos por la CUR (Central Uruguayan Railway), que es inglesa. Las viviendas son de una planta, separadas por un modesto jardincito, todas idénticas. Hay otras un poco más grandes, que son las de los ingenieros y técnicos, y que incluyen un jardín delantero. Todas son de ladrillos y el techo es a dos aguas. Las más bonitas, un poco más lejos, son casas mucho más grandes, rodeadas por unos hermosos jardines.

—¿Vamos bien? ¿Falta mucho para llegar? —quiere saber Antonella, que cada vez está más nerviosa.

—Es en esta cuadra. Mira, aquella casa de allí. No es igual a las que hemos visto. Parece que la hubieran construido por partes. Javier dijo que el bisabuelo es el mayor de cuatro hermanos. Ha de ser por eso.

—¿Y si les enviamos una fotografía? Seguro que Javier no sabe cómo era la casa en la que vive.

A Tomassino le parece una buena idea y dice que lo hará. Los gemelos se detienen ante el número que les anotó don Beppo. Abren el portoncito que da al jardín delantero y

avanzan por un sendero hecho de pedregullo. Se detienen delante de la puerta. Tomassino saca el celular del bolsillo y presta atención al clic de la cámara. Sonríe para sí de solo imaginar la cara de Javier cuando vea la fotografía. Si pudiera sacarle una al bisabuelo...

—Vamos, golpea —dice Antonella con voz ansiosa, después de que Tomassino guarda el celular.

Unos minutos más tarde, se abre la puerta y se encuentran con una niña, vestida con una túnica blanca y una moña azul, que los observa con una sonrisa de oreja a oreja. Los gemelos se miran, inseguros.

—¿Está Massimo, Massimo Scalante?

—Mi hermano mayor. Claro que sí. Seguro que está en el altillo, escribiendo.

Se aparta de la puerta y grita:

—Massimo, Massimo, te buscan.

La niña permanece en la puerta, les sonríe y pregunta con curiosidad.

—¿Son mellizos?

Pero los pasos apresurados de alguien que baja una escalera la interrumpen. Ella se alza de hombros y espera a su hermano, un jovencito delgado, con el pelo muy oscuro y unos ojos risueños. Los mira con atención.

—Sin lugar a dudas, Javier se le parece —piensa Antonella.

—Contrólate, Tomassino. Sí, esto parece una locura. Esto es una locura. Estás hablando con el bisabuelo de Javier, pero debes hacer de cuenta de que no sabes quién es ni que conoces parte de su historia —se dice Tomassino, y mira a Massimo.

—Soy Massimo Scalante —dice y le tiende la mano, primero a Antonella y después a Tomassino—. ¿Por qué me buscan?

Tomassino se quita la gorra, sonríe y lo saluda.

—Soy Tomassino, y ella es mi hermana, Antonella.

Antonella sonríe con timidez. Está tan impresionada como Tomassino.

—Buscamos a un pariente lejano y pensamos que quizá usted sabría quién es y cómo encontrarlo. Don Beppo, de la estación del ferrocarril, nos dijo que tal vez pudiera ayudarnos.

Massimo duda y los observa. Son idénticos, como dos gotas de agua, y le dan curiosidad. ¿Quiénes son? No los ha visto en el barrio, y aquí se conocen todos. Le llama la atención la vestimenta de ambos; como si fueran inmigrantes. Están pálidos y la joven parece a punto de llorar. Lucen como recién bajados de uno de esos barcos en los que viajan los emigrantes. Además, el acento los delata. Son italianos, pero no son de aquí. Es más, juraría que llegaron hace muy poco tiempo. ¿Acaso habrán venido en el *Conte Verde*? Arribó hace unos días con algunas de las selecciones que participan en el Mundial. La crisis en Europa hace que en esos transatlánticos donde viajan familias acaudaladas y personalidades famosas, también haya emigrantes, obreros o artesanos que perdieron el trabajo; ladrones de poca monta; un mundo de gente sin rostro y sin nombre, buscavidas de todo tipo; conspiradores e infiltrados nazis o del *fascio* italiano. Acá mismo, en Peñarol, hay una escuela alemana que tiene la desvergüenza de colgar una bandera con la esvástica.

—Cálmate, Massimo —se reprende—. No te adelantes.

Sonríe para sí y le acaricia la cabeza a su hermanita, que mira a cada uno con gran atención. Los gemelos le parecen salidos de un cuento.

—Bianca, ¿estás lista para la escuela?

—¡Son idénticos, has visto! Sí, estoy lista; estoy esperando a Doménico. Ya nos vamos.

La niña desaparece y Massimo los hace pasar. Algo le dice que se encuentra ante una historia interesante, y siempre confía en su instinto. Son un poco menores que él, pero parecen haber vivido mucho. Percibe esa cautela y alerta en la mirada, al menos del varón, de quien ha conocido el infortunio. La joven luce tímida y de buenos modales, las manos parecen de una artista.

Los conduce a una sala luminosa y no muy grande. En una de las paredes empapeladas hay dos retratos fotográficos, de un tono grisáceo, con dos iniciales al pie, A.T. Un hombre, cuya nariz y frente recuerdan a las de Javier, y una mujer muy hermosa, con el pelo recogido en un moño y la mirada perdida. Tomassino supone que son los padres de Massimo, el famoso y misterioso tatarabuelo de Javier, Massimo Scalante, y su compañera unos años mayor que él, Margherita Ambrosini. Su tía. La situación le resulta difícil de comprender, pese a que intentó imaginarse cómo sería este primer encuentro.

Tomassino recuerda el consejo que les dio Javier para cuando se encontraran con el bisabuelo Massimo:

—Den el apellido materno, Brunetto. Si Massimo se da cuenta de que son parientes, es decir, primos, no lo tomaría

como una casualidad y la historia no sería creíble. Querrá saber por qué buscan a la familia Crosa y no a la suya. Y de ningún modo puede pensar algo así. Sigamos con lo que les dijo su madre —insistió Javier cuando elaboraron el plan, poco antes de arribar a Montevideo.

—Por favor, tomen asiento —dice Massimo y señala el sofá.

Antonella se sienta en el borde y Tomassino permanece de pie. Massimo lo imita, sin saber por qué. Agradece que no aparezcan su tía ni el tatarabuelo de Javier. Sería una situación difícil e incómoda. No le gustan las mentiras, por más *blancas* que sean.

—Nos presentaré. Somos Tomassino y Antonella Brunetto. Don Beppo nos dijo que tal vez tuvieran alguna información sobre nuestro pariente. Viajamos a Montevideo porque, poco antes de morir, nuestra madre nos dijo que aquí vivía un pariente que se ocuparía de nosotros. La familia Crosa. Es todo lo que sabemos.

Tomassino se oye hablar y se avergüenza ante lo evidente del problema: ¿por qué don Beppo los mandó a pedirle ayuda a la familia Scalante?

—Don Beppo nos sugirió que le preguntáramos a su familia, porque dijo que su padre está muy integrado a la comunidad italiana, y que apoya al Parque Lineal, en conmemoración a los primeros italianos que se asentaron aquí.

Massimo da un silbido y camina unos pasos, pensativo.

Tiempo después, cuando Tomassino y Javier se encontraron y Javier quería saber todo del bisabuelo, Tomassino

recordaba que Massimo caminaba mientras pensaba, como si así ordenara sus pensamientos: «Es algo que lo caracteriza, Javier. Cuando piensa, tu bisabuelo camina de un lado al otro. Te pone nervioso, no te imaginas cuánto», le contó Tomassino, cuando por fin se encontraron.

—Es cierto. Mi padre, mi madre, forman parte de una comisión que alienta la participación de los italianos y sus descendientes en lo que hace a este barrio. En ese sentido, la recomendación de don Beppo se comprende. ¿Y ustedes buscan a los descendientes de Juan Bautista Crosa? —dice Massimo— ¿De dónde vienen?

Antonella se retuerce las manos y Massimo lo nota. Algo la inquieta.

—De Italia, Turín. Nuestros padres fallecieron. No tenemos a nadie; por eso buscamos a esa familia —murmura contrita, y Tomassino no sabe si está actuando.

—Juan Bautista Crosa fue el fundador de lo que primero fue Villa Peñarol. Una historia fascinante, por cierto.

Y vuelve a caminar en torno a una mesa ratona en la que hay un jarrón con flores secas. Con cada paso, Antonella teme que golpee la mesa y el jarrón se haga añicos. Pero Massimo no roza ni un mueble, como si hubiera medido la distancia que los separa para evitar colisiones.

—Estamos hablando del siglo XVIII. El apellido Crosa es conocido. El señor Crosa era oriundo del Piamonte. Mi padre nació en Florencia y mi madre en Turín, algo curioso porque las personas solían casarse con los de su pueblo, y Crosa y su mujer llegaron a la Banda Oriental alrededor

de 1750, más de 150 años antes que mi padre y mi madre —continúa Massimo.

—¿Banda Oriental? —inquiére Tomassino, que desconoce el término.

—Cuando Crosa llegó a estas tierras, todavía eran una colonia de la corona española. Ya se había fundado la ciudad de Montevideo, que era amurallada, como todas. A Crosa le adjudicaron unos terrenos, porque se inscribió como labrador y, unos años después, abrió una pulpería. Tuvo algunos hijos. Tengo entendido que uno de sus nietos, Félix Crosa, militar, participó en lo que aquí se conoce como la Cruzada Libertadora. En todo caso, es un apellido muy conocido y respetado.

Hace una pausa y se pregunta si no los habrá abrumado con tanta información. Pero es que la historia de Villa Peñarol le resulta un compendio que permite comprender todo el periplo de un país joven, con tierras privilegiadas y un sistema político y social que es ejemplo en el mundo entero.

—Una parte de los descendientes continúa viviendo aquí, en este barrio. Tengo entendido que uno de los empleados de la ferretería El Tornillo se apellida Crosa. Le dicen Nando. Estudia abogacía, porque dice que quiere defender a los más necesitados. Deberían empezar por ahí, por la ferretería. No sé si será pariente de Juan Bautista Crosa, aunque aquí estamos todos emparentados. Sobre todo, los italianos. *Tanos*, nos dicen.

Antonella mira los retratos. Si el hombre es Massimo Scalante, entonces la mujer del retrato ha de ser Margherita

Ambrosini, su tía. Está viendo a la hermana de su padre, y le brillan los ojos. Es una mujer muy bella. ¡Con qué gusto le diría a Massimo que son primos, primos hermanos! Pero es imposible. Quizá en algún momento le puedan contar la historia completa. Tal vez cuando vuelvan a ver a Javier y a Federica encuentren la manera de hacerlo.

Massimo se da cuenta del interés de Antonella en las fotografías y sonríe.

—Son mis padres. Mi padre llegó aquí alrededor de 1920, con su compañera Margherita, mi madre. Yo era un niño chico. Jamás hablan de lo que dejaron atrás; como muchos inmigrantes, quisieron empezar nuevamente de cero. *Tabula rasa* —dice Massimo, quizá más para sí que para los gemelos.

Mira nuevamente a Antonella. Algo en el rostro le llama la atención; la mirada un poco perdida se parece a la de su madre. Tomassino carraspea con disimulo para volver al tema.

—¿Esa ferretería queda muy lejos de aquí?

—No —ríe Massimo—; aquí todo está cerca. No es un barrio tan grande como el Centro o la Ciudad Vieja. Podríamos ir juntos. Es una manera de conocer un poco más sobre la historia de Peñarol.

Les sonríe y espera una respuesta. Los gemelos se miran entre sí y asienten con la cabeza.

—¿Qué les parece si nos encontramos aquí mañana por la tarde? Hoy estoy bastante ocupado.

—Muchas gracias, claro que sí —Antonella resplandece de la alegría.

—Sí, le agradecemos mucho.

—Si me permiten la indiscreción: ¿dónde están viviendo?

—Don Beppo nos cedió la habitación del fondo, junto al gallinero. Allí estamos bien. Y prometió conseguirle trabajo a Tomassino —responde Antonella muy orgullosa.

—Es una buena noticia. Don Beppo es un hombre de palabra y conoce más que nadie todo lo que se relaciona con la estación del ferrocarril y los talleres. Siempre se necesitan hombres jóvenes; los ferrocarriles jamás descansan. Seguro que conseguirá algo.

—Ha sido muy bueno con nosotros. Hoy de tarde me acompañará al taller, cuando termine su turno en la estación. Confío en que tendré suerte —agrega Tomassino, que se ha puesto súbitamente serio.

Necesita ese trabajo con urgencia. De algo deben vivir hasta hablar con un Crosa. Luego verán qué hacer. Antonella quisiera permanecer con don Beppo, pero Tomassino dice que no deben abusar de su generosidad.

Después Massimo los despide y los acompaña a la puerta.

—Nos veremos mañana. Algo lograremos. Que tengan una buena tarde.

Los gemelos caminan lentamente de regreso. Van conversando sobre este primer encuentro, y cualquiera que los viera diría que son de allí, del barrio. Antonella sonríe y señala una de las fogatas. Tomassino se apura un poco. Está ansioso por ver a don Beppo para ir a los talleres. Después llegan a la casita y Tomassino se fija en el nombre de la calle: Franklin.

—Vaya nombres de estas calles —exclama.
—Tal vez don Beppo nos explique por qué se llaman así.
—Vive cerca de la estación, qué conveniente —agrega Tomassino, que está preocupado por memorizar algunos lugares. No le gusta sentirse perdido.
—Vamos, entremos de una vez. Tal vez pueda ayudar a don Beppo con la comida o los mandados.
Después se encaminan al cuarto del fondo. El otoño le da un color amable al jardín trasero, e incluso las gallinas parecen menos flacas que hoy de mañana.



PEÑAROL, 7 DE JULIO, 2030

—Otra vez revolviendo las cajas de tu bisabuelo en el altillo, Javier —rezonga su madre.
—Mamá, es que realmente me interesa muchísimo. Hay de todo. Se ve que al bisabuelo le gustaba la historia y, sobre todo, la de Uruguay. No te enojés, me sirve para las clases, también. Es otra manera de estudiar, distinta a la tuya. Menos fechas de memoria y más historias de la gente. Es fascinante.
—No me convencés; pero si eso te hace estudiar y aprobar la materia, por mí, revisá todo lo que quieras. Al menos, sabremos qué hay en esas cajas. Y, de paso, podrías tirar lo que no sirva para nada. Tengo ganas de montar el taller ahí arriba.
Javier la mira un poco asombrado. Que la madre haya aceptado lo de las cajas es un poco sorprendente.
—Sí, mamá, es una buena idea. Te ayudo, si querés.



Cruza los dedos y espera que se olvide de esa idea; no quiere que el altillo se transforme en otra cosa y las cajas terminen en una volqueta, porque seguro que no va a querer que se las lleve a su cuarto. Además, ¡en el altillo empezó todo!

—Javier, voy a salir a entregar algunos pedidos y vuelvo para la cena. Por las dudas, hay una pascualina lista en el horno.

—Chau, mamá. Y milanesas, ¿para cuándo?

Rosario lo mira con cara de pocos amigos y sale pisando fuerte.

Javier vuelve a las cajas. Hay una, sin fecha, pero con un adhesivo en el que se lee: «Prehistoria, apuntes y curiosidades». ¿A qué se refería el bisabuelo con «prehistoria»? Seguramente no a ese tedioso período histórico en que no ocurre nada que llame la atención. Hombres de las cavernas, mamuts y todo eso. Así que seguramente sea otra cosa. Abre la caja con cuidado. No quiere que le vuelva a suceder lo que ocurrió la primera vez: todo terminó desordenado y desparramado en el piso. Se sienta en el escritorio del bisabuelo y durante un segundo imagina que Tomassino y Antonella quizá hayan visto ese mueble o lo estén viendo en este preciso instante... Después aparta esos pensamientos. En cualquier momento, llegarán noticias de los gemelos y verán qué hacer.

En la caja hay una hoja de papel con un texto en letra mayúscula y en tinta roja. Dice: «Los gemelos Brunetto me pusieron a buscar información sobre Juan Bautista Crosa y sus descendientes. No sé si servirá de algo, pero di con algunos datos que revisaré en su momento. Aquí una reproducción del famoso cuadro de la Cruzada Libertadora. Vaya uno a saber si uno de ellos es Félix Crosa, el nieto de Crosa. Voy a visitar la Biblioteca Nacional, tal vez encuentre algo». Y efectivamente, hay una reproducción del famoso cuadro de Blanes, que fue restaurado en 2015. No hace tanto. Quizá debería ir a verlo. Debajo de esa

reproducción hay otra, del 18 de julio de 1830, la Jura de la Constitución. Se le eriza la piel. Dentro de pocos días se cumplen 200 años, y la fecha coincide con el Mundial de Fútbol. Claro que no es casualidad. Cuando el primer Mundial, se conmemoró el centenario. Y este año se celebra el bicentenario. Todo un acontecimiento. Le saca una foto con el celular y después la amplía. Ondeán las banderas: Argentina, Brasil, Uruguay, Estados Unidos. La gente parece aplaudir, estar alborozada. Imagina los vítores y el discurso de los constituyentes. Entonces repara en una mujer que está de espaldas, con una mantilla de color amarillo-dorado. Y cerca de ella, un hombre y una mujer, todos de espaldas. Y donde termina el cuadro, mirándolo... un jovencito muy atildado con un traje azul, pantalón largo y chaqueta, una camisa blanca con una especie de corbata de color rojo y algo en las manos, que no distingue. El jovencito parece estar mirándolo y Javier se reconoce. ¿Cómo es posible? ¿Acaso...?

Se prepara para el consabido mareo y el salto mortal, pero nada ocurre.

—¿Qué está pasando? Si estoy en el cuadro, tengo que viajar. ¿Pero por qué no pasa nada? ¿Es que no volveré a ver a los gemelos?

Un escalofrío lo recorre de pies a cabeza y contiene la respiración.

—Tengo que hablar con el Fede, ahora mismo. ¡No puedo creer lo que está pasando!

17:38, 7 de julio de 2030

JAVIER

Fede, venite en cuanto puedas.
Es urgente.

FEDE

Pasó algo?

JAVIER

Sí; quiero decir, no. Te cuento cuando nos veamos.
Pero me parece que estamos en problemas.
Es por los viajes y los gemelos.

FEDERICA

Voy ya mismo.

En ese momento, le llega la foto que hizo Tomassino.
Increíble, no hace tanto, solo que cien años antes.

17:40, 7 de julio de 2030

FEDERICA

Tomassino me mandó una foto de la casa de tu bisabuelo!

Sin embargo, Javier no reacciona. ¿Qué ha ocurrido?

Javier mira azorado el cuadro, una y otra vez, como si así encontrara la solución. Pero nada. No sucede nada. ¿Ya no puede viajar en el tiempo? ¿Significa entonces que no volverán a ver a los gemelos? No, de ningún modo.

Entonces escucha el timbre de la casa y baja las escaleras de dos en dos. Pero cuando abre la puerta sin preguntar quién es, no es Federica la que está allí, sino un desconocido.

—¿Javier?

Javier lo mira con desconfianza. Va vestido con un traje un poco fuera de época, aunque no puede decir en qué se nota. Ah, claro. En el bolsillo izquierdo sobresale la punta de un pañuelo blanco. Lleva un maletín de cuero en una mano. Desentona. Hace años que nadie fabrica maletines de cuero.

El hombre saca una tarjeta del maletín y se la tiende sin decir una sola palabra. Javier reconoce el logotipo y lee apurado el nombre y unas líneas escritas a mano.

—Subamos al altillo. Justamente estaba en este asunto —dice y lo deja pasar con un nudo en el estómago.

Después agrega:

—¿Usted es...?

La mirada intensa de Erre lo impresiona bastante. ¿Quién es, qué quiere? ¿A qué vino aquí? Entonces sonríe y le hace una guiñada casi imperceptible. Tal vez quiere tranquilizarlo.

—Javier, ya fue. Vamos a ver qué pasa y qué dice. No parece mal tipo.

Intenta tranquilizarse un poco y sube la escalera; el visitante atrás, sin decir una sola palabra. Y cuando entran al altílo, el desorden le da vergüenza. Pero el desconocido no parece sorprenderse ante las cajas y los papeles que Javier ha amontonado sobre el escritorio.



CAPÍTULO 2

LA MISIÓN DE JAVIER





PEÑAROL, 7 DE JULIO, 2030

—Este es el logo. Cuando veas uno, sabrás qué hacer. Te encontrarás con muchos interrogantes.

Después toma asiento y deja el maletín a su lado en el piso de pinotea un poco comido por las termitas. Huele bien en el altillo; ese aroma un poco difuso del pasado, a papeles añosos, a trastos viejos, a ropa ya usada una y cien veces y que nadie termina de decidir qué hacer con ella. Javier lo mira atentamente y ve una especie de escarapela diminuta prendida al cuello del saco. Es un escudo con la tricolor y las letras IPF.

El visitante se presentó diciendo «soy Erre» y le tendió la mano. Entonces, Javier vio, asombrado, el minúsculo logo tatuado entre el pulgar y el índice, tan chico que parecía una mancha de nacimiento. Pero era inconfundible: la estilizada Torre de los Homenajes del Estadio. Sin embargo, no logró distinguir un detalle, que podría ser un código parecido a un QR o algunas letras.

Erre le explica en forma resumida cuál es la situación: revisar algunas cuestiones que no quedaron resueltas en 1930 y que se han convertido en un misterio o en leyendas populares. Pero no dice cuáles son.

—¿Y cómo sabré qué debo hacer?

—Todo en su momento. Debemos ganar tiempo, esa es la verdad. Contamos contigo y con tus amigos. Lo hicieron bien en el *Conte Verde*. Está registrado en los anales y el capitán redactó un informe extenso, de casi cincuenta páginas. Toda una hazaña la de ustedes. Entiendo que fueron



condecorados. No es algo que suceda con frecuencia. No siempre se logra el éxito en este trabajo. Es probable que en el camino te encuentres con varias sorpresas. A todos nos ha ocurrido.

Javier carraspea sin saber bien qué decir. Quiere dar la impresión de que está a la altura de las circunstancias, cualesquiera que sean, pero no sabe cómo hacerlo. Ha

hecho un plan; bah, los cuatro lo han diseñado. Aunque no se relacione con lo que ha planteado el viajero, le parece que puede interesarle. Siempre se empieza por alguna parte, ¿o no? Su sorpresiva visita aún lo asombra, porque no imaginó que hubiera viajeros del tiempo que transmitían mensajes o informaban sobre una misión. ¡Si parece *Misión imposible*! Solo falta que Erre diga «esta cinta se autodestruirá en 30 segundos» y pira, posta que pira y se le quema el cerebro.

—Bueno, Javier —se tranquiliza y deja de pensar que está en una serie—; al fin y al cabo, es tu primera experiencia. No podés saber todo.

Mira a Erre, que ahora se ha puesto de pie, y observa con atención todo lo que se acumula en el altillo. Quizá algo le recuerde a su propia época. ¿Cuál será? Por la vestimenta, podría ser de los años cincuenta del siglo pasado. Pero es algo que no se pregunta. No le preguntás nada a los viajeros en el tiempo, esa parece ser la norma, ni ellos dicen de dónde vienen ni de cuál época.

—Los gemelos se han puesto en contacto con mi bisabuelo Massimo, para rastrear a los descendientes de la familia Crosa.

Erre lo mira con algo parecido a la compasión.

—No quiero desanimarte, pero creo que eso no servirá de mucho. La tarea que les espera a ellos es más importante que encontrar a esos descendientes, eso es anecdótico. Porque ustedes, los gemelos y tú, son primos lejanos. De modo que lo de Crosa... fue una buena idea y sirvió para

que llegaran a Montevideo. Ellos te ayudarán en lo que deberás resolver.

—¿Entonces ustedes sabían todo esto? ¿No fue una casualidad? ¿Y sabían que los gemelos serían importantes en determinado momento?

A Erre no parecen molestarle ni sorprenderlo las preguntas de Javier. Es como si hubiera sabido que se encontraría en esta situación.

—Presta atención a lo que voy a decirte —retoma Erre—. No sabíamos con exactitud; sí teníamos información sobre que había asuntos pendientes que resolver. Nuestros investigadores de la historia, algunos que son especialistas en los deportes, encontraron un par de datos *curiosos* o *incompletos*, por decirlo de alguna manera. Ver el pasado a la luz del presente siempre es enriquecedor. Sobre todo, porque surge nueva información y aparecen documentos, por ejemplo. Así, en algunas ocasiones hemos debido analizar algo del pasado que debe corregirse para hacer justicia.

—No comprendo. Eso contradice la ética de los viajeros en el tiempo. No se puede modificar el pasado. ¿Y quién dice lo que es justo y lo que no?

—No puedo responder sobre lo que se considera *justo*. Eso le compete a los que están en un nivel superior al mío. Y, en relación con la ética que mencionas, no es así realmente. No alteramos nada en el pasado, pero hacemos que la injusticia ocurrida en el pasado se compense en el futuro. Lo comprenderás a medida que esto avance. Piénsalo así: sabemos lo que sucedió en el pasado y vemos algunos *huecos*, por llamarlo de algún modo. En el presente, el futuro

de ese pasado, podemos hacer que esas cosas ocurran, o intentarlo.

Erre carraspea y se arregla un poco la corbata. Es evidente que no terminó de hablar.

Javier lo mira en silencio y siente cómo se le contrae la mente por el esfuerzo que hace para comprender del todo la revelación de Erre.

—¿Y han tenido éxito?

—En general, sí. Por supuesto que los contemporáneos de la época en que se *repara el pasado* no se dan cuenta. Un detalle aquí, una cosa que aparece allá... Todo parece natural.

—Menos la interpretación de los documentos que alguien descubre o revisa, ¿no es así?

—Así es.

—¿Entonces debo viajar a 1930? ¿Y qué papel juegan los gemelos en todo esto? No dejan de ser extranjeros recién llegados. No comprendo.

—Los gemelos harán algo que se volverá trascendente en relación con lo que habrán de resolver ustedes cuatro. Y sí, está previsto que viajes a 1930, pero antes debes viajar a Ginebra, en el año 1923.

—¿1923? ¿Siete años antes del Mundial? No comprendo. ¿Qué debo hacer allí?

Erre abre el maletín y saca una carpeta que contiene varias fotografías y se la entrega.

—Confío en que todo saldrá bien.

Javier repasa atentamente las fotografías, en un blanco y negro ya deslucido por el tiempo. Se ve a un conjunto de

hombres, vestidos de traje, con un saco cruzado y un pañuelito blanco en un bolsillo. La mayoría está de pie, y en el centro se destaca uno de pelo casi blanco, no muy alto y con un bigotito que recuerda a Chaplin. Las cuatro fotografías se refieren a algo que ocurrió en ese año, en Ginebra. Algunas están enfocadas más de cerca, lo que permite ver los rasgos de los hombres; en otra, hay un plano medio del hombre del bigotito, flanqueado por dos. Han de ser importantes para que les hayan tomado una fotografía a los tres.

—No harás nada. Solo escucharás lo que se hable en esa reunión.

—¡No hablo francés! Y mi inglés es nivel medio. ¿Cómo los voy a entender?

—Me extraña, araña... ¿Acaso no puedes grabar o filmar la reunión? Con eso es suficiente. Del resto, nos ocupamos nosotros. ¿Alguna otra pregunta?

—¿Y si no aparezco en la foto?

—Totalmente imposible. Nunca ha sucedido hasta el momento.

—¿Y si se tratara de una época en la que no existía la fotografía? ¿Cómo lo resuelven?

—Me temo que te adelantas. Es algo que no puedo responder. Si llegara el caso, otra persona se haría cargo. Mi trabajo se desarrolla en épocas en que la fotografía existe.

—Pero, ¿cómo viaja usted?

—Igual que tú.

—Pero entonces... eso quiere decir que usted está en una fotografía en esta casa, o en el vecindario o por acá cerca. Si no, sería imposible, ¿no?

Erre sonrío por primera vez y le brillan los ojos. Javier le cae bien, su curiosidad es fabulosa. ¿Qué haría el ser humano sin esa cualidad? Seguiríamos en la época de las cavernas. Las famosas preguntas: por qué, para qué, quién, cómo. Si Javier supiera lo que le espera, realmente quedaría pasmado. Pero no puede revelar nada. El factor *sorpres*a forma parte del asunto.

Abre nuevamente el maletín y le tiende un almanaque de 2030. Es uno de esos que publican los supermercados, las farmacias, las empresas. En este caso, es de *Global Post*. En cada mes hay una fotografía a todo color, con personal cargando paquetes y encomiendas, algunos tocando el timbre de una casa, otros descendiendo de una camioneta. En todas se lee «Global Post nos conecta». Y allí está Erre, vestido con el uniforme de la empresa, sonriente, parado ante la puerta de esta casa.

—Como verás, no nos faltan los recursos... Y ahora debo irme antes de que me sigas haciendo preguntas que no sé si puedo responder.

La sonrisa y el brillo de los ojos desaparecen y vuelve a ser el Erre serio que entró hace una hora.

Bajan la escalera; Javier sumergido en un mar de pensamientos y dudas; abre la puerta casi mecánicamente y Erre sale como si fuera una aparición. Javier se pregunta si no habrá sido un sueño. Pero no lo fue. Fue algo muy real. ¿Ginebra, 1923? ¿Y qué demonios ocurrió allí que parece ser tan importante, tanto como la celebración del primer Mundial?

Vuelve al altillo y ve el sobre que dejó Erre sobre la mesa. Está tentado de abrirlo nuevamente, pero se detiene. Esta

vez viajará sabiendo a dónde va y qué le espera. Erre no dijo que debía viajar hoy mismo, en este instante.

18:20, 7 de julio de 2030

JAVIER

Fede, demorás mucho? Está pasando de todo. No puedo solo.

FEDE

Disculpá, estaba ayudando al Lalo con los deberes. Voy volando.

Le sudan las manos y trata de tranquilizarse. No es una tarea que pueda emprender solo. Se muere por charlar con su amiga.

Suena el timbre; baja de dos en dos la escalera y abre la puerta. Federica llega agitada, con el pelo revuelto y las mejillas rojas de haber corrido las cuadras que los separan.

—Dale, vamos a tu cuarto y me decís todo. Tenés una cara como si hubieras visto un fantasma. Y eso que es de día. Pero antes: mirá esto. No me contestaste el mensaje que te mandé hace un rato.

Le muestra la foto que le mandó Tomassino y Javier abre los ojos como dos platos.

—¡Salado! ¿Y sabés algo más?

—No, por ahora nada.

—Es increíble; esta casa, pero hace cien años. No cambió tanto.

—Ahora vos. ¿Qué pasó?

—Ya te cuento, mis viejos no están, así que vamos a estar en paz.

A Federica le brillan los ojos, lo apura y entran.

Javier se queda de pie y Federica se acomoda en la cama, la espalda contra la pared. Lo mira atentamente y con aspecto serio. Javier entonces le cuenta lo que sucedió.

—Fede, es como si hubiera sabido que lo atomizaría a preguntas. Al tipo no se le movió una ceja, lo juro. En todo el rato que estuvimos en el altillo, no sonrió, no se alteró, no se emocionó, nada —le comenta Javier.

—¿Y qué pasó en Ginebra en 1923? —quiere saber Federica y lo mira esperando una respuesta.

—Ni idea. Ni siquiera sé por dónde empezar.

—Javier, seamos lógicos. Primero se trató de que el *Conte Verde* llegara en fecha a Montevideo para que se celebrara el primer Mundial de Fútbol. Seguramente, se trata de algo vinculado a eso, a la organización y las negociaciones que se hicieron para que Montevideo fuera sede. Es como obvio, ¿no te parece?

—De todos modos, y por las dudas, podríamos buscar info, ¿no? Vamos a preguntarle a Ghiggia.

—¿Quién diablos es Ghiggia?

—¿Tú me lo preguntás? ¿No es que te gusta el fútbol?

—Me estás jodiendo. ¿Alcides Ghiggia, el del *maracazo*? Estás más loco que una cabra, Javier.

—Viste que cuando querés usar la IA generativa, tenés que loguearte y poner un nombre. Puse ese. Me pareció que pegaba con todo esto.

—Bueno, dale. Pero preguntá bien, no sea que te conteste cualquier truchada. Viste que a veces, la IA inventa bastante...

Javier tipea apurado en su tableta y espera, impaciente.

—Hola, Javier, me preguntaste qué cosas ocurrieron en 1923 en Ginebra. Se puso la piedra fundamental del edificio de la Oficina Internacional del Trabajo, eso fue un 21 de octubre. Se hizo el congreso de la Alianza Cooperativa Internacional, organismo federativo que nuclea a todas las cooperativas. Ese año se definió el Día Internacional de las Cooperativas. La Liga de las Naciones interviene en el conflicto de Corfú entre Italia y Grecia.

Javier lee y mira a su amiga, dudando.

—No creo que algo de esto nos interese, no tienen nada que ver con el fútbol. ¿Qué hacemos?

—Déjame que le pregunte yo.

Javier le da la tableta y la escucha teclear con fuerza. A los pocos segundos, aplaude.

—Acá está. Es cuestión de saber preguntar, Javi. Mirá. Te lo voy a leer: «Javier, te aconsejo que consultes la biblioteca del Palacio Legislativo. Allí vas a encontrar un libro sobre el campeonato mundial de 1924 y la FIFA. El autor es Pierre Arrighi».

—Fede, preguntale qué pasó con la FIFA en 1923. Algo me dice que el asunto va por ahí. Después nos ocupamos de ese libro.

—Ghiggia, ¿podés decirme si hubo un congreso de la FIFA en Ginebra, en 1923?

Los segundos pasan y casi da la impresión de que se puede escuchar a la IA mientras reúne la información dispersa. El recuadro donde la IA escribe la respuesta se ilumina:

—El congreso de la FIFA se reunió en Ginebra y aprobó cómo se organizaría el torneo olímpico de 1924. Ese congreso delega el poder de programar, reglamentar y organizar a la Comisión Técnica de la federación francesa, que actúa bajo control de Rimet. Después, hay un llamado a todos los futbolistas del mundo a que se preparen para el campeonato mundial de fútbol. Pero, dos días antes de que comenzaran las reuniones, el presidente de la AUF, Dr. José María Reyes Lerena, autorizado por el ministro de Relaciones Exteriores, envió un telegrama a Suiza en el que le pide al Dr. Buero que la represente en el congreso internacional que será los días 20 y 21 de mayo en Ginebra. Y asistió.

—Gracias, Ghiggia. Nos vemos —se despide Federica, como si Ghiggia fuera una persona.

—Ahí tenés. En ese congreso participó ese tal Buero.

—¿Y?

—No sé. No sé.

Javier cierra la aplicación y da un suspiro tremebundo. Sabe que se están metiendo en un lío grande. ¿Por qué? Porque no sabe nada de todo eso. ¿Cómo va a viajar a Ginebra sin saber de qué se trata el asunto? Federica interrumpe la catarata de preguntas que lo aturullan.

—Esperá un poco —dice Javier—. 1924: Uruguay salió campeón en Colombes, ¿no? Jules Rimet es el vejete francés que viajaba en el *Conte Verde*. El de la copa; todos

dicen que inventó el Mundial de Fútbol. Ahí está la cosa. Algo entre Buero y Rimet. Algo debe de haber sucedido en ese congreso en Ginebra. ¿Pero por qué a los del Instituto del Futuro les interesa ese congreso?

—Si me guío por lo que vivimos en el *Conte Verde...* algo debe de haber pasado que hizo que la decisión sobre Montevideo como sede no haya sido de taquito —razona Federica muy seria.

Cuando se pone seria, se le frunce la frente y aprieta los labios. Tanto, que parecen dos rayitas casi blancas.

—Me parece que tenemos que consultar ese libro que sugiere el amigo Ghiggia, y buscar más info. Capaz que podemos preguntarle al autor del libro, mirá, acá está: Pierre Arrighi. Dale que busco info.

—Fede, esperá. Esperá un poco. Erre dijo que solo tengo que estar allí y grabar las conversaciones, nada más. No quiero perder tiempo buscando todo eso. ¿Ir al Palacio Legislativo para leer ese libro en la biblioteca? ¡Nos llevaría horas! Quiero hacer al revés: viajo, grabo y vuelvo. Y después vemos.

Federica sopesa el planteo de Javier. Es razonable, pero no suena a aventura. Aunque viajar ya es una aventura, ¿no?

—Tenés razón. Mostrame la foto. Quiero ver dónde vas a estar. Mientras tú hacés lo tuyo allá, yo sigo acá. Pero ni te pienes que vas a viajar vos solito. ¡Yo soy copiloto, no te olvides!

Javier lanza una carcajada.

—¡Por supuesto! ¡Además, vamos a ir a 1930 y ver qué onda con los gemelos, mi bisabuelo y todo eso! Y algo del Mundial vamos a ver, ¿no?

—¿Nos colamos, así de una? ¿Se colaba la gente ya en 1930?

—¡Y claro! ¡Somos uruguayos, ¿no?!

—Dale, mostrame las fotos. ¿Tenés una lupa?

—Vamos al altillo. Estoy seguro de que entre las cosas de mi bisabuelo ha de haber una.

Menos mal que los padres no están. En cualquier momento, Javier desaparece vaya uno a saber cómo —capaz que a través de un gusano, uno de esos agujeros negros que conectan realidades paralelas o algo así— y lo mejor es que nadie se entere. Deben apurarse.

Javier toma el sobre de manila —qué antigüedad— y saca las fotografías. Entre ellas cae una hoja con unas anotaciones que no había visto antes. La caligrafía le parece familiar. Lee las escasas líneas, aunque no comprende el sentido del punteo: a) no hubo partido por el tercer puesto; b) no apareció la escultura de Zorrilla; c) nunca apareció el arco del Field de Pocitos; d) Alemania no quiso participar en el primer Mundial. ¿Pero qué significa todo esto?

—Fede, mirá lo que había entre las fotos...

Pero su amiga está viendo las fotografías con la lupa. Parece un joyero del Renacimiento. Está concentrada y cada tanto resopla y se le despeina el flequillo.

—¡Acá estás, Javier! Mirá, en un rincón, escuchando a todos estos hombres tan serios. ¡Debe de ser un aburrimiento total! Clarísimo que sos vos.

Federica se da la vuelta para encarar a Javier que se quedó mudo de pronto. Pero solo ve cómo una hoja de



papel flota suavemente en el aire y aterriza en el suelo. Javier no está.

—Buen viaje, camarada —dice Federica—. Me gustaría saber cómo va a hacer para volver. No hablamos de eso. Espero que sea como cuando iba y venía del *Conte Verde* para acá. Si no, estamos en problemas. Y ahora, mejor me voy antes de que lleguen los viejos y empiecen con la preguntadera. Javier se las arreglará.

En el momento en que desaparece, Javier se da cuenta de que no le contó a Fede lo del cuadro, que se vio, pero que no pasó nada. ¡Menos mal que en 1923 ya existían las fotos!



CAPÍTULO 3

LA CONFESIÓN DE FEDE







GINEBRA, 22 DE MAYO, 1923

El salón es enorme. Las paredes recubiertas de lambrices oscuros; una tarima con una mesa en la que cabe una docena de personas y, delante de ella, en la gran sala, filas de sillas de madera con respaldos de cuero repujado. En las esquinas se alzan unas impresionantes columnas de madera lustrada y en las paredes hay cuadros enormes de personajes históricos. Un cortinado que parece el telón del Teatro Solís hace de puerta entre el salón y varios pasillos de techos altísimos. En el silencio, se escuchan los murmullos incomprensibles de los hombres elegantemente vestidos que van entrando y se ubican en las sillas. Los últimos en entrar suben a la tarima y se sientan en las poltronas. Ninguno ocupa la del medio, que se asemeja a un trono. Parecen príncipes vestidos de civil.

La solemnidad lo abruma. En las esquinas hay algunos fotógrafos con unas cámaras que parecen salidas del Museo de la Fotografía. Javier se ubica en un rincón un poco escondido entre los pliegues del cortinado oscuro; le sudan las manos y, para variar, le tiemblan las rodillas. Desde allí ve la tarima y los respaldos de las sillas y las cabezas de los hombres, algunos tocados con sombrero. En determinado momento, entra un hombrecito y se escuchan los aplausos del público. Sube a la tarima y se queda de pie delante de la silla desocupada. Cuando se hace silencio, Javier empieza a grabar. El hombre da un discurso breve y, por los gestos y el tono de voz, Javier entiende que está diciendo algo trascendente. Termina y los aplausos nuevamente arrecian,



y supone que debe de haber dicho algo muy importante. Algunos hombres levantan la mano y piden la palabra. Se discute; algunos hablan como si estuvieran muy enojados; otros, en un tono un poco más conciliatorio. Cada tanto, hay aplausos. Javier comprueba que el celular está grabando. Está alerta; teme que lo descubran y le pregunten qué diablos hace allí. Evidentemente, no es un lugar para un jovencito. De hecho, casi todos los hombres son bastante mayores. No hay ninguna mujer, se da cuenta de

pronto, y piensa en qué diría Federica. ¿Pero por qué no hay mujeres? Está pensando en eso, cuando un hombre muy elegante levanta la mano y pide la palabra. Repara en su acento: ¡pero si es uruguayo! Se le hiela la sangre. Ha de ser el famoso Dr. Buero. Se ve que lo que dice enciende a los otros, porque los aplausos son impresionantes. Se alegra de haberlo grabado. Siente que se apropió de algo histórico, que presencié algo que lo supera, pero confía en que en algún momento comprenderá.

Está pensando en eso, cuando siente que alguien lo toma con fuerza del brazo. Atina a esconder el celular en un bolsillo y se enfrenta a un hombrón con cara de pocos amigos y aspecto de guardia o policía. Se pone pálido y espera lo peor. El hombre le hace una seña de que no diga una sola palabra y lo hace salir al pasillo. ¿Qué está pasando y qué debe hacer? No se le ocurre una sola idea, como si el cerebro se le hubiera achicharrado del susto.

El hombre le pone la mano en el hombro y lo conduce por el pasillo alumbrado por unas lámparas de bronce y cristal, y sin apuro lo deja ante una puerta, al final. La abre con cuidado, lo hace pasar, le da un empujoncito y después la cierra. Es un salón de tamaño mediano, también con paredes de lambriz, un gran escritorio y dos butacas enfrentadas. No hay nadie, y el silencio aturde un poco. Entonces Javier escucha el chirrido leve de una puerta que se abre, y unos pasos. No había visto la puerta que hay a un lado del escritorio, por la que entra un hombre de gesto serio, pero con una mirada calma. Rodea el escritorio y le hace una seña de que tome asiento.

Javier lo mira, un poco más tranquilo, aunque no sabe por qué. El hombre no parece amenazador, ni tampoco sentir curiosidad por Javier, como si lo hubiera estado esperando. Le tiende la mano y Javier ve el minúsculo logo en los gemelos de oro, que cierran el puño impecable de una camisa blanquísima.

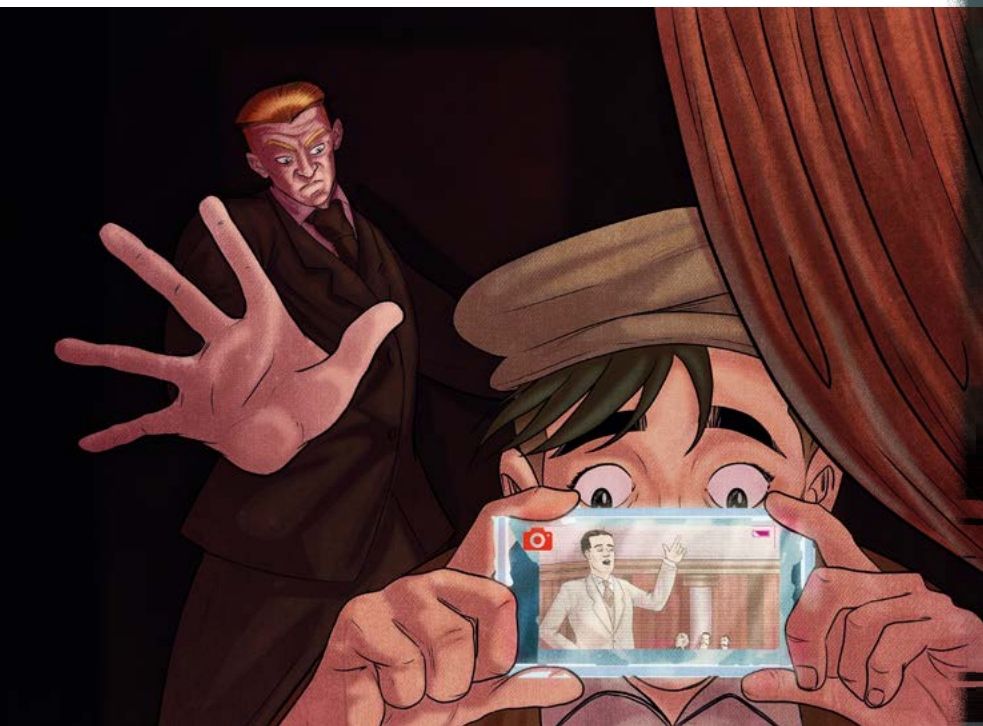
—Si me permites... —dice y extiende la mano.

Javier comprende y le tiende el celular. El hombre saca un artefacto que Javier jamás vio antes, y con un cable transparente lo conecta al celular. El aparato, también transparente, es delgado y flexible como una hoja de silicona y cabe en la palma de la mano. Javier observa un diminuto tejido de cobre, que ha de ser el corazón del dispositivo, y cuando se conecta al celular, titila un instante y brilla con colores irisados. A los segundos, la luz se apaga y el hombre lo desenchufa y le devuelve el celular. Después guarda el aparatito en una caja fuerte que hay oculta detrás de un cuadro y toma asiento junto a Javier. Recién entonces Javier se da cuenta de que una alfombra muy gruesa amortigua los pasos.

—Presta mucha atención a lo que voy a decirte. Y memoriza la información. Es muy importante.

Carraspea para clarificarse la voz y continúa en voz relativamente baja y pausada. Habla un español neutro, como el de los doblajes de algunas pelis o series. Imposible decir de dónde es. No hay nada llamativo en su rostro, en su voz. Un hombre anónimo que podría ser cualquiera. Cuando quiera describirselo a Federica, sin duda estará en aprietos.

—¿Puedo grabar?



—De ningún modo. No debe quedar ningún rastro de mis palabras, salvo en tu memoria. Por eso debes estar muy atento.

El hombre habla durante casi una hora, se interrumpe cada tanto y le pregunta si ha comprendido. Javier asiente un poco confundido. Mucho de lo que el hombre dice no

lo entiende y confía en que Federica lo hará. En todo caso, retiene lo que considera más importante y mentalmente hace anotaciones.

—¿Alguna pregunta?

Javier se alza de hombros.

—Ni sabría por dónde empezar. Entendí los puntos más importantes, pero lo demás, no.

—Deberás consultar con algún especialista de tu tiempo. Seguramente haya personas versadas en este asunto que te den más explicaciones. Ahora debes partir. Te espera mucho por delante.

—¿Eso es todo? ¿Y cómo volveré?

El hombre le hace una guiñada y lo acompaña a la puerta sin decir una sola palabra más.



PEÑAROL, 7 DE JULIO, 2030

Un poco mareado, se ve a sí mismo en su cuarto, con el cuaderno de Matemática abierto. Esta vez no le manda un mensaje a Federica, sino que la llama. La voz alterada la alarma.

—Voy para ahí ahora mismo.

Unos minutos después, una tromba llamada el Fede entra en el cuarto de Javier y se lo queda mirando.

—¿Y? ¿Qué pasó?

—Me dieron información. No entendí bien, pero dicen que es importante, muy importante. Además, *copiaron* la grabación con un aparato que jamás había visto antes. Lo

guardó en una caja fuerte. ¡Y me parece que vi al Dr. Buero! Estoy seguro de que dijo algo importante, algo que tiene que ver con lo de la sede.

—¿En 1923?

—Sí, algo leí por ahí, algo que dijo Rimet que parece que no es cierto...

—Javi, estás haciendo lo mismo que cuando tus primeros viajes al *Conte Verde*. No contás bien. Empezá por el principio, haceme el favor, que me matás de los nervios.

Javier se sonroja y asiente. Federica tiene razón. Se concentra y en la forma más ordenada que puede, le cuenta lo que sucedió *allá*.

—¿Y cómo era el viajero?

—Como cualquiera. Ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco. Pelo castaño, ojos castaños. Voz neutra. Imposible de describir.

—Ajá. Entiendo. Uno de esos que pueden ser cualquiera. Muy astutos. Muy astutos. ¿Y estás seguro de que esas son las cosas importantes a las que tenemos que prestar atención?

—Sí. También dijo que consultáramos con un especialista de nuestro tiempo. No sé qué quiso decir. Creo que se relaciona con las anotaciones que hay en el sobre de Erre.

—Y tiene razón, Javier. Alguien que sepa mucho sobre los entretelones del Mundial de 1930, ¿no?

—Puede ser, pero no conozco a nadie.

—¡Pero yo sí! Mi primo, el Pitufo. Estudia Historia en el IPA y es profe de Educación Física. Seguro que nos puede ayudar. Es repiola, los alumnos lo adoran, y capaz que nos

recomienda a alguien. ¿Cómo te ves en un mano a mano con el profesor Etchandy? ¡Es un genio!

—¡No delires, Fede! ¡Mirá si nos va a dar bola! Aparte, ¿con qué excusa vamos a hablar con tu primo? ¡No le podemos contar la verdad!

—Estás hablando con el Fede, Javier, por si se te olvidó. ¡Claro que no! Le decimos que estamos escribiendo una monografía que compara la organización del Mundial de 1930 con la de este año. Por lo poco que leí por ahí, se asemejan bastante los problemas, la decisión de la sede, Europa vs. Sudamérica; la intervención de la FIFA, etcétera. La construcción del Centenario en 1930 y la remodelación fantástica de ahora. ¿Viste las fotos? ¡Increíble!

Javier rumia la sugerencia de Federica. La idea no es mala. Al menos, obtendrán algo más de información como para decidir cómo proseguir.

—¿Y qué hacemos con los gemelos?

—Por ahora, nada. Primero hablamos con mi primo y después vemos. Supongo que viajaremos a 1930.

—Bueno, dale. Decile que queremos hablar con él. A ver qué nos aclara.

14:30, 7 de julio de 2030

FEDERICA

Hola, Pitufo, ¿todo bien? Necesito hablar contigo por un tema del liceo. 🤖 🤖 🤖

A los pocos segundos, llega la respuesta:

14:30, 7 de julio de 2030

EL PITU

Hola, prima! ¡Qué sorpresa! ¡Me encantaron tus emoticones, son del siglo pasado! Dale, cuando quieras date una vuelta por casa y charlamos.

FEDERICA

¿Puede ser hoy, dentro de un rato? Voy con Javi, estamos haciendo un trabajo juntos.

EL PITU

Genial. Tenés la dirección?

FEDERICA

Sí, dale. Nos vemos. ¡Gracias! 🤝

—Listo, nos espera ahora mismo.

Le tiende el celular.

—¿Y esos signitos? No entiendo nada.

—Ay, Javier. No estás en nada. La reonda de verdad, hoy, en redes, es no usar emoticones o emojis que son horribles y parecen para frutillitas. Estos se hacen con el código ASCII. No son para «cualquiera», ¿chapás? ¡Y no te pongas colorado, por favor! Dale, vamos.

—Le mando un mensaje a la vieja. Dice que las cosas están saladas y que le avise si salgo y todo eso.

—A la mía le importa un comino dónde estoy. Pero Rosario tiene razón. Cada tanto desaparecen un pibe o una piba y es de terror, o los prostituyen o los usan de camellos o los matan, no hay otra. Es que la gurisada anda un poco despistada; chatea con desconocidos y todo eso que ya sabemos. Hablamos con la adscripta, Andrea, que es *repro* sobre el asunto y nos ayudó a organizar una brigada de apoyo. Nos propuso hacer una reunión para que cada uno hablara y contara su experiencia. Fue impresionante. Ella después habló con la profe de Filosofía y la de Ciencias Sociales, que se sumaron al asunto. Es que nos hacía falta la visión de *adultos* abiertos que nos entiendan. Cuando pasa algo, hablamos con ellas. Además, como somos nosotros, nos escuchan. Si fueran los padres no les harían caso, dirían que no entienden nada. Pero con Andrea y las profes está buenísimo. Podemos hablar de todo y nos prestan atención. Deberías organizar una en tu barrio. Capaz que te sirve hablar con Andrea. Viste, cuando vas a un liceo y sentís que formas parte, y que los y las profes están recomprometidos y te entienden, te *redan* ganas de meterle.

—¿Y qué hacen?

—De todo. Sobre todo, estamos alertas a caras que no son del barrio; a algunos *pintas* que se paran frente a la escuela de los más chicos, esas cosas. El otro día corrieron a uno y lo filmaron. Después lo subimos a las redes, así la

gente sabe. Además, conversamos con la gurisada, en la plaza, a la salida del liceo, en la plaza de deportes.

—Me rinde. Voy a hablar con Andrea para que nos ayude. Si no nos ayudamos entre nosotros, las cosas no cambian, ¿no? Lo tuyo suena de más, amiga. Le mando un mensaje a mi vieja y vamos, ¿ta? Mañana hablo con Andrea.

14:35, 7 de julio de 2030

JAVIER

Hola, me voy con Fede a lo del primo a estudiar. Nos vemos. Vuelvo de tardecita. Cuidate.

ROSARIO

Dale. Y llevá un abrigo que hace mucho frío.

El Pitufu vive en Sayago, cerca de la estación de ferrocarril, y da clases en el Liceo 23, y también es profesor de Educación Física y trabaja en el Club Social y Deportivo Sayago.

—¿Te imaginás que, si estuviéramos en 1930, hubiéramos tomado el ferrocarril en Peñarol y descendido en Sayago? Las estaciones de tren me enloquecen.

Son algunas cuabras y deciden ir caminando. Y si bien hace mucho frío, por lo menos hay sol. No hay nada más tétrico que una tarde de invierno fría y nublada. Eso te pone el ánimo por el piso y te saca las ganas de cualquier

cosa. Por fin, se detienen ante la casa del Pitufo y tocan el timbre. Enseguida sale un hombre joven, vestido con un equipo de *jogging* y una sonrisa de oreja a oreja. Le da un beso a cada uno.

—Pasen, pasen, que hace mucho frío. Estoy con el mate recién hecho y la estufa prendida. Lujo total.

Entran a un espacio luminoso y amplio, que es cocina, comedor y estar, a la vez. Una ventana da a la calle, y otra, a un patio lleno de plantas. Una escalera lleva a un entrespacio. El lugar es acogedor y proliferan afiches de todo tipo: arte, fútbol, teatro, rock. Y en la chimenea de la estufa un banderín enorme de Villa Española, y en un rincón, un repique.

—Este Pitufo es completito —se dice Javier.

El Pitufo se sienta en un sofá un poco destartalado y les dice que se pongan cómodos.

—¿Mate?

Javier agradece y Federica acepta. Javier se sorprende. Nunca la había visto tomar mate. Seguro que es para ser amable con su primo.

—Y ahora me dicen en qué andan y qué necesitan.

—Fede te explica, yo soy un poco desordenado.

—Salió el tema del Mundial en una clase y alguien dijo que se repetía la historia del primer Mundial. Se armó una discusión y la profe propuso una tarea opcional. Investigar un poco y escribir una monografía que compare los dos mundiales. Pero nos falta información y nos interesa tu opinión. ¿Qué pensás vos?

El Pitufo la mira, encantado. Esa es su prima.

—¿Qué opino sobre si se repite la historia?

—Sí; y por qué algunos dicen que eso es así —dice Javier.

—No sé qué tanto saben del tema, pero creo que no se repite la historia, por varios motivos. Voy a ser breve: en su momento, la mayoría de la asamblea de la FIFA se opuso a que Uruguay fuera sede. En realidad, sospecho que querían sabotear el proyecto de Rimet, entre otros motivos, por el conflicto entre Italia y Francia. Eso significaba que los europeos estaban en contra de Montevideo. Sin embargo, la cosa se resolvió bien para nosotros, gracias a la intervención de la AUF y del embajador Buero. Digamos que fue la política la que terminó de solucionar el problema. Pero no tengo demasiada información sobre el asunto. Por eso no creo que se repita la historia exactamente igual. Más bien...

—¿Más bien qué? —la voz de Federica parece un taladro helado.

—Creo que, como siempre, Uruguay, país chico, pelea contra los grandes. Y se revuelve bien en las negociaciones. Como...

—¿Te referís a lo que dijo el Tute el otro día? Lo de David contra Goliat, etcétera.

—Sí, algo así. Fíjense cuánto nos costó ser el país en el que se juega el partido inaugural. No fueron negociaciones sencillas. En ese sentido, es de nuevo Europa contra Sudamérica. Si vemos las candidaturas que se presentaron: una conjunta de Argentina, Chile, Paraguay y

Uruguay; una conjunta de España, Portugal y Ucrania (me quedó la duda de cómo se candidateó Ucrania en medio de una guerra, pero ese es otro tema), y una conjunta de Arabia Saudita, Grecia y Egipto. Marruecos se presentó solo, aunque integró algunas en conjunto con otros países. Sin embargo, la FIFA tiene esa regla de que deben rotarse los continentes, y la de este año no podía hacerse en Asia por lo de Catar; ni en América del Norte, América Central y el Caribe. Así que, en ese sentido, puede pensarse efectivamente en Europa vs. Sudamérica. Y por más que estemos con Argentina, Chile y Paraguay... no tenemos el mismo peso que Europa.

—¡Te escucho y me da la impresión de que es un conflicto armado! —comenta Federica con los cachetes rojos de la emoción.

—En realidad, es un error pensar que el deporte no tiene nada que ver con la política o con los negocios. Quiero decir, lo de los negocios es claro, porque hay que imaginar la cantidad de plata que se mueve, quién la mueve y cómo. No todo es plata limpia, se los aseguro. Y después está el tema político. Nuestro país es un ejemplo de cómo se vincula. Fíjense quiénes fueron presidentes de algunos de los cuadros de fútbol. Todos políticos, todos de distintos partidos políticos.

—Eso me interesa —dice Javier, y Federica lo mira un poco asombrada. No sabía que Javier se interesaba por asuntos políticos, pero eso se debe a que Javier nunca le contó las conversaciones que mantuvo con su tío abuelo Arturo, preso durante muchos años cuando la dictadura cívico-militar.

—Es una de las cosas que más me interesan —dice El Pitufo, entusiasmado con que dos jóvenes lo escuchen con tanta atención.

—Te voy a grabar, si no te molesta —agrega Javier y saca el celular.

—Todo bien. Pero les aviso que no voy a decir nada nuevo. Todo esto está en internet y le pueden preguntar al chat GPT...

—Salí con eso de la IA generativa, me tiene harta. Es mucho más emocionante que tú nos lo cuentes y, además, te podemos hacer preguntas. Dale.

—Son muchos, y no los quiero aburrir; en todo caso, busquen la info en internet, se van a sorprender. Hay varios dirigentes políticos vinculados a clubes de fútbol como Progreso, Nacional o Peñarol, o a la AUF.

—¡No vale! ¡Decí alguno, andá! Después buscamos más info.

—Bueno, Sanguinetti, Vázquez, Ferreira Aldunate, Batalla... ¡y la lista sigue!

—¡Qué sal! Así que... ¿qué está antes? ¿El partido político o el cuadro de fútbol?

El Pitufo se ríe con ganas.

—¡Qué pregunta, Javier! No lo sé. Tendría que sentarme a comparar fechas y eso. Pero que el fútbol y la política son parientes muy cercanos... es evidente.

—¿Y qué pasa con la FIFA?

—No entiendo. ¿A qué te referís?

—Parece que es reimportante en esto de las sedes de los mundiales, ¿no? —dice Javier.

Quiere retomar el tema principal y no sabe cómo hacerlo sin revelar lo que le dijeron hace pocas horas, en Ginebra, hace más de un siglo. ¡Realmente es de locos!

—La FIFA es un tema aparte; tiene una historia larguísima, que la pueden buscar en Wikipedia o en la página oficial de ese organismo. En todo caso, da la impresión de que, sin la FIFA, el fútbol, como lo conocemos hoy, no existiría. Me refiero a las reglas, los campeonatos y todo eso. Sin mencionar que se transformó en una industria global y multimillonaria.

—Ta, pero eso se va de nuestro tema —interviene Federica un poco ansiosa—. Nos interesa comparar los dos mundiales. Nada más que eso.

—Es que si los querés comparar, no tenés más remedio que meterte de lleno en las negociaciones. Eso es lo que hay que investigar un poco. Qué países, qué argumentos, por qué sí y por qué no. Y no es algo que pueda decir yo. Tampoco soy un experto. Deberían consultar a un periodista deportivo, alguien que se haya ocupado en estos asuntos.

—¿Y quién puede ser?

—Y... se me ocurren algunos. El profesor Etchandy, Atilio Garrido, Pierre Arrighi... Cualquiera de esos podría interiorizarlos un poco más en el asunto.

De pronto suena la alarma del celular de Federica.

—¡Ay! La vieja me mata. ¡Tengo que prepararle la merienda al Lalo! Gracias, Pitufu. Cualquier cosa, volvemos a jorobarte un poco más.

El Pitufu sonrío y parece realmente un dibujo animado.

—Cuando quieran; solo tienen que avisar y seguimos la conversa. ¡Un beso al Lalo!

Salen y los envuelve el frío invernal. Entre las hojas amarillentas de los plátanos y las tipuanas, se cuelan unos rayos tímidos del sol. Federica suspira y se detiene.

—¡Es hermosa nuestra ciudad, Javier! ¿Qué estarán haciendo los gemelos?

Javier la mira con rostro serio.

—Me querés decir algo, ¿no?

Federica lanza un bufido suave y se pone toda colorada.

—Sos mi mejor amigo, Javi, lo sabés. Y sí, necesito decirte algo, porque me parece que me voy a volver loca.

—Es por Tomassino, ¿no?

—¿Tanto se me nota?

—No, no tanto, pero te conozco. Te aguanto la cabeza, Fede, contá conmigo.

—¿Pero no te parece una locura?

—Sí; no; puede ser; no sé. Supongo que uno no elige de quién gusta, y te pasó. Yo qué sé. Sería algo así como un amor platónico, un amor por mensajes y audios y fotos; y cada tanto se cruzan en el tiempo. Parece una novela. Te veo como heroína, claro que sí.

—¡Javier, no digas pavadas! ¡Esto es en serio! ¡Qué heroína ni ocho cuartos! Tengo que pensar qué hacer. Además, hay un problema, no solo el del tiempo y el espacio.

—¿Cuál problema? Con el del espacio-tiempo tenés de sobra, ¿no te parece?

—Uno mucho más complicado. Tomassino vive en una época en la que el varón toma la iniciativa, se ocupa de

todo, y la mujer es algo así como una florcita, un adorno, que se ocupa de la casa. Imaginate a mí en esa situación. Y no le puedo decir nada. No puedo mandarle un mensaje y decirle de vernos o algo así. Se desmaya, va a pensar que soy una chiflada, qué sé yo.

—Vení, vamos a sentarnos en ese murito. Si camino, me distraigo un poco. Pará un poco, ¿y no tenías que ocuparte de la merienda del Lalo?

—No, fue una mentirita. Es que ya no daba para más la conversa y no sabía cómo zafar. Además, quería hablar contigo.

—Mirá. Un poco de razón tenés con eso de la época, pero te estás olvidando de algo.

—¿De qué? ¿Me olvido de que vive en 1930? Eso lo tengo clarísimo. ¿De que no tiene la menor idea de cómo será su vida? Es obvio. Pensé en todo. En to-do. Y nada. Le doy vueltas y no sé qué hacer. Y por si fuera poco, no me quiero casar, no quiero tener hijos ni nada de eso. ¿Te pensás que él lo entendería?

—Esperá, Fede, frená un poco. Te estás adelantando. ¿Casarse, tener hijos? Ni que fueras una solterona de treinta años. ¿De qué estás hablando? Te olvidás de algo más que importante. Es cierto, vive en esa época bastante conservadora para nosotros, es cierto. Pero... acordate de que sus padres eran socialistas. Acordate de que los educaron de otra manera a como era esa época. Seguramente piense distinto. Y sobre eso pueden conversar, ¿no?

Federica no dice nada y solo piensa. Lo que dice Javier es razonable, ¿pero por dónde empezar?

—¿A vos te parecería mal que yo usara, este, esto de los viajes en el tiempo y las misiones que nos dieron, para verlo?

Javier no puede contener una carcajada. ¡Una cita amorosa en el pasado, en el siglo pasado! ¡Es genial!

—No me parece mal si forma parte de lo que debamos resolver. Siempre podemos encontrar un momento para que hables a solas con él, ¿no?

—¡Ay, Javi, sos brillante! Y yo que no me animaba a decírtelo. Pensé que te parecería todo un disparate.

—Mirá, Fede; el disparate mayor que es el de los viajes en el tiempo... ya no nos impresiona tanto. Así que ta. Vamos por esa. Y bueno, te metiste con alguien del siglo pasado, ¿por qué no? Una amiga de mi vieja una vez contó que encontró una foto viejísima de sus antepasados. Un familión. La foto la tomaron en el patio del caserón en el que vivían, eran un montón de hijos. Y allí, ella se fijó en un muchacho, no sé, tendría 18 años o algo así. Y quedó fulminada. Estuvo años metida con una especie de tío bisabuelo, que para colmo no se había casado nunca. Y ella estaba convencida de que la estaba esperando. Así que lo tuyo... si ella se enamoró de una foto, lo tuyo es una pasada, ¿no?

—¡Salado! ¡Qué romántico!

—¡Fede! ¿Te estás escuchando? ¿Vos hablando de romanticismo? No lo puedo creer.

—¿Y por qué no? Se puede ser feminista e independiente y ser romántica a la vez, ¿no? Si no, todo sería como inhumano, no sé, algo así.

—Si vos decís... dale, vamos a casa. Se hace tarde y no quiero problemas de ningún tipo. ¿Alguna novedad de los gemelos?

—Nada, todavía nada. Supongo que dentro de un rato nos mandarán un mensaje.

—Te mandará un mensaje, querrás decir.

Federica sonríe y le revuelve el pelo. Es el mejor amigo que uno quiere tener. Te escucha, te aconseja, no se burla y te toma en serio, no importa lo que le digas. Lo mira con cariño y le da un beso sonoro en el cachete.

—¿Y vos?

—Y yo ¿qué?

—Nada, en qué andás, eso. Me pareció que cuando estábamos en el *Conte Verde*, vos y Antonella se miraban de un modo...

—No digas pavadas. Esto es muy serio. Mirá si me voy a estar preocupando por esas cosas. Además, ya sabés que no ando atrás de las gurisas. No se me ocurre de qué hablar con ellas, yo qué sé.

Súbitamente, se sonroja, se concentra en los zapatos y evita la mirada aguda de Federica.

Un pensamiento fugaz y agudo la taladra. ¿Y si acaso Javier es...? Lo aparta de inmediato, porque siente que se está metiendo en su intimidad y no corresponde. Pero el pensamiento sigue allí, revoloteando, como un tábano en febrero. Lo mira con inmenso cariño y se dice que siempre va a estar para Javier, siempre, siempre.

—Bueno, calmate. No dije nada. ¿Vamos a tu casa? No tengo ganas de encontrarme con mi vieja.

—¿Y el Lalo?

—Pasa la tarde con mi abuela. Le encanta ir.

—Bueno, vamos a casa. Y esperamos mensaje de tu amorcito.

—¡Javier! ¡Si me tomás el pelo, te mato, te corto en pedacitos y te tiro al Miguelete! Palabra de Tom Sawyer.

Javier se ríe, aliviado de haber sorteado la incomodidad.

—¿Y si compramos bizcochos? Con este frío...

—Capaz que el Roque está con el puesto de tortas fritas. ¡Qué rico! Dale, vamos. El que llega último es un ratón.



CAPÍTULO 4

LA AMENAZA EN LOS TALLERES Y LA CONFESIÓN DE JAVIER





PEÑAROL, 7 DE JULIO, 1930

—Mientras tú vas con don Beppo a los talleres, prepararé un *capunet* para la cena —dice Antonella, que ya se ha puesto el delantal y sonríe de oreja a oreja. Los despide en la puerta de la casa y durante un instante siente que tiene una familia y un hogar.

Hoy es el día franco de don Beppo y acompañará a Tomassino a los talleres para presentárselo a un paisano, Umberto Pio Russo Fusco, más conocido como el Tano. Se siente feliz de ayudar a los gemelos, a los que realmente ha adoptado como si fueran sus nietos. No quiere ni pensar en la posibilidad de que se vayan del cuarto del fondo. ¡Qué rápido se acostumbra uno a lo que lo hace feliz! Pero además, se dice don Beppo, ¿dónde estarían mejor que con él? Ni soñarlo. Y gracias al futuro trabajo de Tomassino, podrá acomodar un poco el espacio del fondo que les cedió, incluso quizá armar una piecita para la intimidad de Antonella, que ya es una señorita y tendrá sus cosas. Sonríe para sí y después toma a Tomassino del brazo.

—El Tano es un hombre serio, Tomassino, y no le caen bien las bromas; ¡si no parece napolitano! —le explica, como si eso fuera importante—. Tiene la fuerza de un buey y es un gran amigo, de esos que jamás te dan la espalda y es capaz de darte su plato de comida, si lo necesitas.

De la calle Franklin esquina Volta hasta los talleres son pocas cuadras. En la feria, los voceos llaman la atención de Tomassino. Las palabras, mezcla de italiano y español, suenan como una tonada. La feria comienza unos metros



después del almacén Manzanares, en que se venden buenos aceites y vino de mesa. En la otra punta, una gitana ofrece repasadores, cucharones y ollas de peltre, puñados de menta, romero y salvia. Y, si está de buen espíritu, por pocas monedas te lee la fortuna en la palma de la mano; dice todo menos la muerte, «porque eso es un misterio que solo conoce Dios», le aclara al consultante.

Las amas de casa llevan la chismosa colgada del brazo y charlotean entre sí, mientras comparan precios de verduras, frutas, quesos, chacinados, algunos cortes de carne que trae el Cholo de Camino Carrasco, y pesca del día, que en realidad ha de ser de ayer o de anteayer. Pero todo está caro y se nota la crisis. Este año arrinconó a los uruguayos con un

aumento del desempleo y la caída estrepitosa de los salarios, consecuencia de que los precios de las materias primas y alimentos que el país exporta han bajado, a lo que se les suman las restricciones del comercio internacional. Esa situación de inestabilidad se traduce a la arena política, en que algunos sectores comienzan a acusar al Estado debido a sus políticas sociales.

Hace apenas un año que se constituyó la Confederación General del Trabajo de Uruguay, y aquí y allá se empiezan a escuchar reclamos y protestas. Un canillita, parado junto al manicero, grita:

—¡*El Sol, El Sol!*

Y sus gritos se mezclan con los de los puesteros.

—¡Doña, doña, mire estas manzanas! ¡Son las que usó Eva para tentar a Adán!

—¡Para la más coqueta de la esquina, la naranja es la mejor medicina! Vitamina C asegurada.

—Yuyos, hierbas, ungüentos... de todo para el botiquín, les ofrece su amigo Pepín.

Pero pese a la crisis, la gente parece entusiasmada, contenta. Es que el espíritu futbolero se ha instalado en todo el vecindario. En una esquina, el Rolo ofrece garrapiñada calentita, «para sentirse bien o para llevarle a los nietos».

—Y cuando llueve... preparan algo que se llama torta frita. Ya verás, ya verás. A ti y a tu *sorella* les va a encantar —dice don Beppo, que disfruta de la feria y su gente.

Tomassino esboza una sonrisa, concentrado en sí mismo. ¡Cómo le gustaría conversar con su padre! Se ha dado cuenta de que Antonella disimula lo mucho que extraña a la madre.

No hablaron demasiado de la visita a Massimo, pero sabe que la existencia de los Scalante Ambrosini le da cierta tranquilidad. Si no, la soledad y el desgarró serían inconmensurables. Echa de menos su idioma, sus costumbres, pese a que en estos pocos días en que están aquí intenta mimetizarse lo más posible con el entorno. Sin embargo...

—¡Mira, Tomassino! ¡Allí están los talleres! ¿No son imponentes?

Efectivamente, entre las calles Watt y Casavalle y el camino Coronel Raíz, se alzan unas enormes edificaciones de ladrillo rojo y gigantescos portones de metal azulado. Don Beppo le explica que fueron construidos a fines del siglo XIX, porque se debieron ampliar los talleres que estaban en la estación Bella Vista. Estos incluyen una fundición, un aserradero, carpintería, herrería, pinturería, imprenta, almacenes, un edificio de oficinas y una remesa con capacidad de 30 cubículos para aprontar las locomotoras. Una verdadera planta destinada a los ferrocarriles. Ah, y también hay un plato giratorio, un verdadero acontecimiento mecánico.

—Todo obra de los ingleses. Fíjate que decidieron trasladar los talleres principales unos dos kilómetros, por la Estación Sayago. ¿Conoces Sayago? Pues deben darse una vuelta por allí. Es un lugar muy precioso, lindo para caminar por las calles arboladas. Eligieron esta zona porque no había mucha gente, pero resultó que no había casi viviendas. Entonces, ¿qué hicieron los ingleses? Pues las construyeron... Armaron un barrio completo. A la inglesa, naturalmente.

Don Beppo entra muy decidido silbando una tonada que Tomassino reconoce de inmediato, *La bella bargirola*, que



su madre solía cantar mientras esperaba al padre. Un aire melancólico lo sobrevuela, pero el ruido de los golpes en los talleres y el trajín imparable lo distraen. Un hombre vestido en overol y con las manos cubiertas de grasa les sale al paso.

—Busco al Tano —dice don Beppo y se quita la boina que invariablemente usa, sobre todo en invierno. También, porque se está quedando calvo y no le gusta que lo vean. Lo hace sentir añoso.

—Anda por el fondo del taller. Pasen.

Don Beppo entra, seguido por Tomassino, que mira con asombro lo que lo rodea. ¿Y de qué va a trabajar allí? Al fondo, hincado junto a un riel, el Tano se afana con un martillo clavador que ha de pesar una tonelada.

—¡Tano! ¡Tanto tiempo sin verte! ¡Hace tiempo que no te das una vuelta por La Primavera!

—¡Beppo, vaya sorpresa! No, no; la patrona se molestó un poco la última vez y estoy cumpliendo la promesa que le hice. ¿Qué te trae por aquí?

—Vengo con un pariente que acaba de llegar de nuestra tierra, sobrino de mi prima Emma. Tomassino. Y anda buscando trabajo. Pensé que...

El Tano lo mira de arriba abajo y Tomassino se imagina lo que piensa al verlo, que no ha de tener fuerza para nada.

—Venga, vamos a ver. Alcánzame el gato y el cincel, por favor. Ah, y la azada también.

Tomassino no tiene la menor idea de lo que le está pidiendo y termina por alzarse de hombros. Adiós, trabajo; adiós, taller.

El Tano lo observa con una sonrisa disimulada. En los talleres, este jovencito sería el hazmerreír y un problema. Pero lo trajo don Beppo...

—Mira; sé que en la imprenta andan necesitando gente. Habla con Lucho de mi parte.

Se limpia la mano en el overol y se la tiende a Tomassino; es una manaza, realmente. Mejor no enfrentarte con él en una gresca.

—Bienvenido, *ragazzo*. Seguro que te emplean de inmediato. El trabajo, por suerte y por ahora, sobra. Siempre se necesita sangre nueva. Y si me disculpas, Beppo, debo continuar. Esto no se detiene nunca. Sabrás que estamos por conectar Maldonado con Punta del Este.

El Tano sonríe con orgullo y luego le dice dónde está la imprenta. Beppo se despidе calurosamente y contiene a duras penas un chiste.

—Te lo dije. El Tano es un amigo, y el tipo más solidario que conozco.

Lucho es un hombre joven, delgado y de pelo renegrido, con un lunar en una mejilla, que le da un aspecto curioso. Escucha la explicación de Beppo y la recomendación del Tano, y mira a Tomassino con ojo clínico.

—¿Lees y escribes? ¿Sabes sumar y restar?

—Sí, claro.

—Supongo que recién llegado, no tienes papeles. Pero no te preocupes... es algo frecuente aquí. Tu garantía es don Beppo. Su palabra alcanza. ¿Puedes empezar mañana? Te enseñaré tu lugar de trabajo y lo que debes hacer. Pagamos el jornal los viernes.

Tomassino asiente, bastante sorprendido por la rapidez en que Lucho lo acepta, y dice que mañana vendrá temprano, en cuanto abran los talleres. Después se despiden.

—Pues, ya tienes trabajo. Cuando tengas tus papeles, quedarás registrado. Eso es importante. Pero no te preocupes; como hace falta gente que trabaje, nadie te preguntará nada. Y ahora volvamos a casa, pronto, que Antonella nos ha de estar esperando con su capunet. ¿No tienes hambre?

Tomassino se dice que, en cuanto pueda, le mandará un mensaje a Federica y le contará que a partir de mañana es un trabajador en la imprenta del ferrocarril, ni más ni menos. Sonríe para sí y se siente tranquilo por primera vez

en mucho, mucho tiempo. Y está cumpliendo la promesa que le hizo a su padre, hace años. Cuidar a la hermana.

—Acuérdate de que hoy vamos a encontrarnos con Massimo —le dice Antonella—. Iremos a la ferretería.

Tomassino asiente. Sin embargo, duda. No está de acuerdo con el razonamiento de Javier; decirle a Massimo que son primos facilitaría muchísimo las cosas. Posibilitaría, entre otras cosas, entablar una amistad. De otro modo, ¿qué vínculo van a tener con Massimo? Cuando los relacione con el descendiente de Crosa, ya no habrá más motivos para verse. Consultará a Antonella, aunque intuye lo que su hermana opinará. Para ella, la palabra de Javier es determinante, y no deben hacer nada que él no haya aprobado. Pero vamos, ¿por qué no? ¿Quiénes viven aquí, en esta época, en Peñarol? Ellos. Entonces, son ellos los que deben decidir. Durante el almuerzo, no deja de darle vueltas al asunto, hasta que por fin se convence. Le dirá la verdad a Massimo. Está seguro de que es la mejor decisión.

—Venga, antes de que vayan a ver a Massimo, los convido con una grapa. Seguro que allá bebían cada tanto. Mi padre siempre decía que como la grapa se hace con uva, y la uva crece con el sol y lo guarda, es una bebida noble y energética.

Saca de un mueblecito un botellón y tres copitas y las pone sobre la mesa. Después sirve con cuidado de que no caiga ni una gota en el mantel; alza su copa, los mira a los ojos y brinda:

—Por la familia, por la amistad, por los trabajadores y por el socialismo, ¡salud!

Los mira asombrado.

—¡Vamos, beban! Da mala suerte no hacerlo después de que se brinda.

Tomassino apura el trago y Antonella lo imita, pero la bebida la atora, tose y le saltan las lágrimas y se pone toda colorada. Tomassino le da unos golpecitos en la espalda, que no ayudan demasiado.

—Eso ocurre la primera vez. Ya te acostumbrarás —aclara don Beppo y le acaricia la cabeza.

Antonella se pone de pie, todavía acalorada y le sonríe a Tomassino.

—¿Vamos?

Su hermano comprende que visitar a Massimo es una especie de hilo que la vincula con Javier. Si eso la hace olvidar su habitual melancolía, entonces vale la pena. Y refuerza su decisión de decirle a Massimo que son primos. ¿Cuándo y cómo? Aún no lo sabe, pero encontrará el momento. Un aparte, una pregunta, algo. Y no le dirá nada a Javier hasta que lo considere imprescindible. Será un secreto entre él y el bisabuelo.

⋮ ⏪ ⋮ // ⋮ = ⋮

PEÑAROL, 7 DE JULIO, 1930
// PEÑAROL, 7 DE JULIO, 2030

14:38, 7 de julio de 1930

TOMASSINO

Conseguí trabajo. Vamos a hablar con Massimo. Tú?

FEDERICA

Bien. Creo que pronto nos veremos.

Duda si mandarle un emoticón de esos que tiran besos y Javier se da cuenta y se ríe con la súbita timidez de su amiga.

—Mandáselo. Él entenderá lo que le parezca. Algo es algo.

—Ok. Al fin y al cabo, está nada más que a cien años de distancia.

Un segundo después, llega otro mensaje.

14:39, 7 de julio de 1930

TOMASSINO

No encuentro esas caritas. Pero haz de cuenta de que te envió una igual en respuesta.



PEÑAROL, 7 DE JULIO, 2030

—¡Javier! ¡Mirá lo que me respondió!

Javier lanza una carcajada.

—Sospecho que te estás convirtiendo en la heroína de una novelita rosa. ¡Me encanta! Sos una romántica. ¡Divina, la divina Garbo!

Javier hace una mueca y pone los ojos en blanco. Federica lo mira azorada. ¿Divina Garbo? ¿Novelita rosa? Algo está pasando que no termina de entender. No es la primera vez que un gesto de Javier, un comentario o una expresión le suenan como si su amigo hubiera cambiado, o como si estuviera cambiando. Una vez, incluso, después

de un encontronazo con el Loro que terminó con un ojo morado, Javier dijo:

—Es que el Loro odia a los que no somos como él. Dice que somos peor que la peste y que mejor que no hubiéramos nacido.

Pero no sabe qué quiso decir con «no somos como él». Y nunca le preguntó. Quizá debió hacerlo. Ese *somos* incluye un plural un poco impreciso.

—¿Estás bien?

—Sí, por supu. Me alegra que por lo menos a ti te vaya bien en el amor. Aunque no sea muy práctico. Pero ¿qué otra cosa se puede esperar de vos? Te encantan las cosas complejas.

Federica se ríe y se quita el flequillo de los ojos.

—Y vos, Javier, ¿en qué andás?

—En nada, Fede, en nada. O más bien, en problemas, para variar. Solo que esta vez...

Fede está sentada en el piso, la espalda contra la cama de Javier, y espera. Javier camina de un lado al otro de la habitación. Se nota que quiere decir algo, pero no sabe cómo. Fede se devana los sesos pensando en cómo puede ayudarlo, porque presiente lo que le quiere decir y no encuentra las palabras. Después se decide y habla.

—Tengo un primo que vive en Maldonado. Es un año mayor que yo, y siempre me hace acordar a vos. Alguna vez viene a Montevideo y nos pasamos charlando. Creo que quiere estudiar Agronomía, pero no sé. El asunto es que la última vez que vino andaba de lo más cambiado. Antes siempre estaba como preocupado, como si algo lo jodiera.

No sé. Esas cosas, intuición femenina, ponele. Así que vino y me invitó a tomar un café en un boliche de lo más en onda, por ahí, por Parque Rodó. Estaba lleno de parejas gay, y ahí me cayó la ficha. Me dijo: «Asumí; salí del armario, prima. Me costó hablar con los viejos, que al principio me miraron como si yo fuera un bicho raro, pero con el tiempo fueron aceptando la cosa. Ya no daba más de tanto secreto y misterio. Mi hermanita, que tiene ocho años, cuando se enteró, vino corriendo, me abrazó y me dijo: ¿Tenés novio? Quiero conocerlo». Y ta. Pasó como tres años desde que se dio cuenta hasta que se animó a decirlo. Y después... chan... apareció un pibe con una tremenda onda y me dijo: «Es Jorge. Andamos juntos». Me dio un beso y dijeron «chau» y ta. Eso fue todo.

—Sos una fenómeno, Fede. Es algo así. Me di cuenta no hace mucho y desde entonces ando con eso en la boca del estómago. Ni ahí se lo puedo contar a los viejos. Viste que son bastante conservas. Se hacen los muy abiertos, pero no les va a caer nada bien. Y, además, soy hijo único. Ya veo a mi vieja pensando en un futuro espantoso para mí y todo eso. No sé qué hacer.

—No sé qué decirte, Javi. Si te diste cuenta, por ahí se empieza. Viste que todavía hay personas que se lo niegan a sí mismas, y no son para nada felices. Y con tus viejos... ya vas a encontrar el momento, seguramente cuando te sientas mejor contigo mismo. Si hace poco... tomate el tiempo que necesites. ¿Cómo fue?

—Y nada. A veces los gurises se ponen a contar de las gurisas, de las noviecitas que tienen y eso, y a mí no me interesa en lo más mínimo. Todo bien con las gurisas, pero

no me llaman la atención. Y en esas charlas, cada tanto alguno me toma el pelo y otros empezaron a tirar indirectas. Y hace unos meses, andaba en la vuelta y me crucé con un pibe un poco más grande que yo y nos pusimos a conversar. Y estuvo genial. Las horas se pasaron volando y después no me podía dormir de la emoción. Entonces me puse a pensar y ta. Es eso. Qué sé yo. No sé qué más decirte.

—Buenísimo, Javi, me alegro por vos. Sabés que estoy acá. Pensá qué suerte tenemos nosotros de vivir en una época en que hay casamiento gay, que se pueden adoptar niños y que, salvo excepciones de gente retorcida, es algo natural. Hace treinta años, imposible. Y mirá que la pasaban mal, sobre todo los varones. Porque las mujeres... siempre tienen amigas y esas cuestiones y no llaman la atención, siempre fue así. Pero para los varones no es tan sencillo. Fijate lo de Josephine Baker, una vez te conté. Se casó con el francés ese, un crá, que era gay, aunque en esa época no se llamaban así. Mirá, siempre guardo la foto de cuando salieron del casamiento civil.

—¡Salado, Fedé! ¡Qué mujer, ¿no?! ¡En esa época!

—Sí, una genia total.



PEÑAROL, 7 DE JULIO, 1930

—No sabía que tu hermana era una cocinera buenísima —dice Don Beppo mientras saborea el tercer plato de capunet.

De inmediato, Antonella se pone completamente colorada. ¿A Javier le gustará esa comida? Quizá algún día

almuercen juntos... Sonríe muy contenta y Tomassino se da cuenta de que está feliz.

—Don Beppo, nada de grapa hoy de noche. Mañana empiezo a trabajar, debo madrugar. Creo que me voy a dormir ya mismo.

Bosteza realmente cansado. Además, quisiera conversar con su hermana sobre la visita a la ferretería. No sacaron demasiado en limpio, y deben pensar en qué hacer.

Se mete en la cama, y antes de que se dé cuenta, se queda profundamente dormido. No escucha cómo Antonella y Beppo conversan en la sobremesa, cómo Beppo le cuenta lo feliz que fue con su mujer y cómo aún la extraña. Antonella le toma con suavidad la mano y le sonríe con cariño.

—Eres mi nieta. Mi Giulia los ha mandado. Estoy seguro de eso.



PEÑAROL, 8 DE JULIO, 1930

Tomassino se despierta temprano y, para su asombro, don Beppo ya se levantó y toma mate en el comedorcito. Le sonríe y lo convida. Dice que es algo típico de los uruguayos, que es un poco amargo, pero que después de que te acostumbras, empieza a gustarte. Te mantiene despierto y con bríos.

Tomassino se deja convencer y hace una mueca de disgusto, pero disimula y traga. A los pocos minutos, ya no le parece tan amargo y el calor en el estómago le cae bien.

—Me voy, Don Beppo, no quiero llegar tarde.

—Por supuesto, por supuesto. Que te vaya muy bien. Verás que darás una buena impresión.

En la imprenta ya hay ruido de máquinas. En el taller son cinco o seis hombres, mayores que él, que trabajan con gran afán. Los horarios de la estación, los billetes para la máquina del guarda, algunos folletos. Algunos incluso, cuando nadie los ve, arman algunas cuartillas vinculadas a la labor gremial. No le hacen mucho caso a Tomassino, que empieza a aprender el oficio. Recuerda que en su tierra, en las imprentas generalmente trabajaban anarquistas. Al padre no le terminaban de caer bien. Decía que, sin una organización, ningún movimiento político servía. Al mediodía hay una pausa de media hora y Tomassino se lava las manos y elige un rincón detrás de una de las máquinas para comer el refuerzo que le preparó Antonella. En ese momento se da cuenta del hambre y el cansancio que siente. ¡Y es el primer día de trabajo! La comida le da un poco de sueño y entrecierra los ojos. Entonces escucha unos susurros no muy lejos de donde está. Dos hombres conversan entre sí, en voz baja, pero por el tono se da cuenta de que es algo urgente, importante, secreto. Sin abrir los ojos, por si alguien lo descubre, presta atención y pronto comprende. Debe avisarles a Javier y Federica, es algo que no pueden permitir. Y menos ahora, que ha conseguido trabajo. Le sudan las manos y casi se le cae el celular de lo resbalosas que están. Se asegura de que nadie lo ve y escribe rápidamente un mensaje.



12:30, 8 de julio de 1930

TOMASSINO

¿Cuándo vienen?



PEÑAROL 8 DE JULIO, 2030

Federica se lo muestra a Javier con cara de sorpresa. Algo pasó. ¿Pero qué?

—Preguntale si pasó algo. Me huele raro.

—A mí también. Ya mismo.

Le manda el mensaje, pero pasan los minutos y después las horas, y no hay respuesta. Federica empieza a ponerse nerviosa hasta que explota.

—Javier, seguro que pasó algo. Pasó algo, clavado. Vamos ya mismo. Mirá si están en problemas o algo así. Dale.

—Tenés razón. No los podemos dejar a la deriva. Aprontate. ¿Tenés la foto?

—Sí, encontré varias en una de las cajas. Acá hay una de los talleres, y estamos vos y yo. Qué hacemos después, ni idea. Improvisamos algo. No sabés cuánto me alegra que Massimo guardara todo esto y que nadie lo tirara a la basura. Si no, no sé cómo...

Pero antes de que pueda terminar la frase, siente el conocido y un poco desagradable mareo, y la sensación de estar en el medio de un tornado. Viajar en el tiempo no es de las cosas más geniales que una pueda experimentar.



PEÑAROL, 8 DE JULIO, 1930

Y allí están. Delante de los enormes talleres, en un vecindario que nada tiene que ver con el actual. Un hombre fuma y los mira con cara de pocos amigos.

—Vamos a preguntarle a ese hombre, Javier. Que queremos hablar con Tomassino. Hablá tú. A mí no me va a hacer caso. Dale.

—Si vos decís. Bueno. Vamos.

—Buscamos a nuestro primo, Tomassino Brunetto. Trabaja aquí, en la imprenta.

—No sé de qué hablan. No conozco a nadie con ese nombre. Y ahora, déjenme trabajar.

Federica interviene; no es de las que se rinde ante la primera dificultad.

—¿Esto lo ayudará un poco a acordarse de nuestro primo?

Con disimulo, le muestra algunos billetes. Al hombre le brillan los ojos y casi se los arranca de la mano. Después se ríe.

—Ah, el nuevo; claro que sí. Es que soy un poco distraído. Sí, sí, el nuevo. Pasen. Al final del pasillo, a la izquierda, y después al fondo.

Después les da la espalda y ellos avanzan por el pasillo. Federica suspira con alivio. Javier la mira con admiración. ¡Siempre encuentra una solución! En el taller, el ruido es insoportable. Distinguen a Tomassino inclinado en una máquina y se acercan a él. Los mira entre sorprendido y aliviado.

—¡Menos mal!

—¿Qué ocurre? —casi grita Federica, aliviada porque parece estar bien, y colorada por la emoción de verlo. ¡Cómo le gusta! ¡Y con qué ganas le daría un sonoro beso en el cachete!

—¿Cómo está Antonella? —quiere saber Javier, porque quizá le pasó algo.

—Está bien, con don Beppo. Es algo en el taller. Tenemos que hablar. Vayamos a la estación. Allí podremos conversar tranquilos. Con toda esa gente, nadie se fijará en nosotros ni nos escuchará.

Tomassino tiene razón. En la estación, hay gente que sube y desciende del ferrocarril, niños que corretean, madres que les gritan, hombres que preguntan horarios; el trajín habitual. Un pequeño universo. Toman asiento en un banco de madera.

—Se está planeando un sabotaje en el taller. Eso ocurre.

—¿Cómo lo supiste?

—Escuché a uno de los obreros de la imprenta comentárselo a otro. Creo que son anarquistas. Y están contra los ingleses. Tenemos que hacer algo.

—¡Claro que sí! Vamos a donde viven ustedes. Allí estaremos mejor y podremos pensar.

—¿Y qué le digo a don Beppo?

—Que te confundiste, no encontrabas dirección y nos pediste ayuda. Dijimos de acompañarte y nos ofreciste entrar, porque hace mucho frío —propone Federica.

—¡Excelente, Fede!

Javier aplaude.

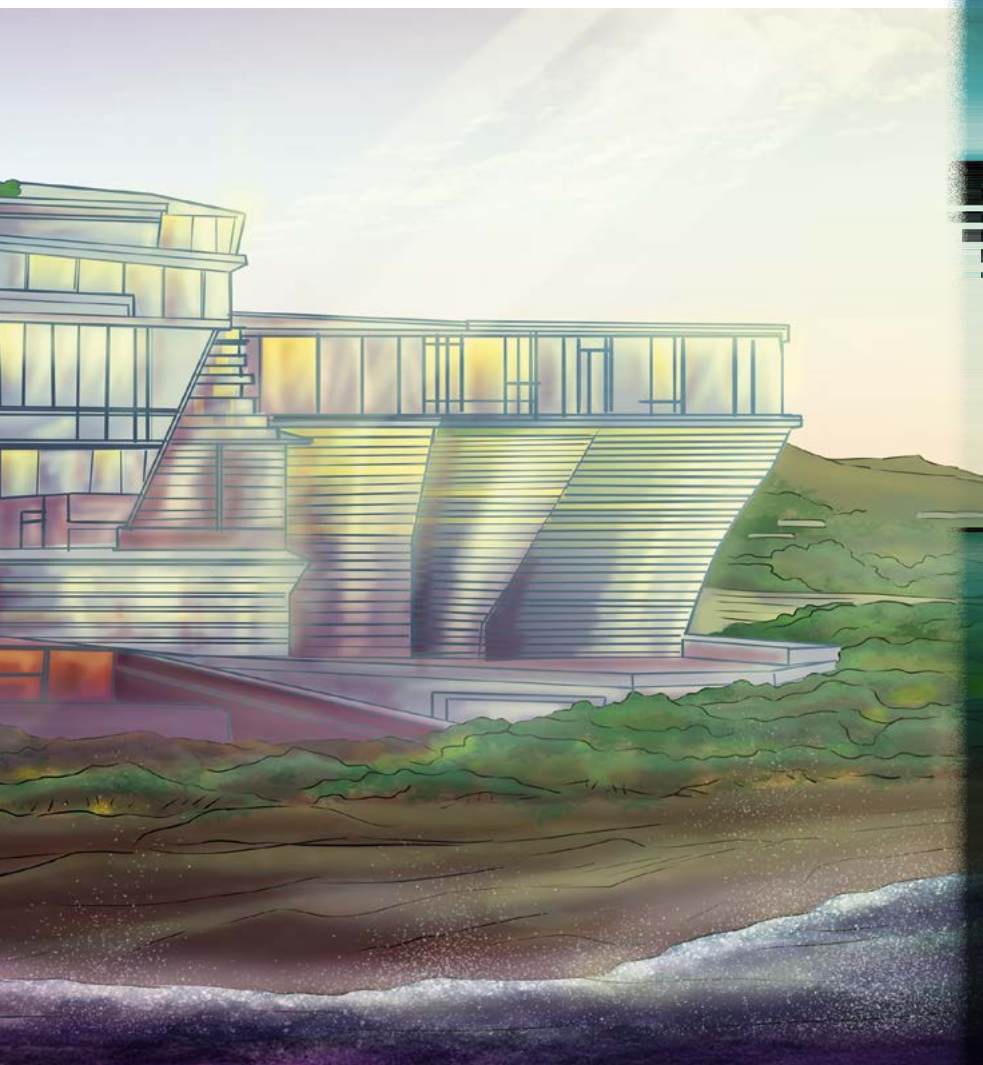
—¡Vamos! Y seguimos allí. ¡Qué alegría vernos nuevamente!

Tomassino mira a Federica con una intensidad tal que ella casi se marea. En algún momento... habrá oportunidad de conversar a solas. Ahora, lo que es verdaderamente importante es lo que dijo Tomassino. Y deben hacer algo, ya mismo.



CAPÍTULO 5

INSTITUTO DEL FUTURO

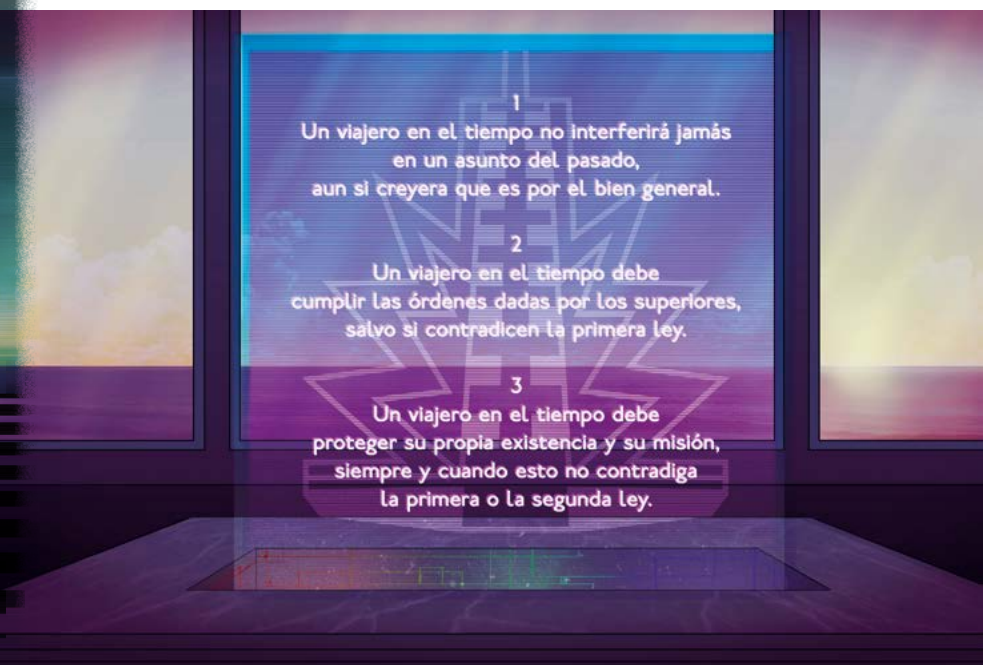




ISLAS PITCAIRN, OCEÁNO ÍNDICO, JULIO, 2044

Rodeado de un murallón natural de roca y piedra, el Instituto del Futuro es un enclave que parece una ciudad diseñada para quienes trabajan allí. Disimulados por las laderas de una línea montañosa, hay un helipuerto y un hangar, y un par de *jeeps* y una ambulancia estacionados a un lado; un destacamento militar. Un poco más al sur, una policlínica y un laboratorio. También hay un almacén de ramos generales, que vende de todo, como en otros tiempos: alimentos, conservas, ropa sin marca, cosméticos, productos de limpieza. Los investigadores, los viajeros en el tiempo que van y vienen, los administrativos, los directores y el personal de limpieza viven en unas casas un poco apartadas, que forman un vecindario anónimo, rodeado de jardines bien cuidados, que se parecen a los barrios londinenses de fines del siglo XIX. Son casas de dos plantas, angostas, con un jardincito delantero y un patio trasero, diseñadas para albergar a una persona. Todos y cada uno de quienes viven allí han firmado un contrato de confidencialidad y aceptan las condiciones en el *modus vivendi*: una vez que ingresas, te quedas allí hasta que se disponga tu cese, por distintos motivos. También hay un cine con capacidad para cien personas y un *pub*, que generalmente es visitado por el personal administrativo. El resto no tiene una vida social ni colectiva.

El edificio principal, que homenajea a la Bauhaus, es de tres pisos y alberga un centro de inteligencia artificial; una base de datos velocísima; una biblioteca digital que



1
Un viajero en el tiempo no interferirá jamás
en un asunto del pasado,
aun si creyera que es por el bien general.

2
Un viajero en el tiempo debe
cumplir las órdenes dadas por los superiores,
salvo si contradicen la primera ley.

3
Un viajero en el tiempo debe
proteger su propia existencia y su misión,
siempre y cuando esto no contradiga
la primera o la segunda ley.

reúne todo lo que se ha escrito en el mundo desde que existe la escritura.

En la planta baja hay un invernáculo que incluye una pared translúcida que es una fuente. Una galería, vidriada también, deja entrar la luz de un enorme oasis que rodea el edificio por el lado sur.

En el segundo piso hay un comedor, un gimnasio y un espacio en penumbras destinado a las personas que desean

descansar en forma consciente. También se encuentran la biblioteca y el archivo con documentos históricos.

En el tercer piso hay un *pent-house*, en el que se concentran los investigadores de la historia y los viajeros del tiempo mientras preparan su misión. En las paredes hay pizarras acrílicas en las que se proyectan mapas o planos de ciudades, en caso de que sea necesario. En el ángulo noreste está la oficina de la dirección, compuesta por dos hombres y una mujer. Solo se llaman por un acrónimo; su identidad permanece secreta y nadie sabe si también son viajeros del tiempo.

Lo más extraño de todo, a lo que tenés que acostumbrarte lo antes posible, es el silencio. Un silencio completo y total que te da la impresión de que estás en un espacio-tiempo desconocido. En realidad, ese silencio es producido por una red de dispositivos que absorben todos y cada uno de los sonidos que nos rodean, incluso los infra y los ultrasónicos. Y si te preguntás cómo se comunican los que trabajan allí: lo hacen a través de unos aparatitos que captan los pensamientos y los direccionan según a quién están destinados. El Instituto del Futuro es tan pero tan secreto que ni siquiera el Club Bildenberg sabe de su existencia. Y para mantenerse así, cuentan con su propia internet, con unos cortafuegos a prueba de los mejores *hackers*. De hecho, desde hace años que contratan a los mejores: «no hay como un zorro entre las gallinas» es la broma que corre por los pasillos. En realidad, para el resto del mundo, para el planeta todo, el Instituto del Futuro no existe. Y si

alguien creyera que sí, pues rápidamente desaparece esa información.

Desde hace un par de semanas, un investigador joven, doctor en física cuántica y en historia del pensamiento filosófico, conocido como HR, está atareado con un problema que se ha convertido en su piedra de Sísifo: por un lado, la ética de los viajes en el tiempo, y, por el otro, cómo proceder cuando se encuentran evidencias tangibles y comprobadas de que en algún momento de la historia ocurrió una *injusticia* o un *error*. ¿Es reparable eso?, ¿se puede intervenir?

El decálogo del Instituto del Futuro es muy estricto y claro. Se inspira en las leyes de la robótica, creadas por Asimov en 1942, que siguen siendo válidas. La primera dice que un robot no hará daño a un ser humano, ni que por inacción permitirá que un ser humano sufra daño. La segunda, que un robot debe cumplir las órdenes dadas por los seres humanos, salvo las que entren en conflicto con la primera ley. Y la tercera señala que un robot debe proteger su propia existencia en la medida en que esta protección no entre en conflicto con la primera o con la segunda ley.

En el caso de los viajes en el tiempo, las leyes también son tres. La primera dice que un viajero en el tiempo no interferirá jamás en un asunto del pasado, aun si creyera que es por el bien general. La segunda, que un viajero en el tiempo debe cumplir las órdenes dadas por los superiores, salvo si contradicen la primera ley. La tercera dice que un viajero en el tiempo debe proteger su propia existencia y su misión, siempre y cuando esto no contradiga la primera o la segunda ley. Existen una cuarta y una quinta ley, que

no están escritas en ninguna parte, y que los viajeros en el tiempo deben memorizar cuando ingresan al Instituto. La cuarta señala que, ante la más mínima sospecha de haber sido descubierto y de no poder regresar, el viajero en el tiempo debe eliminarse. Para eso cuenta con un chip insertado junto al corazón que provocará un infarto inmediato sin ocasionar dolor de ningún tipo. Y la quinta, que es relativamente reciente —digamos que desde hace doscientos años—, dice que un viajero en el tiempo tiene absolutamente prohibido entablar vínculos de cualquier tipo con las personas con las que se encuentre en un viaje. Eso no significa que no sean amables o corteses, pero la distancia debe mantenerse en todos los casos, y jamás pueden decir lo que son y lo que hacen. Es decir, un viajero en el tiempo es una persona solitaria que no entabla vínculos amistosos o afectivos.

Hoy le vuelve a dar vueltas al asunto. No deja de pensar en la Operación Valquiria, que ocurrió hace cien años. Algo salió mal. Y todo empeoró. Un viajero del tiempo, Heinz Brandt, creyó que asesinar a Hitler solo complicaría la situación, y retiró el maletín con la bomba que Claus von Stauffenberg había colocado junto a Hitler. Es decir, intervino en el pasado. La bomba estalló, pero el Führer sobrevivió. Eso hizo que von Stauffenberg fuera fusilado, así como otros que, conocedores de la operación, no informaron a la Gestapo. El intento de asesinato hizo que al frente de la seguridad del Estado se destinara al inescrupuloso y sangriento Heinrich Himmler, y la guerra se prolongó un año más. La pregunta que se plantea HR es qué hubiera

sucedido si la bomba hubiera estallado tal como estaba previsto. ¿En qué habrían cambiado las cosas? ¿Y por qué Brandt no siguió las órdenes? Pagó cara su intromisión, puesto que perdió una pierna y murió al día siguiente. En el Instituto rara vez se lo menciona, pero en todo caso sirve como ejemplo de lo que no hay que hacer. ¿Y por qué HR le da vueltas a esa historia? De verdad, no le interesa mayormente, pero sí quisiera comprender por qué Alemania no quiso participar en el primer Mundial de Fútbol, que es el tema que le han encomendado, porque probablemente para el de 2030 su papel sea definitorio.

Y buscando información se encontró con esta historia, de la que había oído hablar, pero a la que no le había prestado demasiada atención. Es lo que ocurre cuando sos un curioso empedernido: en algún momento te distraés de lo central.

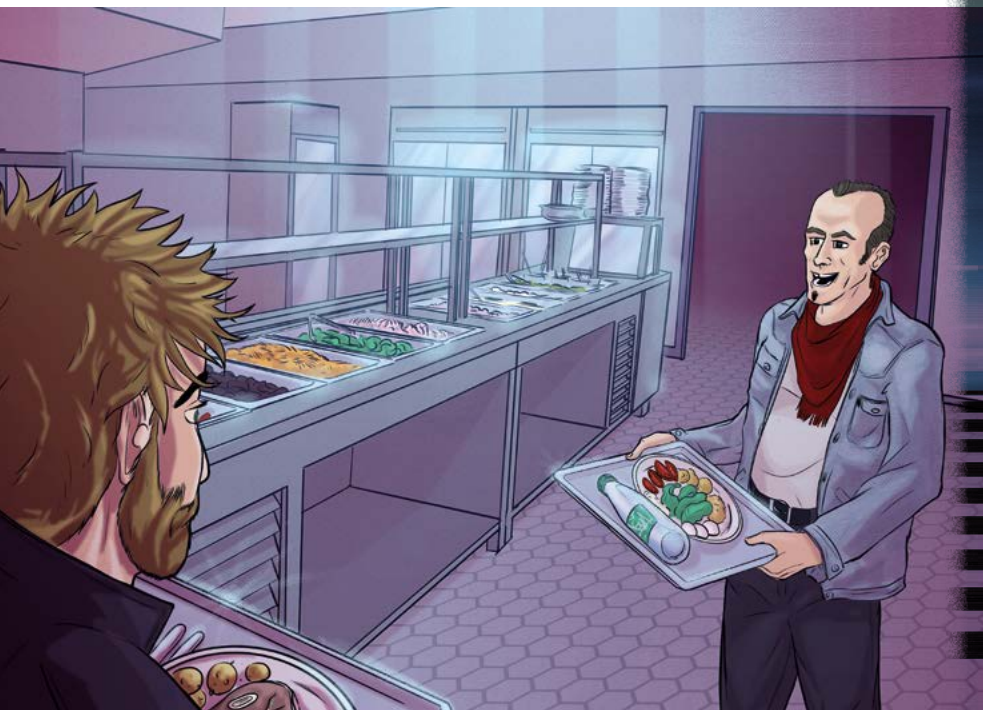
A HR le apasionan ese deporte y su historia, y desde hace meses revisa documentos históricos, artículos de prensa, actas de congresos y reuniones, correspondencia de todo tipo y libros. Se ha convertido en un especialista en el tema. Y ha tomado anotaciones, muy ordenadas, y aquí y allá encuentra huecos o contradicciones, lo que cada vez le llama más la atención. El informe sobre el viaje del *Conte Verde* en que cuatro adolescentes lograron que el transatlántico saliera en fecha del puerto de Villefranche y llegara en fecha al de Montevideo es detallado. Pero a la luz de los documentos que ha estudiado, surgen algunas dudas e incluso suspicacias. Y no sabe con quién conversar ni intercambiar opiniones.

Más allá del decálogo, entre los investigadores las opiniones se dividen en dos: los que adhieren fervorosamente a no incidir en la historia de cualquier época, y los que creen que un *empujoncito* quizá mejorara las cosas. A los primeros se los conoce por el apodo de *los pie de letra*, y a los segundos se los denomina *los idealistas románticos*. Debido a esa división es que el Instituto no permite que los investigadores sean viajeros en el tiempo. Después de lo sucedido en 1944 se tomó esa decisión, que es férrea e indiscutible. HR no se identifica con ninguna de las dos posturas, pero comprende que a veces uno esté tentado a intervenir. Releyendo las anotaciones que ha hecho en los últimos días, cree haber llegado a una posición intermedia, un *intervencionismo aceptable* y que no genera consecuencias de ningún tipo. Todo lo contrario. Instala nuevas realidades, no en el momento histórico en que ocurrió esa *injusticia*, sino en el futuro. Se trata de una corrección mínima; algo, además, en lo que nadie repararía, por la sencilla razón de que lo que ocurre en el presente es algo en construcción, de modo que nadie, ningún habitante de ese presente, tiene cómo darse cuenta de que eso no debería ocurrir. De todos modos, la interrogante ética persiste y es como un taladro en su mente.

Hace tiempo que le da vueltas al asunto, y ha llegado a la conclusión de que su hipótesis es válida y útil. Ha encontrado un conjunto de ejemplos que le permiten fundamentarla y ha hecho una tabla. En un lado puso «Lo que ocurrió, dónde, cuándo y por qué» y en otra columna «Corrección, dónde, cuándo y cómo». Cuando se dio cuenta

de que efectivamente su descubrimiento era importante, habló con el único amigo que hizo en estos años de estadía en el Instituto. Los investigadores son recelosos de todo y rara vez se relacionan con los colegas; los viajeros en el tiempo son bichos raros, mirados como locos y a los que se les da un conjunto de características que rayan en lo absurdo o fantástico. Tampoco alternan demasiado entre sí, lo que es comprensible. Además, la manera de viajar es algo que se mantiene en estricto secreto y, si se filtra, de inmediato esa persona es deportada. Antes, por supuesto, pasa por la *lavadora* que te borra la memoria casi por completo.

Sin embargo, hace un año se cruzó con un viajero en el comedor, que le llamó la atención. No era como los demás. Se reía y parecía encantado con la vida que le había tocado. Como si viajar en el tiempo no supusiera ningún problema, de ninguna clase. Porque, entre otras cosas, los viajeros —hombres y mujeres por igual— tienen prohibido formar una familia, del tipo que sea. Ni siquiera entre sí. Pero este hombre, no muy alto y con una calva notoria, joven y de andar despreocupado, no se parece a los demás. Su forma de vestirse es lo primero que le llama la atención a HR. Como si viviera en los años ochenta del siglo XX con algunos toques anacrónicos como un logo enorme de un juego que ya ha sido olvidado, *The Myst*, cosido a una campera que conoció tiempos mejores. Usa zapatillas y a veces una bufanda roja. Es el único, en el comedor, que no habla en voz baja cuando está con otros, y que se ríe de buena gana de sus propios chistes. Ambos coincidieron



en la fila del autoservicio y, cuando HR estaba a punto de servirse un trozo de carne asada y una buena porción de papas fritas, el otro lo encaró.

—Me extraña, araña. ¿Vas a comer eso, en serio?

HR se sorprendió y lo miró con curiosidad.

—¿Qué tiene de malo?

—Todo eso no es bueno para la salud.

—¿Y entonces por qué está aquí?

—Para los que debemos viajar a épocas en que se comían alimentos cancerígenos. Azúcares, sal, conservantes, colorantes, toda esa porquería. Tenemos que acostumbrarnos un poco. Por eso. Te aconsejo que elijas ese plato de pasta o una ensalada.

Después, dejó su plato en el mostrador lustrado y le tendió la mano:

—Soy Erre —dijo—; sé que eres HR.

HR sintió que un escalofrío le corría por la espalda. ¿Cómo sabía eso?

—Estimado; para sobrevivir es imprescindible la información. Aquí abunda, hay incluso demasiada. ¿Oíste hablar de la entropía de la información? Supongo que sí.

HR miró su plato, después a Erre y le hizo caso. Eligió la ensalada y la pasta. Y una manzana verde.

—Venga, sentémonos allá, en aquella esquina solitaria y conversemos un poco. Me hace falta un ser humano de esta época —propuso Erre riendo—. No te diré en qué año nací, naturalmente. Pero tú eres un típico *homo technologicus postdeus*, se te nota.

Erre era, por encima de todo, un individuo curioso y todo le llamaba la atención. Tenía una capacidad casi infinita para relacionar entre sí cosas que parecían ser como el agua y el aceite; tenía además una esperanza envidiable en el futuro de la humanidad y un sentido del humor fuera de serie. Para colmo, hablaba varios idiomas. HR, a su lado, se sintió un palurdo y en los primeros encuentros temió que Erre se aburriera. Pero Erre se interesó en lo que HR

investigaba y llegó el día en que le contó su hipótesis acerca de los viajes al pasado. Creía haber encontrado la solución a un problema que le había quitado el sueño. Se la resumió brevemente. Erre se mostró vivamente interesado en el asunto y cuando HR le dijo que había hecho una tabla con ejemplos, quiso verla.

HR le propuso encontrarse en su habitáculo pasada la medianoche, el número 27. Dejaría la puerta entornada para no alertar a los vecinos. Erre aceptó y esa madrugada conversaron. Erre le aclaró, con su típico sentido del humor, que cuando viajaba usaba una peluca, porque una calva siempre llama la atención. HR no preguntó si es que había perdido todo el cabello o si había sido una decisión estética o meramente higiénica. Intentó imaginarlo con peluca, pero no logró nada. La calvicie de Erre era tan característica de su personalidad que no se figuraba cómo sería Erre con una cabellera poblada.

Sin comprometer la seguridad de ambos, Erre dejó entrever por qué le apasionaba tanto el asunto del campeonato mundial de fútbol, el de 1930, y se interesó mucho en la tabla, a la que le encontró sentido. La mayoría de los viajeros en el tiempo cumplía su misión y se informaba específicamente de algunas cuestiones: qué ocurría en ese tiempo al que viajaba, qué costumbres había, qué se comía y bebía, idiomas, etcétera. Sin embargo, había algunos como Erre que se informaban más allá de lo estrictamente necesario y eran capaces de analizar el momento a la luz de lo anterior y lo posterior. En ese sentido, tenían una

visión más amplia que, incluso, les permitía comprender mejor el alcance de la misión. A esos viajeros en el tiempo se los llamaba *ratones de biblioteca*, *curiosones* o *meteretes*, pero se los toleraba, y muchas veces eran quienes debían llevar a cabo las misiones más complejas, justamente por su capacidad crítica y de *ver la foto completa*, como decían algunos. Las conversaciones de madrugada se volvieron una costumbre; Erre se convirtió en un especialista en 1930 y 2030, HR y él terminaron por volverse amigos muy cercanos y no dudaron en intercambiar la información reservada. Ambos sabían que si la directiva se enteraba, no les esperaba un final feliz. Así y todo, convencidos de estar haciendo lo correcto, siguieron profundizando en el tema. Incluso —algo absolutamente prohibido— Erre le traía material de la época que iba directamente al archivo que comenzó a organizar HR. Y cuando se dice *absolutamente prohibido* hay que recordar a dos viajeros que desobedecieron la orden y fueron censurados. HR reconstruyó lo sucedido de casualidad, cuando revisaba algunos archivos —ya dijimos que es muy curioso—. Nunca nadie dijo nada, pero ambos casos son dignos de una historia. Durante la Guerra Fría, un viajero del Instituto se trasladó a Berlín. Allí, de casualidad, conoció a una funcionaria soviética, de la que se enamoró perdidamente. No solo eso, sino que le propuso matrimonio y le contó lo que hacía. Eso no solo contravino las normas del Instituto, sino que puso en grave riesgo a toda la operación que se relacionaba, nada más ni nada menos, que con la crisis de los misiles de Cuba. En el otro caso, se trató de una viajera —durante mucho tiempo,

no era común que viajaran mujeres— que se trasladó a Brasil, en 1970. Allí se instaló en una ciudad del norte, cerca de Bahía. Y nunca más volvió. Fue necesario enviar a alguien a que se ocupara del problema. Debido a estas dos situaciones que realmente pusieron al Instituto casi a punto de que se descubriera su existencia, es que hay un control muy grande de los viajeros y sus misiones. Recordando esto, HR nunca le preguntó dónde lo obtenía ni si era consciente del riesgo que corría, pero el material era bueno y terminó por ser de gran ayuda para las misiones de Erre.

Había viajeros que eran meros instrumentos, que viajaban incluso para abrir una puerta o para proteger a alguien que consideraban importante por algún motivo; eran misiones breves, como si fueran actores secundarios en una obra de teatro. Pero Erre no era de esos, sino todo lo contrario.

Esa noche, un 20 de julio, le comenta que en el último viaje conoció por fin a uno de los adolescentes, Javier, y le encomendó una misión. Debía viajar a Ginebra en 1923, y grabar lo que se dijera en un congreso de la FIFA. No era algo arriesgado y todo había salido bien. La grabación había sido entregada sin dificultades.

HR se lo queda mirando.

—¿Y por qué al congreso de 1923? Hay otros congresos mucho más importantes y definitorios.

—Porque en ese congreso se aprueba que se organizará el campeonato olímpico de 1924. La comisión técnica que se ocupa del asunto es controlada por Jules Rimet, recuerda eso. También convoca a todos los futbolistas del mundo a prepararse para ese campeonato del mundo de fútbol.

Y ya sabemos cómo salió Uruguay en esa contienda, ¿no? Estamos viendo los orígenes de la cuestión.

—Pero el congreso de 1928 es mucho más importante que ese —retruca HR—. Se decide organizar un campeonato en 1930. Y, tanto en 1924 como en 1928, Uruguay salió campeón. Y gracias a eso, viene todo lo demás.

—Estoy de acuerdo. Pero, justamente, para entender todo lo demás el congreso del 23 es importante. Tengo bastante libertad para conducir este asunto, y hay un par de cosas que los cuatro adolescentes deben resolver para que en 2030 se corrijan esas *injusticias* de las que hablaste y supiste fundamentar. Esto recién empieza.

—¿Puedo ayudar en algo?

—Tengo entendido que acá hay una copia de los apuntes del bisabuelo de Javier, el mentado Massimo Scalante.

—Así es, efectivamente. Todo eso está copiado y ordenado, no como en el altillo del chiquilín. No me mires así, estoy al tanto. Las fotos...

Y sonríe enigmáticamente.

—Bien. Me interesan en particular algunas cuestiones: cómo era el Field de Pocitos, el estadio de Peñarol; por qué la Torre de los Homenajes está incompleta; por qué en aquella época no había un partido por el tercer y cuarto puestos; y por qué Alemania no quiso participar en el Mundial de 1930.

HR lo mira azorado. ¿Erre qué se cree? ¿Que es una máquina? Además, eso no solo supone buscar los documentos, sino hacer un análisis agudo para responder cada uno de esos puntos. No sabe si está en condiciones de hacerlo.

Entonces es Erre al que se le prende la lamparita.
¡Eureka!

—¿Y cómo sabes que no eres un viajero en el tiempo?

—Pues no lo sé. Nunca hice el intento. Soy investigador de la historia y muy feliz de serlo, por cierto. Los viajes me marean bastante. Ya llegar hasta aquí por tren, avión y barco fue espantoso. De acá no me muevo. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque sería ideal que conocieras a los cuatro. Sería de gran ayuda. Y se me acaba de ocurrir algo. Es un poco arriesgado.

HR teme lo peor y se da cuenta de que está a punto de meterse en graves problemas, en un lío mayúsculo, pero de pronto descubre que la idea le encanta.

—¿Cuál es tu idea? ¿Me quieres hacer viajar?

—No, eso sería bastante arriesgado y llamaría la atención. Disimular un viaje en el tiempo es prácticamente imposible. Propongo que viajen ellos aquí y se encuentren contigo.

—¿Los cuatro? Imposible. Javier y Federica puede ser. Pero ¿Tomassino y Antonella? ¿Qué sentido tendría? Tengo entendido que deben permanecer en 1930, en Peñarol, y ayudar a Javier y a Federica en lo que necesiten. ¿Para qué vendrían aquí? Además, no creo que psicológicamente estén en condiciones. Ya me llamó la atención que no enloquecieran cuando supieron la verdad. Pero hacerlos viajar a 2044... ¡pobrecitos!

HR tiene razón. Pero Javier y Federica deben venir al Instituto del Futuro, sin dudarlo.

—Nadie va a sospechar nada. Al fin y al cabo, son viajeros en el tiempo naturales, digamos, recientes, y pueden desplazarse a su voluntad, porque en realidad, el Instituto del Futuro no los ha reclutado. Pueden hacerlo. Alcanza con que encontremos una foto adecuada...

Y le hace una guiñada.

—Me lo temía. Está bien. Me ocuparé del asunto. Dame unos días. Pero *encontrar* esa foto supone otro conjunto de problemas. ¿La van a encontrar en el altillo? ¿Cómo llegó allí? Y no me digas ahora que el bisabuelo era un viajero en el tiempo porque es un disparate.

—No, no estoy pensando en eso. Es mucho más sencillo. Tú ocúpate de lo tuyo que yo resuelvo ese detalle.

Y vuelve a guiñar un ojo, esta vez el izquierdo.

—Te pareces a la gran Josephine —se le escapa a HR y se ruboriza.

—Sí, sobre todo por mi cabellera, mi garbo y mis artes escénicas. No me tomes el pelo, que no tengo.

Después se despide, muy ufano. Las cosas se ponen en movimiento, algo que, sinceramente, le encanta y lo hace sentir vivo.

Ni Javier ni Federica están al tanto de todo esto, porque tal como dijo Erre, resultaron ser viajeros en el tiempo sin saberlo y desconocen la existencia del Instituto del Futuro. Erre tampoco sabe que, a la luz de los acontecimientos ocurridos en el *Conte Verde*, los miembros de la dirección están evaluando la posibilidad de traerlos al Instituto para formarlos, lo que incluye también a los gemelos Ambrosini. Sí o sí deben cumplirse dos hechos históricos: el primer

Mundial de Fútbol en 1930, que está a punto de comenzar, y cien años después, el Mundial de 2030, en Montevideo. En realidad, Erre sabe que en Uruguay se jugará el partido de apertura, pero no se lo ha dicho a Javier. Y para eso, los cuatro jovencitos son imprescindibles.

Dos días después, la directiva convoca a Erre a una reunión urgente. ¿Qué habrá ocurrido? ¿Acaso se habrán enterado de sus conversaciones con HR? Eso sí que sería un desastre espantoso. Erre se prepara y, como siempre, sabe lo que debe hacer. Dejar que ellos hablen primero, contar con una batería de respuestas a posibles preguntas, esperar y ser paciente. Lo menos que se espera es que le den la misión de hacer venir a los cuatro, lo mismo que él pensó hace unos días.

Es la tercera vez que entra en la oficina de la directiva; allí siempre siente que el estómago le da un vuelco. Los dos hombres y la mujer lo esperan sentados en unas poltronas que parecen muy cómodas y le señalan una silla para que tome asiento. Erre los saluda como corresponde, se sienta y espera. Su rostro es impertérrito. Repara en la mujer; algo le llama la atención. Junto a ella, un poco disimulado, hay un bastón blanco. Por si fuera poco, para darle más tensión al asunto, es asiática. En realidad, es china. Es decir, a la cabeza del Instituto del Futuro hay dos hombres y una mujer china ciega. Erre, que ama las novelas y las series de espías y de ciencia ficción, queda fascinado. Para sí, se dice que, si esto ya era bueno, ahora se pone mejor.

Es ella la que habla primero, detalle que tampoco se le escapa.



—Lo que veas y oigas ahora no puede salir de aquí. No nos has visto, no has reparado en nada. Simplemente escucha. Veo que me miras.

Erre no dice nada.

—Sí, soy ciega, de nacimiento. Sí, soy china. Fui dada en adopción, y conozco el proyecto ONGIIN KHIID, que le presentó algunos problemas al gobierno chino en su

momento. Soy una descendiente de algunas mujeres que participaron en él. Estudié ciencias del comportamiento asociadas a la inteligencia artificial y llegué aquí. Seguramente tu amigo HR pueda decirte algo al respecto.

A Erre no se le escapa el llamado de atención, pero tampoco responde. Si estuviera aquí para anunciarle que lo van a desterrar del Instituto del Futuro, ya se lo hubieran dicho y toda esa explicación sería innecesaria. Ya le preguntará a HR qué es el proyecto ONGIIN KHIID.

—Tenemos una misión muy importante que encargarte —dice la mujer, conocida como SXL.

—Se trata del Mundial de 2030, por un lado, y de los cuatro adolescentes que figuran en el informe del capitán Amedeo Pinceti, un gran hombre, por cierto. Valiente y dedicado.

—Hemos decidido que, a la luz de los acontecimientos y de las indecisiones sobre la sede del Mundial de 2030, necesitamos a los cuatro chicos —agrega un hombrón de pelo color amarillento, con acento holandés, conocido como PM.

A Erre lo recorre un escalofrío de pies a cabeza, pero no da ninguna señal del nerviosismo que lo devora.

—En este sobre hay material para que te ocupes del asunto. Es prioritario —agrega el otro hombre, de tez muy pálida, de maneras suaves pero voz grave que se impone. No tiene acento o lo disimula muy bien. Lo llaman CL.

Erre no termina de comprender por qué un simple Mundial de Fútbol se ha convertido en algo prioritario,

habiendo tantas cuestiones más importantes. ¿O es que hay otra finalidad oculta que no logra identificar? Sí, ha de ser eso, se dice. Lo prioritario es por qué, no para qué. ¿Cuál es ese por qué?

CL le tiende un sobre cerrado y sellado con laca.

—Revisa los papeles, las fotografías y organízate. No disponemos de mucho tiempo. Como dijimos, es prioritario. Vital, diríamos, para el Instituto del Futuro.

Erre toma el sobre, sin mirarlo siquiera, y no dice nada. No hay nada que decir. Se pone de pie y se encamina a la puerta. De lo que está absolutamente seguro es de que, pasada la medianoche, le hará una visita a HR. Es algo que, intuye, les compete a ambos. Y siempre cree en su intuición.

Sale de la oficina sin mirar a los costados, baja las escaleras con una tranquilidad que lo asombra, y se encamina a su habitáculo, el 47. Allí, se sienta junto a la ventana y mira el paisaje. No abre el sobre. Lo hará cuando se encuentre con HR. Quiere sorprenderse junto con su amigo, y sabe que la sorpresa será mayúscula. Consulta el reloj. Faltan varias horas. Debe matar el tiempo de alguna manera, debe concentrarse en algo, en forma urgente. Sí, un juego. Un juego difícil. Allí está. Sonríe y se conecta. Las horas se pasan volando y cuando suena la alarma que señala la una de la madrugada, se sorprende. Se abriga un poco, porque incluso allí las noches son frescas y sale con el sobre. Después abre la puerta del habitáculo de HR. Su amigo está leyendo y escuchando música. Se sorprende un poco al verlo.

—¿Qué te trae por aquí? Creí haberte dicho que necesitaría un par de días...

—Ya no es necesario. Aquí está todo. Cuando te cuente, te caes de la silla.

—Vamos, desembucha de una vez.



CAPÍTULO 6
EL SECRETO
DE LOS TATARABUELOS





PEÑAROL, 8 DE JULIO, 1930

Don Beppo los hace pasar un poco sorprendido. La explicación de Tomassino no termina de convencerlo, pero la joven y el jovencito parecen gente bien, y les sonríe.

—Para no molestarlo, don Beppo, nos vamos al cuarto.

Salen al fondo y Tomassino les muestra el taller convertido en vivienda.

—¡Antonella! ¡Visitas!

La muchacha sale y al ver a Javier y a Federica casi se le salen los ojos de las órbitas. Corre hacia ellos y no sabe a quién saludar primero. Javier se adelanta y le tiende la mano. De inmediato, Federica le da un fuerte abrazo y sonríe ampliamente.

—¡Se los ve muy bien! ¡Y qué lindo lugar! Han tenido mucha suerte. Este Beppo parece buena gente, ¿no?

Antonella dice que hace frío y que estarán mejor adentro. Es una habitación no muy luminosa; en un rincón, sobre un cajón de fería hay un primus y una caldera que ya lanza el vapor.

—¿Y eso qué es? —preguntan al unísono Javier y Federica. Antonella se encoge de hombros.

—No sé, una cocinita para calentar agua y leche y cocinar un poco. Al menos, calienta este ambiente.

El piso es de material, y las paredes de ladrillos sobados con cal. Federica se da cuenta de que Antonella ha intentado darle un toque hogareño y algo ha logrado. En los ventanucos ha puesto unas telas como si fueran cortinas, y en una mesa en la que caben dos personas hay un mantelito de un material que nunca vio, parecido al plástico, pero



más maleable. ¿Qué será? Toma nota mentalmente para buscar información. Y sobre el mantelito, en un envase de mermelada, flores secas.

Ninguno sabe por qué, pero de pronto todos sienten una enorme timidez. Javier rompe el hielo, se sienta en un banquito de tres patas y los mira.

—Cuéntanos, Tomassino, lo que escuchaste.

—Por lo que entendí, hay un gran descontento porque los ingleses se negaron a apoyar el campeonato mundial. Los consideran grandes traidores. Así que, para demostrarlo, quieren hacer ese atentado. Creo que es algo así como una especie de bomba adentro de una caja en la que hay volantes impresos denunciando a Gran Bretaña.

—¿Y cuándo planean llevar a cabo ese atentado?

—No lo sé. Me dio la impresión de que dentro de pocos días. Quizá cuando se haga la apertura del Mundial. Eso atraerá la atención de la prensa extranjera y probablemente se arme un lío internacional.

—No podemos denunciar semejante cosa, porque no tenemos pruebas, y es tu palabra en contra de la de dos obreros gráficos que hace mucho que trabajan allí —piensa Javier en voz alta.

—¿Has conocido a alguien en quien puedas confiar? —quiere saber Federica, cuya fantasía desbordada ya ha construido una historia detectivesca.

—Teniendo en cuenta que hoy es mi primer día en el taller... no, no conozco a nadie.

—Tomassino, no es tan así. Me dijiste que el que te mandó allí es ese amigo de don Beppo, al que le dicen el Tano. Dijo que era un tipo confiable, un buen amigo, un hombre de palabra, ¿no es así?

—Es cierto. ¿Pero qué le digo? ¿Qué escuché esos rumores? ¿Y por qué me haría caso?

—Chicos, no tenemos todo el tiempo del mundo. Además, en algún momento, Javier y yo debemos regresar. ¿Y si hablamos con el Tano? No perdemos nada. Mejor dicho, tú no pierdes nada, porque nosotros no podemos intervenir. No somos nadie —agrega Federica.

Tomassino frunce el ceño. La cosa no le gusta nada. Solo falta que no más consiguió un trabajo, lo eche todo a perder. Un soplón. Imposible. De ningún modo.

—No. Esperen. Hagamos esto. Sigue prestando atención hasta que tengas más información y entonces decidimos

qué hacer. Quizá en ese momento sí sea conveniente que hables con el Tano —propone Javier.

—De acuerdo, suena razonable.

Después se hace nuevamente el silencio. Javier tiene la pregunta en la punta de la lengua, pero no se anima a plantearla. ¿Cómo les fue con su bisabuelo? ¿Qué tal es? ¿Fue amable? ¿Los ayudó? ¿Seguirán viéndolo? En realidad, son muchas preguntas y no una, se dice y se pone nervioso. Antonella cada tanto lo mira y él desvía la mirada. Se da cuenta de lo que ocurre y no sabe cómo salir del paso, sin herir sus sentimientos. Vaya lío este. Por algún lado hay que empezar, piensa Javier. Tomemos el camino secundario a ver a dónde nos conduce.

—¿Cómo les fue en la ferretería? ¿Encontraron al pariente? Tomassino suspira con resignación.

—Sí, lo encontramos. Fernando Crosa, estudia abogacía y trabaja para ganarse el sustento. Bastante antipático, realmente. Nos escuchó con atención, nos preguntó dónde vivíamos. Cuando le dijimos que con don Beppo, nos dijo que es un buen hombre, un poco apasionado de más, y que se alegraba por nosotros. No le interesó saber que éramos parientes recién llegados de Italia ni nada de eso. Dijo que no tenía casi vínculos con la colectividad; que el tan mentado Juan Bautista Crosa era padre de su tatarabuelo y que ya nadie se acordaba de él. Pasado demasiado remoto. Total, que se disculpó y dijo que tenía mucho trabajo. Que si tanto nos interesaba ese pariente, podíamos visitar los restos del lugar donde lo enterraron, por aquí cerca, dijo. Y nos puso patitas en la calle.

Antonella hace un puchero, pero disimula.

Javier entonces recuerda claramente lo que le dijo Erre, que encontrar a un descendiente de Crosa no era para nada importante, porque los gemelos lo ayudarían a resolver otros asuntos más acuciantes. ¿Acaso se refería al atentado en el taller? ¿Y por qué no dijo nada más? Quizá porque sabía que se darían cuenta y tomarían las decisiones adecuadas. Vaya, vaya, con Erre.

—¿Entonces? ¿Cómo sigue esto?

—No sigue, Javier. Lo de Crosa es capítulo cerrado. Ahora importa lo del atentado, que Tomassino escuche más, que mantenga el vínculo con tu bisabuelo, que hable con el Tano. Todo eso. ¿Te parece poco? Están bien aquí con don Beppo. Hay varias excusas para que visiten nuevamente a Massimo; al fin y al cabo, no conocen a nadie, ¿no? Pueden integrarse a ese grupo de la colectividad italiana, qué sé yo.

Cuando Federica se entusiasma, de inmediato se pone colorada y los ojos le brillan como si estuviera luchando contra un gigante. Si no fuera por algunas diferencias, podría ser don Quijote. Y le da pie para que haga las preguntas que lo vuelven loco.

—Hablando de mi bisabuelo, ¿cómo es? ¿Qué dijo?

Tomassino omite los retratos de sus tíos, los tatarabuelos de Javier. Dice que conocieron a la hermana más chica, Bianca, que salía para la escuela. Que Massimo camina de un lado al otro cuando piensa, y que les dijo que los ayudaría en lo que necesitaran. Antonella se da cuenta de la omisión y tampoco dice nada. Por algo es. Después le preguntará a Tomassino por qué.

—¿Y cómo es la casa? Descríbela, por favor.

—Te mandé una fotografía.

—Sí, pero es de afuera. Me refiero a cómo es por adentro...

—Las paredes están empapeladas; hay un escritorio con una tapa redondeada; una mesa baja con algunos adornos. No sé mucho más. Una escalera, y supongo que varios cuartos más para los demás.

—¿La sala y la cocina están en un mismo cuarto? ¿Cómo es la escalera?

Tomassino lo mira sin comprenderlo cabalmente. ¿Qué preguntas son esas?

—No. La sala es una sala; no sé dónde está la cocina. No entiendo tu pregunta.

—Javier se pregunta si la casa en la que vive ahora es igual a la de hace cien años, no más —aclara Federica.

Entonces Tomassino entiende, pero no sabe qué decir.

—Es una casa acogedora, y da la impresión de que las personas allí son felices —dice Antonella, que quiere alegrar a Javier.

Tomassino se pregunta cómo convencerá a Massimo de que son primos hermanos. No tiene ningún documento que lo demuestre, pero quizá Massimo sí conozca la historia y les crea. Mientras los escucha, se termina de convencer de que debe decirle a Massimo la verdad. Eso no significa que deba hablarle de Javier, ni mucho menos. ¿Servirá de algo? Sí, seguramente que sí. Mira a Javier y durante un instante se pregunta si lo que va a hacer es una traición o si le debe una lealtad más allá de la lógica o la convicción. ¿Es Javier su amigo? Jamás pensó antes en la amistad. No tuvo tiempo.

Todo siempre fue tan rápido, tan terrible, que lo único que importaba era la familia. No había amigos. No sabe lo que es. ¿Y si fuera franco con él? ¿Si le dijera? No. No lo hará, no hay ningún motivo para que se sienta en la obligación de hacerlo. Además, el argumento de Javier de que todo se complicaría no tiene ni pies ni cabeza. ¿Por qué? Quizá porque Javier no quiera que Tomassino sepa, antes que él, la verdadera historia del misterioso tatarabuelo. El gran secreto.

Federica le hace una seña a Javier. Es hora de partir. Se da cuenta de que Tomassino la mira como si quisiera decirle algo, pero no sabe cómo reaccionar. Si estuviera en su tiempo... sería facilísimo. ¿Pero aquí y ahora? Le devuelve la mirada y confía en que él comprenda que le dice que entiende, pero que no es el momento. Después se despiden con un *hasta la vista, baby* de Federica, pero nadie repara en lo que quiso decir. No importa. Está cansada y quiere ordenar las ideas. Algo está por pasar; lo siente en los huesos, como decía su madrina Lucila, cuando era chica. Lo siente en los huesos.



PEÑAROL, 8 DE JULIO, 2030

—Fue raro, ¿no?

Federica siempre tiene la habilidad de sintetizar rápidamente toda una situación. Sí, fue raro.

—Como si no nos conociéramos. Quiero decir, no es que nos conozcamos tanto, pero no sé. Había como una distancia, algo en el aire. No me gustó.

—A mí tampoco me terminó de convencer. Quizá se deba a que ellos están viviendo en su propia época, y nosotros vamos y venimos y hay cosas que no terminamos de comprender. Me sentí completamente extranjero en mi propio barrio, nunca pensé que algo así me ocurriera.

—Javi, estuve pensando en algo que me llamó la atención y a lo que no le encuentro demasiada lógica.

—Decime. Si estamos para las cosas raras, una raya más no le hace nada al tigre.

—Antes que nada, ¿no te parece que nos acostumbramos bastante a esto de los viajes en el tiempo? Ya ni me mareo como antes, y me parece algo tan obvio. No sé.

—Puede ser, es lo menos importante ahora. Seguí con lo que pensaste.

—Es sobre tu familia y el misterio de tu tatarabuelo. Dijiste que encontraste unos papeles en que había un salvoconducto con un nombre que no era el de él, o algo así, ¿no?

—Sí, qué memoria tenés, Fede. ¿Y?

—Lo que no entiendo es cómo tu tatarabuelo, que nació y vivió en Florencia, se casó con Margherita, diez años mayor que él, y que vivía en Turín. Fijate que están a casi 420 km de distancia. Hoy, si vas en auto, te lleva casi cinco horas. En aquella época, seguro que era un viaje imposible. Pero, además, ¿quién viajó y por qué a un lugar tan distante? ¿Y para qué? ¿Margherita fue a Florencia o tu tatarabuelo fue a Turín? Y otra cosa más. Fijate en las edades de los hijos. Margherita era una mujer grande, para la época, para tener todos esos hijos que dijiste. Hoy a nadie le llama la atención, se puede y no hay problemas.

¿Pero a principios del siglo 20? ¿No te parece por lo menos un poco raro?

—Es cierto. Capaz que tenemos que revisar las cajas más viejas. ¿Vos qué creés que pasó?

—Suponete que uno de los dos hubiera violado la ley. Huye, se va a otra ciudad. Y allí se conocen.

—Ta, puede ser. Pero debe de haber sido mi tatarabuelo, porque era el que tenía el salvoconducto a otro nombre. Y acordate de que había cartas de los dos. Es decir, si Massimo se refugió en Turín, por ejemplo, debe haber sido cuando tenía, no sé, dieciocho años. Se va a Turín, busca trabajo y conoce a su futura compañera. Ella es diez años mayor que él. ¿Cómo se conocieron? Ya sé que no ganamos nada con estas suposiciones. Vamos a revisar las cajas y vemos si hay algo. Pero no sé para qué nos sirve. No tiene nada que ver con lo nuestro.

—Ya sé que no. Pero los gemelos están allí, y tus tatarabuelos están vivos. Capaz un día los conocen. Es mejor saber qué pasó, ¿no? Además, está bueno que al menos tú conozcas la historia familiar. Insisto en que hay algo raro. Y por eso nadie hace preguntas ni les gusta que andes revisando papeles. Además, es algo que ocurrió hace como cien años. ¿A quién le puede importar? —agrega Federica, excitada.

Las cajas están ordenadas por fecha, más allá de que la correspondiente a 1930 está sobre el escritorio que Tomassino describió.

—Si hay algo, entonces tiene que ser de cuando mi bisabuelo ya era grande. Porque no creo que a los 16 años se pusiera a revisar las cosas de sus padres. Los apuntes tienen

que ser de después de que murieron los dos. Solo así puede haber encontrado las cartas y la caja con el salvoconducto. Vamos a ver.

Ambos recorren las cajas como si estuvieran en una catacumba rodeados de ataúdes. A Javier le tiemblan un poco las manos y siente que está a punto de empezar a comprender algunas cosas.

—Tiene que ser esta, Javier. Fijate. «Apuntes 1960-1970». Vamos a abrirla.

Y efectivamente, esa es la caja. Y encuentran unas anotaciones bastante inquietantes. En resumidas cuentas, la historia que logran reconstruir es que los padres del tatarabuelo eran pobres, y Massimo empezó a trabajar a los doce años en una panadería, en Florencia, en un barrio muy humilde. Los padres eran anarquistas, amigos de Malatesta. Los compañeros de Massimo en la panadería, que eran bastante más grandes que él, también eran anarquistas. Unos seis años después, también abrazó esa causa y parece que fue muy activo.

—Eso sería alrededor de 1905 —calcula Federica, para quien ubicarse históricamente es esencial.

En algún momento, aparece Margherita en Florencia y se conocen. La mujer huye de la justicia en Turín y se refugia en Florencia. Pronto se hacen amantes. Y en determinado momento, sus vidas están en peligro y emigran a Montevideo —continúa Federica.

—¿Por qué Montevideo?

—Bueno, las corrientes migratorias italianas llegaban acá o a Buenos Aires. Siempre hubo vínculos con Italia. Acordate de Garibaldi.



—¿Qué habrá hecho Margherita?

—Ni idea, y no creo que sea tan importante. Los anarcos no se andaban con chiquitas en esa época, ¿no? Para mí eran unos idealistas, qué querés que te diga.

—Mirá qué interesante. Mi tatarabuelo trabajaba en la compañía ferroviaria, la misma en la que Tomassino acaba de conseguir laburo —dice Javier.

—No entiendo. Si trabaja allí, ¿por qué tu bisabuelo no le dijo nada a Tomassino? Hubiera sido mucho más sencillo, ¿no?

—No debe de haber pensado en eso. A menos que... Dejame que vea las cartas y el salvoconducto.

Con manos temblorosas, Javier abre la caja de madera en la que se encuentran esos papeles. Con mucho cuidado,



toma los documentos de identidad de ambos. No solo hay un salvoconducto del tatarabuelo, sino unos papeles correspondientes a su compañera. Las fotos de ambos coinciden, pero los nombres, no. Antes de llamarse Massimo Scalante, el apellido del tatarabuelo era Conti. Massimo Conti. ¿Y la tatarabuela? Fenoglio. Se lee con un poco de dificultad, pero se lee.

—Así que tus tatarabuelos eran Massimo Conti y Margherita Fenoglio —dice Federica con un hilo de voz.

Y después, muy exaltada.

—¡Javier! ¡Es un despelote! Si el apellido Scalante y Ambrosini no son los de ellos, entonces los gemelos Ambrosini no son primos de tu bisabuelo, no son parientes

ni nada. Menos mal que les dijiste que no dijeran nada del parentesco. ¡Como si lo hubieras intuido!

Revisa nuevamente los documentos, por si se le escapó algo. Pero no; es así. El padre de los gemelos, Giuseppe Ambrosini, no tiene nada que ver. Es toda una casualidad inverosímil. ¿Quién dice que la ficción supera a la realidad? ¡Es al revés!

—Y ahora te voy a decir algo y no te enojés ni creas que me volví loca, *¡please!*

—Si estarás ansiosa que dijiste *please*, vos que defendés tanto el español. Dale, largá. Sabés que no puedo enojarme contigo, Fede.

—Hacé de cuenta de que te cuento una peli, ¿ta? Si no, me pongo nerviosa. Margherita Fenoglio, anarquista y diez años mayor que Massimo Conti, hace algo (no sabemos qué), debe huir de Turín y termina en Florencia, donde hay un grupo anarquista que la protege y le da una nueva identidad. Ahí conoce a Massimo Conti, que no hace mucho se metió de anarquista y ha de haber participado en algún sabotaje, pero no como Margherita. Se juntan, pero algo pasa y los mandan a Montevideo de apuro. A tu tatarabuelo también le cambian el nombre. Alguien los delató, no me cabe la menor duda. Llegan a Peñarol, se instalan, y tienen tres hijos más. El primero, tu bisabuelo, nació en Italia y llegó acá con cinco o seis años. Bien. Su padre consigue laburo en la compañía de ferrocarril. No nos olvidemos de que no dejó de ser anarquista. Es un tipo simpático, solidario, que opera en las sombras. Se hace un nombre en la colectividad tana. Digamos que es su

cobertura. Su compañera (digamos, su esposa) se vuelve una ama de casa que cuida a los cuatro niños. Una nadie. En los talleres gráficos de la compañía hay anarquistas y pronto Massimo, tu tatarabuelo, organiza algo. Creo que el sabotaje del que nos habló Tomassino. Tu bisabuelo no sabe nada ni se imagina algo así. Eso lo averigua después; tendríamos que ver si hay más anotaciones, porque es una historia fascinante. ¡Montevideo está llena de conspiraciones, desde siempre! Y ta. En algún momento, alguien se dio cuenta. Supongo que tu bisabuelo, cuando ya estaba viejo y trataba de terminar de entender todo. Lo que me imagino es que (gracias a nosotros) el sabotaje se evita, pero tu tatarabuelo no queda muy bien parado. No va en cana, pero casi. Debe de haber una investigación en alguna parte, aunque no sé cómo era la cana antes. Ni idea. Total que, en sus últimos años de vida, tu bisabuelo desentraña el misterio y lo deja anotado en alguna parte.

—Dejando de lado que Netflix te contrataría como guionista de una, y que no quiero verte como una conspiracionista... ¿cómo explicás que nunca en la familia se haya querido hablar del tatarabuelo y que siga siendo un misterio? Porque si mi bisabuelo al final reconstruyó todo, alguien debe de haberse enterado. No hay otra.

—¿No me dijiste que tu tío abuelo estuvo preso durante la dictadura y que tú tenés su diario?

—¿Yo te dije eso? ¿Cuándo? Es un secreto. Nunca lo leí.

—Seguro que tu tío abuelo también revolvió las cajas y entendió todo. Lo debe de haber anotado en su diario, Javier. Es importante.

—Pero si evitamos el sabotaje, entonces la historia de mi familia se derrumba. ¿O no?

—No; justamente, no. Es que, si efectivamente estalla una bomba, todo se va al demonio y es lo que debemos evitar. ¿No es que se trata de que las cosas ocurran como deben ocurrir? Tenemos que hacer que el sabotaje falle, no solo para que tu familia sea como es, sino porque el Mundial corre serios riesgos. Sería un tremendo lío, y ya hubo líos en la designación de la sede y todo lo que sabemos.

—¿Entonces?

—Hacemos lo que dijimos. Tomassino consigue más información; habla con el Tano, y listo.

—¿Y cómo evitamos que mi tatarabuelo marche preso?

—Justo ese día no va a los talleres. Así de fácil.

—No me digas. Viajamos, lo empujamos por la escalera, se le rompe una pierna y listo. Estás demente, Fede. Me empezás a preocupar.

—No, no, pensemos. Algo se nos va a ocurrir. Algo que haga que ese día tu tatarabuelo no vaya a trabajar. Tenemos un par de días para cranearlo, ¿no? Ya inventaremos algo. Fa, quedé de cama con todo esto. Vamos a guardar todo, no sea que a tu vieja le dé el ataque y te ponga en penitencia. ¡Eso sí que es del siglo pasado!

Ya dijimos que la realidad supera a la ficción, ¿o era al revés? El asunto es que cuando la realidad interviene, la ficción parece un juego de niños. Y eso es lo que pasó. Precisamente eso, y la realidad no se anuncia: sucede.



CAPÍTULO 7

EL SABOTAJE

Y EL SECRETO DE TOMASSINO



⋮ = ⋮
PEÑAROL, 9 DE JULIO, 2030

Javier y Federica conversan en el altillo. Deberían estar estudiando ciencias sociales, pero las cajas son mucho más interesantes. Rosario desistió de instalar su taller allí, para alivio de Javier, que teme por las cajas. Fabrizio trabaja horas extra, como siempre, y ya ni siquiera viene a almorzar. Así que están solos, lo que es una tranquilidad. Levantarían suspicacias si los vieran tanto rato en el altillo. Javier lee lo más rápido que puede las notas del bisabuelo en los *Apuntes 1960-1970*. Además de las crónicas, hay algunos textos que parecen memorias, como si el bisabuelo hubiera estado preparando un legado para la familia, que nunca terminó de escribir. Una pena, realmente, porque ordenar todo eso parece una tarea casi imposible. Y en medio de esa concentración, en la que ambos están sumergidos en los papeles y las fotografías, suena el timbre.

—¿Serán los testigos de Jehová? No se me ocurre otra cosa —murmura Federica—. Pero hoy es martes, y generalmente hacen sus recorridas los domingos.

—Voy a ver. Ya vuelvo. Capaz que son gurises jorobando, lo más probable.

Federica escucha los pasos apresurados de Javier y la puerta que se abre y vuelve a cerrarse, y dos voces: la de Javier y la de un hombre.

—Estamos en el altillo, revisando papeles. Sube, ya conoces el camino.



Erre viste exactamente igual que la primera vez, pero no trae consigo ningún maletín. Sigue a Javier y entra al altillo. Tal como lo recordaba: papeles por todas partes.

—Tú debes de ser Federica, el *Fede* —dice sonriente.

Federica lo mira desconcertada. Y este, ¿quién es?

—Es Erre, uno de los viajeros en el tiempo.

—¡Salado! ¡Increíble! Seguro que hay novedades interesantes, ¿o me equivoco?

Erre ríe y se sienta en donde puede.

—Exactamente. Tenemos que hablar y deben prestarme mucha, pero mucha, atención.

Se hace un silencio y lo miran.

—Estamos a pocos días del comienzo del primer Mundial de Fútbol. Ustedes irán al partido del 18 de julio, en el que juegan las selecciones de Uruguay y Perú, y que ganó Uruguay 1 a 0. Acá están las entradas para cinco personas, en el Estadio Centenario, recién inaugurado. Irán con Tomassino, Antonella y Massimo, tu bisabuelo, Javier. Llegarán un día o dos antes, con el pretexto de conocer los otros estadios. Irán al Field de Pocitos y visitarán la cancha. Ustedes deben llevar otro celular, además del de ustedes, configurado y con WhatsApp con sus contactos. Es importante. Ya entenderán por qué en su momento.

—¿Mi bisabuelo asistirá con nosotros a ese partido? ¿Y con qué excusa?

—Ninguna. Tomassino y Antonella lo invitarán; dirán que don Beppo se las ingenió para conseguir esas entradas. Aquí están, en este sobre. Espero que disfruten, dicen que fue un partidazo. Pero la visita al Field de Pocitos es fundamental y no es necesario que la hagan con Massimo, ustedes se las ingenian bien en situaciones difíciles.

—No termino de entender qué es todo esto. El partido ese está en YouTube... —dice Federica, que desconfía un poco de las palabras de Erre. Será muy simpático, pero parece un poco lunático.

—No puedo revelarles todo; es importante que visiten el Field de Pocitos, el 12 de julio, y que presencien el partido del 18 de julio. Eso es todo.

—¿Y qué excusa tenemos para estar allí, con los gemelos? ¿Una amistad con Tomassino y Antonella, de la nada?

¿Y lo del partido es para que yo conozca a mi bisabuelo? No comprendo —protesta Javier.

La intervención de Erre complica la situación. ¡Qué fácil resultó todo a bordo del *Conte Verde*, en que no había viajeros en el tiempo que intervenían y ponían misiones! ¿Se podrá ser un viajero en el tiempo de tipo independiente o según intereses e inclinaciones propias? Federica opina igual que él.

—No me cierra ni por los cuatro costados. Y tampoco entiendo por qué debemos conocer a Massimo. Además, entendí que lo importante es el sabotaje que está planeado para el 15 de julio, cuando juega Argentina contra Francia.

—De lo del sabotaje se encargará Tomassino, sabe qué hacer. La ida al Field y al partido del 18 de julio son muy importantes. Y deben conocer a Massimo, porque hay otros asuntos pendientes, para los que él será de mucha ayuda.

Lo que es claro es que cuando te dan una misión no podés decir que no, como si fuera un plato de sopa que no te gusta. La hacés y chau. Y a otra cosa, mariposa.

—Además, ustedes se las arreglan bien ante las dificultades. Así que alguna solución encontrarán para ir al partido juntos, al Field de Pocitos y conocer a Massimo. Si viajaron en el *Conte Verde*... ¿es que ahora no se tienen confianza? ¡Qué decepción!

Nada dice sobre que el Instituto del Futuro ha puesto los ojos en ellos. Habrá que ver cómo se desenvuelven en todo este intríngulis. ¿Acaso es una prueba? No, claro que no. Es una misión. Pero, si todo sale bien, en el Instituto los recibirán de brazos abiertos, claro que sí.

—Tienen un par de días para informarse, eso que ustedes saben hacer tan bien. Les dejo este sobre; las ubicaciones para el partido son excelentes y espero que lo disfruten. Volveremos a vernos. No me acompañes, Javier, conozco el camino —se despide Erre lo más campante y sale del altillo.

Sus pisadas en la escalera casi no hacen ruido ni tampoco la puerta al abrirse y al cerrarse. Después de que se va, Federica encara a Javier.

—Es una locura, Javier; una locura total. Pero suponete que hacemos lo que nos dijo: ver el Field de Pocitos, ir al partido del 18 de julio, llevar un celular de repuesto, hacernos amigos de tu bisabuelo por esos asuntos. Todo eso, ¿para qué?

—Ni idea, Fede, ni la más pálida idea. Supongo que nos iremos dando cuenta en el camino, igualito que cuando el viaje en el *Conte Verde*, ¿te acordás? Al final, terminamos entendiendo. Supongo que en este caso será igual. Además, no perdemos nada con ir. Ver un partido del primer Mundial de Fútbol es algo increíble, ¿no te parece?

—Sí, tenés razón. Dale, vamos a tu cuarto y empecemos a buscar info. Field de Pocitos... ¿qué cornos habrá allí que tanto les interesa a los del Instituto? Son más raros... y habiendo tanto problema en el mundo, ocuparse de algo así.



PEÑAROL, 9 DE JULIO, 1930

Tal parece que desde que aparecieron Tomassino y Antonella en su vida, don Beppo perdió la capacidad de

asombro. Porque cuando Tomassino llega acompañado de Massimo, simplemente lo saluda con una amigable sonrisa y un fuerte apretón de manos.

—Pasen, pasen. Pronto estará lista la cena. Como dije, Tomassino, tu hermana es una gran cocinera. Ya la veo trabajando en un hotel o algo así. Ahora que tendremos tren hasta Punta del Este y que dicen que se está convirtiendo en un hermoso balneario, no me extrañaría que tuviera éxito allí.

Antonella se sonroja y Massimo le hace una guiñada. La muchacha le cae bien, pese a la palidez y lo tímida que es. Los cuatro se sientan a la mesa y ella sirve los platos rebosantes de una sopa de pan y porotos blancos y negros, acompañada de una especie de guiso de verdura salteada. Sabe muy bien, y el aroma de la comida impregna el ambiente, que a los gemelos les recuerda su hogar. Don Beppo dice que eso debe acompañarse de una copa de vino tinto y todos están de acuerdo. Pronto se entabla una animada conversación, y los tres varones resultan ser bastante charlatanes. Don Beppo habla de su querida esposa y de cómo se instalaron en Peñarol. Así, las historias del barrio: la estación del tren; la compañía inglesa; el cuadro de fútbol integrado por locales e ingleses por igual, el CURCC; el Centro Artesano; la Comisión Femenina de Beneficencia, creada en 1917; y ni qué hablar de las anécdotas de la estación, que don Beppo cuenta haciendo gestos y muecas, van y vienen.

—La que más me gusta es una de amor. La maestra Matilde vivía aquí y daba clase en una escuela en Sayago,

así que todos los días tomaba el tren muy temprano, a la misma hora. El conductor era Joaquín Estapé, un hijo de catalanes robusto y simpático, que conocía a los pasajeros como si fueran de la familia. El tren salía puntualmente a las siete y Matilde siempre lo abordaba casi de las primeras. Un día no estaba en el andén, y Joaquín se preocupó y retrasó unos minutos la salida, por si ella aparecía. Pero no. Así que lentamente se puso en movimiento. Al rato, la vio corriendo junto a las vías y haciendo señas; Joaquín frenó y ella, no sé cómo, se subió. Dicen que se arruinó un par de medias de seda, pero esa es otra historia. Así que empezaron a conversar. Al tiempo se hicieron novios. Se casaron y tuvieron hijos y viven por aquí cerca. ¿Se dan cuenta? El ferrocarril no solo conecta parajes, sino personas.

Antonella aplaude y se sonroja. Ojalá ella viviera algo así con Javier... Total, que las horas pasan sin que se den cuenta.

—¿Y qué tal tu padre, Massimo? Escuché que es jefe de una cuadrilla.

—Sí, en la placa giratoria. Hay mucho trabajo, a veces llega realmente agotado. Pero es lo que le gusta. No sé qué haría si no trabajara en los talleres, creo que sería muy infeliz.

El reloj de pared da las diez de la noche y Massimo se pone de pie.

—Debo irme. Mis padres se preguntarán dónde estuve, y tú, Tomassino, mañana madrugas. Fue un encuentro muy interesante, por cierto. Espero que se repita.

Tomassino lo acompaña a la puerta y se despiden con la promesa de volver a verse. Aprovechará y le dirá que son primos, que es un secreto. Seguramente, entablen un vínculo. No le dirá nada a Javier, pero él y Federica estarán orgullosos de cómo se la están arreglando. Después le da un beso en la frente a Antonella y se va a dormir. Ella se queda un rato más hablando con don Beppo. ¿De qué hablan? No lo sabemos, pero podemos imaginarlo.

Camino a su casa, Massimo sigue pensando en los gemelos. Ya verá de convencer a Tomassino de que estudie algo, un oficio, lo que sea. Sonríe para sí. Antonella es muy bonita, sí, señor. Le gustaría conversar con ella; capaz que un día, cuando busque a Bianca a la salida de la escuela, le pide que lo acompañe, con la excusa de que conozca el vecindario. Sí, es una buena idea.



PEÑAROL, 9 DE JULIO, 1930

—Tomassino.

—Dime.

—¿Por qué no le dijiste a Javier que en la sala están colgados los retratos de sus tatarabuelos?

—No lo sé. No me pareció importante. No creo que lo sea.

Pero se da cuenta de que algo la incomoda. Le acaricia la cabeza y le sonríe.

—¿Qué prepararás para la cena? En unos minutos voy a trabajar.

—Será una sorpresa. Ya verás. Te gustará.

Tomassino se despide y sale. La mañana temprana es fría; hay algo de neblina, y las personas parecen fantasmas, figuras salidas de una película de suspenso. Aquí y allá, las fogatas a las que se ha acostumbrado.

Se escucha el traqueteo del ferrocarril y el silbato que anuncia su llegada o su partida. Le gusta la estación, el ir y venir de viajeros y trabajadores, maestras, viajeros de comercio. El caramelero está montando su mesita y dispone las cajas con los Zabala, los potecitos novedosos de dulce de leche de Conaprole, los candes Astra, las mentitas, los chocalatines Águila que a veces incluyen figuritas de algún álbum muy tentadoras. Pronto estará rodeado de escolares que han juntado las monedas del vuelto para comprar golosinas.

Faltan pocos días para que comience el Mundial. ¿No es que habían pensado escucharlo por la radio con Javier y Federica? Piensa en la pregunta de Antonella y es cierto, no le dijo por qué no mencionó los retratos de los tatarabuelos. Es que decidió que hoy, a la salida del taller, visitará a Massimo y le dirá que son primos. Sí, primos hermanos. Será su secreto, vaya si lo será.

La bocina de los talleres que moviliza a los obreros es potente y taladra los oídos. La fila de hombres avanza con paso cansino. Con el Mundial, nadie tiene demasiadas ganas de trabajar. Esa es la verdad. Hay electricidad en el aire. Juegan las selecciones de Estados Unidos y de Bélgica en el Gran Parque Central, del Club Nacional de Fútbol. Suspira. Allí, la mayoría son hinchas de Peñarol, y se comprende. A él le da lo mismo. Y si le dan a elegir: pues que gane el

mejor; no soporta a los norteamericanos, pero Bélgica... Una monarquía colonialista y muy cruel. La brutalidad con la que el rey Leopoldo II administraba sus territorios en lo que se llamaba el Estado Libre del Congo hizo que las quejas internacionales lo obligaran a renunciar a ellos, que se anexaron a Bélgica y pasaron a llamarse el Congo Belga. Más de lo mismo, se dice Tomassino. El hombre, lobo del hombre. ¡Cómo extraña a sus padres!

Ocupa su lugar delante de la imprenta y se concentra en el trabajo. Sin embargo, nota la inquietud en el aire. ¿Acaso el sabotaje será hoy? No, no es posible. Si es por impresionar a la prensa internacional, puede que sea en la apertura o en cualquier partido. El Mundial concita la atención de la prensa de todas partes. En realidad, es mejor que sea después, pues el impacto será mayor. Mucho mayor. Las horas pasan rápidamente y llega el corte para el almuerzo. Se suma a los compañeros que traen sus viandas. Fuman, se ríen, beben un aguardiente que huele muy fuerte y le hacen bromas. Él se deja hacer; está acostumbrado a que se rían de él y no le molesta. Es la manera de relacionarse. Antonella le preparó una vianda abundante y sabrosa y también se burlan de eso.

—Tu mujercita se ve que te trata bien —se ríen y lo señalan.

No responde. De pronto, se le acerca uno y lo toma del hombro. Es un hombre grandote, de mirada hosca y manos como martillos. Tomassino se aparta sin saber por qué. El hombre no parece amigable.

—Ven, fumemos un pitillo —le dice y le da un empujón que casi lo hace tambalear—. Allí estaremos tranquilos. Estos están un poco fastidiosos hoy. Ha de ser por el Mundial.

Tomassino lo sigue un poco desconfiado. Pero tal vez se entere de algo más.

—Eres nuevo, muchacho. Si quieres ganarte el respeto de todos ellos... tengo algo para ti.

Tomassino no dice nada y se encoge de hombros. No hay nada mejor que dejar que el otro hable. En general, las personas le temen al silencio.

—En esta caja hay algo importante. Debes colocarla aquí.

Marca una señal en un plano bastante malogrado que saca del overol, en el que se han marcado algunos puntos con una cruz roja.

—La placa giratoria. Aquí, ¿la ves?

—¿Qué hay en la caja?

—Volantes, nada más. Nada raro.

—¿Y por qué yo?

—Pues ya te lo dije. Considéralo un bautismo, una bienvenida, algo que te haga pertenecer al grupo.

—¿Cuándo?

—El 15 de julio. Te la daremos ese mismo día. Solo tienes que ponerla en ese lugar y largarte. Nadie se fijará en ti, tenlo por seguro.

—¿Y qué hago yo en la placa giratoria? Trabajo en la imprenta.

—Te has perdido. Eres nuevo y un poco distraído. Pero nadie te preguntará nada. Ya verás.

Tomassino asiente y da una pitada al armado que le tiende el hombre. Tose y escupe. Después se despide, debe ir al retrete y el hombre se ríe. Allí, le manda un mensaje a Federica.

12:30, 9 de julio de 1930

TOMASSINO

El 15 de julio. Placa giratoria.

Apaga el celular y vuelve a su puesto de trabajo. Ellos sabrán qué hacer. Hizo lo que debía. Ahora queda lo otro pendiente y debe pensar exactamente lo que quiere decir. Y si Javier no lo entiende, tampoco es tan grave. Él vive aquí, en este tiempo; Javier, en el futuro. Es probable que sus caminos pronto dejen de cruzarse y lo único que lo entristece es que no verá más a Federica. Si ella viviera aquí... ¡No sueñes, Tomassino! Ella no vive aquí. Y si lo hiciera, ¿qué? ¿Qué tienes para ofrecerle? Nada, absolutamente nada. Pero cada vez que piensa en ella, el corazón le late con fuerza.

Cuando termina la jornada, después de que suena la campana, se lava las manos y el rostro, sale y se encamina hacia lo de Massimo. Debe reconocer que está un poco nervioso, pero disimula y golpea la puerta. Se enfrenta a quien debe de ser el padre de Massimo, un hombre corpulento



con el pelo enmarañado y con el overol aún puesto, que lo mira un poco sorprendido.

—Diga.

—Busco a Massimo. Me conoce.

—¿Quién lo busca?

—Tomassino. Tomassino Brunetto.

—Aguarde aquí.

El hombre deja la puerta entornada y Tomassino escucha cómo llama a su hijo. A los pocos minutos, aparece Massimo en la puerta, con su padre detrás.

—Pasa, pasa —le dice—. Es un conocido que busca a sus parientes, padre.

El padre no dice nada, gruñe un poco y se retira.

—Vamos a mi cuarto, en el altillo. Imagino que querrás conversar en calma, ¿no? Sígueme.

El altillo es un espacio amplio, con unos ventanucos que dan a la calle y al fondo. Hay unos estantes con libros y papeles, un escritorio en el medio de la habitación, un pizarrón con algunas anotaciones escritas con tiza y, en un rincón, una cama marinera. Massimo le señala una silla y permanece de pie. Tomassino toma asiento. ¿Por dónde empezar? Por el final. Y sin dudar. Se retuerce un poco las manos. ¿Está seguro de dar este paso? Sí. ¿Qué cree que conseguirá con esto? No lo sabe, pero algo le dice que debe hacerlo. Quizá se lo debe a sus padres.

—Hay algo que me gustaría decirte. Puede que te sorprenda.

Massimo lo mira sin que se le altere ni un músculo del rostro, como si estuviera acostumbrado a estas situaciones.

—No te dijimos toda la verdad. Pensamos que no nos creerías.

—¿De qué estás hablando?

—Brunetto es el apellido de mi madre. El de mi padre es Ambrosini. Mi padre es el hermano de tu madre, Margherita. Por lo tanto...

Massimo da un silbido y camina con pasos cortos y fuertes. Cada tanto se detiene, lo mira y retoma el ir y venir de animal enjaulado.

—¡Esa sí que es una sorpresa! —dice por fin, y de pronto sonríe.

Tomassino no se esperaba eso. ¿Entonces no le cayó mal la noticia?

—Cuéntamelo todo desde el principio. Y no te guardes ningún detalle. Realmente, estoy sorprendido. Mis padres no hablan de lo que dejaron atrás, nunca. Como si la vida hubiera empezado en el momento en que llegaron a Montevideo, hace diez años. Yo era un niño y no recuerdo casi nada.

Tomassino resume lo que considera lo más importante de la historia; de cómo los fascistas italianos mataron a su padre, cómo su madre, Leda, cruzó la frontera y se refugió en Marsella, después de un largo viaje; de cómo falleció de tuberculosis y les dijo que buscaran a ese pariente en Montevideo. Dice que viajaron como polizontes en el *Conte Verde* y que llegaron hace menos de diez días. Eso es todo.

—¿Y cómo te diste cuenta de que somos primos?

—Don Beppo los mencionó a tu padre y a ti, dijo que habláramos contigo, Massimo Scalante Ambrosini, para distinguirte de tu padre. Tu segundo apellido me puso a pensar.

No puede decir que en realidad fue su bisnieto, Javier, el que se dio cuenta del asunto.

—Quiero que sea un secreto entre los dos. No me gustaría que se lo contaras a tu padre, porque creería que venimos a pedir limosna, y no es el caso. Tengo trabajo y nos las arreglamos bien.

—De acuerdo. Será un secreto. Comprendo tu inquietud y la de tu hermana. Y lamento lo de tu padre. Mussolini se merece la horca, realmente. Lo que me has dicho me

interesa mucho porque, como expliqué, mis padres jamás hablan del pasado en Italia. Es un profundo misterio. Y no me corresponde a mí hacerles preguntas incómodas. Pero prestaré atención. ¿En qué puedo ayudarte?

—Tu padre trabaja en los talleres, ¿no es así?

—Así es. Es metalúrgico y consiguió trabajo allí. En diez años, se hizo un nombre. Ahora es jefe en la placa giratoria. Está al frente de una cuadrilla de diez hombres. Y mantiene una relación bastante buena con la directiva. Con esto del Mundial hubo momentos tensos, porque nadie se esperaba que Gran Bretaña no participara, ¡son los que inventaron este deporte! Y la compañía tiene su propio equipo de fútbol, sin distinguir entre obreros, empleados y directivos. Acá, el fútbol y el ferrocarril están estrechamente vinculados; una historia fascinante, por cierto.

—No conocemos nada de la historia de este barrio tan populoso. Nos gustaría saber más. ¿No quieres venir un día de visita y nos cuentas?

Massimo sonríe y asiente muy contento.

—¡Claro que sí! ¿Qué tal si lo hacemos ahora? Ya terminaste de trabajar, y yo hice las tareas del liceo.

¿Tan fácil todo? Bueno, los italianos son así, abiertos si les caés bien, con sentido del humor y grandes gesticuladores. Al menos muchos, salvo los del norte. Esos sí que son taciturnos y desconfiados.

—Me parece una buena idea. Mi hermana dijo que prepararía una sorpresa para la cena. Y don Beppo estará encantado, estoy seguro. Creo que está bastante solo. Ha sido muy bueno con nosotros.

—A don Beppo lo quieren todos; jamás se pelea con nadie, y siempre está presto a dar una mano al que la necesite. Vamos, pues.

Caminan unas cuadras en silencio, y Massimo piensa en lo que le contó Tomassino: primos. ¡Si encontrara algún documento que probara que es cierto! No hay motivos para que sea una mentira, piensa, y la idea de que sean parientes no le disgusta para nada.



CAPÍTULO 8

LOS APRENDICES DE VIAJEROS EN EL TIEMPO





PEÑAROL, 12 DE JULIO, 1930

Después de darle algunas vueltas y preguntarle a don Beppo cómo llegar al Field de Pocitos, los cuatro toman el ferrocarril rumbo a la Estación Central. De allí al estadio deben tomar un ómnibus que los acerque a la zona y después caminar por caminos de tierra y algunas calles en mal estado y atravesar el Parque Chivero por caminos y arroyos cuyos nombres ignoran: arroyo de los Pocitos, de la Buena Moza, puente de las Ranas, calle del Puente. Federica y Javier están viendo el inicio de una época y se estremecen. Hoy, en esa zona ya no queda nada de todo esto, más que un monumento al arco del primer Mundial y el recuerdo de una épica.

Massimo está en clase y no los acompaña, y Tomassino se las ingenió para no ir al taller, gracias a las buenas artes de don Beppo. Intuye que algo hay entre él y esa jovencita apasionada, Federica, y se alegra. ¿Cómo no lo va a ayudar a hacerse una rabona? Faltaba más. Y su querida Giulia sabe que le asiste razón. ¡Ah, Cupido!

—Recorramos un poco el campo y vayamos hasta el arco. ¡Qué emoción! ¡Y mañana se juega la apertura, acá mismo!

Tomassino y Federica se apuran hasta los tirantes de madera, seguidos por Javier y Antonella, que conversan muy animados. Ella le habla del bisabuelo con una emoción visible y Javier para la oreja. ¿Acaso estos dos...? Tomassino, de espaldas, saca el celular del bolsillo y se lo muestra a Federica. Allí está la última foto que ella le mandó, con esa sonrisa contagiosa y el brillo fogoso en la



mirada, directamente clavada en la de él. Ella saca el suyo y le muestra su estado: en la foto está Tomassino, con la gorra y el rostro entre serio y burlón. Ambos sonríen y, de espaldas al arco, se sacan una selfi. No saben que esa selfi hará historia y será muy importante... en el futuro. Sin proponérselo, las manos se rozan y es como si se moviera el piso. Sin querer, Federica se sonroja por completo y se mira los pies. Tomassino solo sonríe. De pronto, aparecen dos guardias que tocan el silbato, hacen ademanes poco amistosos y corren hacia ellos.

—¡Estamos en problemas! ¡Rápido, al alambrado!

Los cuatro salen disparados y los guardias atrás. Antonella se tropieza y lanza un grito de dolor. Javier corre y la ayuda

a avanzar. Tomassino y Federica van adelante y miran para todos lados. A varios metros está el alambrado... ¡altísimo!

—No podemos dejar que nos atrapen. ¡Vamos para allá!

Los guardias maldicen cuando los ven escaparse por una rotura y llegar a la calle. Los cuatro siguen corriendo para alejarse del campo de fútbol. Por fin, se detienen.

—¿Cómo estás, hermanita?

Tomassino se agacha y le masajea el tobillo. Está un poco hinchado, pero no parece nada grave.

—Don Beppo seguro que tiene algo para la hinchazón —lo tranquiliza Antonella.

Los cuatro están acalorados y con la respiración entrecortada.

—Creo que debemos volver —dice Antonella y le tira de la manga a Tomassino.

—Sí, es cierto. Vamos. Don Beppo debe de estar preguntándose dónde nos metimos.

—¿Hablaste con el Tano, Tomassino? Digo, por lo del 15 —quiere saber Javier.

—Quedamos en vernos hoy después de que salga del taller.

—Bien; queda en tus manos, no lo olvides.

—Entonces, nos veremos nuevamente dentro de unos pocos días, el 18. Asistiremos al partido Uruguay-Perú. Incluido Massimo —dice Javier, con voz misteriosa.

—Genial, Javi, genial. Leíste sobre ese partido, viste algunos fragmentos en YouTube y ahora lo vas a ver en serio, en persona, en vivo y en directo. Es muy fuerte —se dice y se pellizca la palma de la mano.

—¿En serio? —se asombra Antonella.

—Es una sorpresa, ya verán.



PEÑAROL, 12 DE JULIO DE 2030

Esta vez, sí sienten el mareo y esa especie de viento huracanado que los mueve de un lado al otro. Aterrizan en el cuarto de Javier y de inmediato Federica se pone pálida como un zombi.

—¡Javier! ¡Ay, Javier! Me acabo de dar cuenta de algo espantoso.

—¿Qué pasó ahora?

—¿Viste cuando fuimos con Tomassino a ver el arco? Nos sacamos una selfi con el celu de él y cuando salimos corriendo, por los guardias, yo sentí un ruido, me di vuelta y vi que se le caía del bolsillo. Pero si volvía a buscarlo, nos hubiéramos metido en un gran lío.

—¿Y dónde se le cayó?

—Ahí, junto al arco. Espero que no les pase nada, es lo que nos faltaba. Si uno de los guardias lo encuentra... van a saber que fueron ellos.

—Además, de aquí al 18 no tenemos cómo comunicarnos con ellos. No vamos a saber qué pasó con lo del Tano y el sabotaje y andá a saber qué más. Un desastre. ¡Soy un penal!

—Tranquilízate, Fede, que igual no podemos hacer nada. Seguro que el pasto se lo traga y listo. No tenemos otra.

—Ojalá. Ojalá. Nadie puede saber lo que hacemos.

Pero la inquietud no se aplaca. Al contrario, con el paso de las horas, la cosa empeora y cuentan los días que faltan para volver a 1930. De todos modos, intentan concentrarse en la información que necesitan. Pero cuánto más buscan, más interrogantes surgen y la cosa parece de nunca acabar.

—Fijate, Javier, busqué algo sobre la escultura de la Torre de los Homenajes. Nadie sabe decir por qué no se la llegó a colocar, salvo que no dio el tiempo y que la plata no alcanzó. Lo raro es que, hasta el día de hoy, allí no hay nada. Como si su ausencia quisiera significar algo, aunque no entiendo qué. Parece que en 1947 hubo un llamado a concurso que ganó José Luis Zorrilla de San Martín, el escultor. Pero solo hizo la maqueta, que nadie sabe dónde está. Mirá, acá hay una reconstrucción en 3D y más o menos se cree que era así.

Ambos miran un video en YouTube y allí está, el Estadio Centenario tal como quedó terminado en 1930 y como se puede ver en algunas fotografías expuestas en el Museo del Fútbol.

—Deberían hacerla para este Mundial, me parece —opina Javier muy serio.

—Excelente idea, Javi. ¡Lástima que nadie nos va a hacer caso!

—Ya sé, ya sé. Yo también encontré algo interesante. Te lo leo. «Sobre el asunto de que no hubo un encuentro por el tercer puesto, el hijo del jefe de la selección yugoslava, Kosta Hadži, dijo que su país había sido premiado con la medalla de bronce por haber sido derrotado por los campeones de la semifinal. En 2010, dijo que él y su familia la habían guardado durante ochenta años, pero hasta ahora no se reconocen el origen ni

la autenticidad». Y también encontré un articulito muy breve, del boletín de la FIFA de 1984, que dice que el partido por el tercer puesto sí tuvo lugar, y Yugoslavia le ganó a Estados Unidos 3 a 1. Eso es llamativo, porque no hubo un partido por el tercer puesto, que se instaló a partir del Mundial de 1934. ¿Se jugó ese partido o no se jugó? No sé. En eso estamos.

—¡Fa, Javi! ¡Salado! ¿Te parece que nos enteraremos de algo de eso?

—Supongo que si vamos a ver ese partido, sacaremos algo en limpio, ¿no? Bah, no sé por qué dije eso —dice Javier y se sonroja.

—¿Qué día es hoy? ¡Tengo un mareo de novela!

Federica se revuelve el pelo, señal de que realmente está cansada y nerviosa.

—Hoy es viernes 12 de julio, Fede. Lo que pasa es que fuimos y vinimos en un periquete, por eso estás confundida.

—Es que me da la impresión de que en un par de horas pasan cosas como si fueran días. La verdad es que... deberían mejorar un poco esto de los viajes en el tiempo. Algo así como el *jetlag*, ¿no te parece?

Javier sonríe, pese a todo, el Fede no pierde su sentido un poco irónico del humor.



PEÑAROL, 12 DE JULIO, 1930

—Me voy a dormir, mis queridos niños. Mañana temprano, antes de ir a la estación, me daré una vuelta por el

cementerio a ponerle flores a mi queridísima Giulia; es aniversario de su fallecimiento.

Antonella se levanta de la mesa y lo abraza con fuerza.

—¡Don Beppo! ¡Y no dijo nada! ¿Quiere que lo acompañe? No se ponga triste, por favor.

—Mi querida, tantas gracias por tu cariño. Pero me gusta conversar a solas con ella y contarle cómo va todo. Ella después me responde y nunca se equivoca. Pero le hablaré de ti y de tu hermano. Se alegrará de que yo no esté tan solo como antes. Lo sé.

Se restriega los ojos; con disimulo se seca una lágrima que está a punto de asomarse y se retira con pies cansados.

Cuando se quedan solos, Antonella mira fijamente a su hermano.

—¿Hablaste con el Tano sobre lo del 15?

—Sí, lo hice. Al principio, le costó creermelo, pero cuando le dije lo de la placa giratoria y lo del padre de Massimo, prestó mucha atención. Dijo que se ocuparía y que en estos días estaría atento a los movimientos en el taller. Nadie quiere problemas, y menos en este momento.

—¿Y tú qué debes hacer?

—Estar alerta a cualquier cosa que me llame la atención, que se salga de la rutina. En ese caso, debo avisarle de inmediato. Dijo que se ocuparía.

—¿Tú crees que le pasará algo malo al padre de Massimo?

Solo de pensar que puede ser culpable del sufrimiento del bisabuelo, se le pone la piel de gallina y se le encoge el corazón.

—No. Creo que el Tano hará las cosas de manera tal que nadie sospeche del padre de Massimo; estoy seguro de eso. No es anarquista y sabe cómo son esas cosas. Todo requiere de un tiempo, un modo de organizarse. Un problema semejante no ayudaría en nada a avanzar. Ya lo sabemos, ¿no?

Antonella se tranquiliza un poco. Massimo le propuso ir a buscar a Bianca a la escuela un día de estos, y no quisiera que las cosas se complicaran tanto y ese paseo quedara en la nada. Ahora piensa menos en Javier, pese a que el encuentro la sacudió bastante. Pero se hace a la idea de que Javier viene del futuro y pertenece allí, no a este siglo ni a este momento. Suspira y termina de levantar la mesa. Entonces piensa en Federica.

—¿Y cómo vas tú con Federica?

A su pesar, Tomassino se pone colorado y desvía la mirada.

—Como siempre, como siempre. Es una buena amiga.



PEÑAROL, 13 JULIO, 2030

—Javier, pasado mañana es el sabotaje. ¿Por qué no vamos a la biblioteca del Palacio Legislativo y revisamos la prensa? A ver si hay alguna noticia. No sé, del 15 o del 16 de julio de 1930. Dale, no me aguanto de los nervios.

—¿Y eso para qué nos sirve?

—¡Javier! Tomassino se la está jugando por todo esto, por el primer Mundial y quién sabe si no también por el

de este año. Donde pase algo, me da un ataque. Además, la biblioteca debe de estar vacía, solo para nosotros. Con esto del Mundial, la gente está en el estadio o sentada en sus casas viendo el partido por la tele.

—Pensé que lo veríamos.

—¡Ni loca! ¡Me muero de los nervios! Prefiero enterarme de a poco, por el celu. Dale, vamos de una vez. No banco más.

—Bueno, pero le aviso a Michel. Quedamos en vernos después del partido y eso.

—Dale, avísale y nos vamos.

Caminan hasta la parada y esperan el 150. Por primera vez, va prácticamente vacío. Javier tiene razón. La gente está concentrada en el Mundial. En media hora llegan, porque tampoco hay tránsito en las calles. Es más, Montevideo se ha vuelto una ciudad silenciosa, tanto que da miedo. Y, por si fuera poco, se percibe la electricidad en el aire. Las banderas en todas partes hablan por sí mismas. Más que hablar, gritan.

En el anexo, dicen que son estudiantes y que están haciendo un trabajo sobre 1930. La funcionaria les pide las cédulas y les indica cómo llegar a la hemeroteca. También allí reinan la soledad y el silencio. ¿Se habrá acabado el mundo y no se dieron cuenta?

Buscan los periódicos de ese año y fecha y los revisan una y otra vez. Ni *El País*, ni *El Día*, ni *Tribuna Popular* ni ningún otro hacen mención a un sabotaje el 15 de julio ni el 16 ni nada. No ocurrió nada. Los devuelven a su lugar, un poco más tranquilos y retiran las cédulas en la entrada.

—Tomassino lo logró —respira aliviada Federica, aunque sabía que lo haría. A veces piensa en él con tanta intensidad que se asusta.

—¿Y ahora qué?

—Volvemos y vemos en qué va el partido. ¿No?

—En el primer Mundial, mañana juegan Rumania y Perú. No me lo imagino, sinceramente. ¿Buscamos en YouTube? —dice Javier.

En realidad, siente curiosidad por ver aquellos partidos. No es que el Mundial de este año no le interese, pero como siente que vive en tiempos paralelos, vibra más con la emoción del primero. El origen de todo. Y tiene razón. Sin aquella hazaña, todo lo demás carecería de sentido.



PEÑAROL, 15 DE JULIO, 1930

La locura es generalizada. La gente está pendiente de la transmisión de radio y espera, mordiéndose las uñas. Juegan Argentina y Francia, y todos hinchaban por Argentina, los primos hermanos. Nadie imagina que la final será entre Uruguay y Argentina.

De mañana temprano, el Tano sale de su casa, con la vianda en una mano, silbando una tonada tranquila. Llega antes que nadie a los portones del taller, arma un cigarrillo, lo enciende y aspira con suavidad. Después, hace unas volutas con el humo y mira el cielo. Hace frío, pero parece que habrá algo de sol. Eso le levanta el ánimo a cualquiera. Más allá del fútbol, las cosas se están poniendo

complicadas. Al rato, ve aparecer a Massimo Scalante con el overol, dando grandes pasos.

—Hola, Tano. No esperaba verte tan temprano por aquí.

—Don Massimo, me gustaría conversar con usted. Lo invito a un café en El Primavera. Todavía falta media hora para que suene la campana.

Por el tono de voz, Massimo Scalante se da cuenta de que algo ocurre y acepta. Caminan hasta el bar en silencio, cada uno metido en sus pensamientos. Después toman asiento al fondo, lejos de las ventanas.

—Es mejor que lleguemos tarde al trabajo, don Massimo, usted me entiende. Más vale una sanción por llegar tarde y no por algo más grave. Al fin y al cabo, usted es el jefe de la cuadrilla de la placa giratoria. Cualquier cosa que ocurra allí recaerá sobre usted.

Massimo Scalante disimula el leve temblor en la mano que sostiene el vaso de café negro, y no dice nada.

—Así que le propongo conversar sobre el Mundial, ¿le parece?

Massimo Scalante asiente, pero no dice ni una palabra, y el Tano monologa hasta que pocos minutos después ven pasar un patrullero rumbo a los talleres haciendo sonar una sirena.

—Parece que encontraron la caja, don Massimo —murmura el Tano sin sonreír—. Capaz que es mejor que se vaya a su casa y dé parte de enfermo. Con estos fríos, cualquiera se agarra algo, ¿no?

Massimo Scalante termina de beber el café y deja el vasito con calma sobre la mesa.

—¿Y qué quieres a cambio?

—Nada. Pero me debe una. En algún momento se la cobraré.

Massimo Scalante se pone de pie y se arregla el pelo oscuro. Lo mira con una mezcla de rabia y respeto. Se la hizo bien. Le gustaría saber cómo se enteró. Pero en estos tiempos, todo es posible. Seguro que el Tano es socialista o algo así. Son expertos en estos asuntos.

—Nos vemos en unos días.

—Don Massimo, yo que usted renunciaba al puesto en la placa giratoria. Mal que mal, algo se olerán. Quizá sea mejor un cambio de aires, ¿no?

Massimo Scalante se alza de hombros. Lo pensará, se dice. ¿Pero qué hacer?



PEÑAROL, 18 DE JULIO, 2030

—Hay algo que no entiendo. ¿Por qué Erre nos dio entradas para el partido entre Uruguay y Perú? La final será el 30 de julio, eso tendría más sentido.

—No, él tiene razón. Está preparando el terreno para algo, aunque no sé qué.

—¿Entonces no veremos la final allá?

—Y no... Vemos la de este Mundial, es mucho más importante. Total, sabemos cómo terminó, ¿no?

—Bueno, sí, Uruguay le ganó a Argentina por goleada, 4 a 2.

Pero tampoco Javier le encuentra el sentido a todo esto.
A menos que...

—Fede, ya sé por qué debemos ir.

—¿Así? ¿Y por qué?

—Para saber qué pasó con el sabotaje y para darle a Tomassino un celular nuevo. Es obvio.

—¿Me querés decir que Erre sabía todo lo que iba a pasar? Nos hubiera avisado antes y todo este embrollo no pasaba.

—Ay, Fede. Es que no terminás de entender el asunto. No podemos intervenir, no podemos cambiar el pasado. Eso capaz se puede hacer en el futuro, pero no ahí. Tomassino perdió el celu porque andaba boludeando contigo. Y ta. Eso no se puede modificar.

—No te metás con Tomassino. No estaba boludeando. Hablábamos de cosas importantes. Sabelo.

—Tenés razón, es que me puse un poco nervioso. Es que lo de Michel... ya sabés.

—Sí, sí. Pero, ¿encontraste alguna foto?

—Nada, nada. Es como si mi bisabuelo hubiera estado distraído ese día. No hay nada.

—Capaz que hay algo en el cuaderno con las anotaciones. Puede ser que guardara algo para sus memorias. No tenemos demasiado tiempo.

Es cierto. Son las diez de la mañana y los minutos pasan, implacables. Revisan con manos temblorosas el cuaderno y cuando están por darse por vencidos, entre dos páginas un poco pegadas entre sí por la humedad, aparece una foto

no demasiado grande en que se los ve a los cuatro, saliendo de la casa de don Beppo.

—Aprontate que allá vamos —atina a decir Federica cuando el viento y el mareo la arrastran—. Insisto, deberían inventar una manera menos dramática de viajar en el tiempo. Seguro que Erre la pasa mejor que nosotros —agrega, y Javier apenas comprende lo que dice.



PEÑAROL, 18 DE JULIO, 1930

—Y ahora la sorpresa —dice Javier un poco mareado todavía—. Aquí tengo entradas para el partido de hoy. Cinco entradas, y somos cuatro. ¿Invitamos a Massimo?

Tomassino sonríe y comprende. Acaban de llegar, se nota. No ha viajado en el tiempo, pero de pronto recuerda claramente la expresión un poco extrañada de Javier cuando aparecía en el *Conte Verde* con una excusa cualquiera.

—Vayamos a buscarlo. ¿Qué le decimos?

—Que fue obra de don Beppo. Él tiene sus conexiones, ¿no?

Tomassino camina junto a Federica y le sonríe. Ella le devuelve la sonrisa y disimula un poco la alegría que siente de verlo. Él, sin embargo, se da cuenta y le hace un comentario que la deja perpleja.

—Supongo que en tu época las cosas han de ser muy distintas, ¿no? Me gustaría que me explicaras, aunque deberemos disimular.

—¿Y de dónde sacas esa idea? —repregunta Federica muy sorprendida. Es lo que menos se esperaba.

—De mis padres, naturalmente. Para querer cambiar las cosas, primero debes cambiarte a ti mismo.

Pronto llegan a lo de Massimo y Federica le aprieta la mano a Javier para darle ánimos. Estará frente al bisabuelo, y se imagina sus sentimientos y su aprehensión. Es todo un poco loco, pero desde hace no tanto, la realidad se ha vuelto verdaderamente sorprendente. Antonella se apura por el jardincito, seguida por los demás y golpea la puerta. Massimo es quien abre y los mira con sorpresa. Antonella le sonríe y le dice que salga, que tienen una invitación que hacerle. Les presenta a Javier y a Federica como amigos del vecindario y a Massimo no parece llamarle la atención. Javier lo observa, atónito. Si su bisabuelo supiera que está viendo a su bisnieto. ¿Podría creerlo? Javier opina que sí, que su bisabuelo es capaz de eso y de mucho más. Pero no dice nada y le tiende la mano.

—Javier... —duda un instante y agrega—: Javier Medalla, encantado.

Federica sonríe y se acerca.

—Federica Huertas. Tomassino nos ha hablado de ti.

Entonces Tomassino dice que don Beppo les ha conseguido entradas para ver el partido de esa tarde y pensaron en que le gustaría acompañarlos.

—¡Por supuesto! Voy a por mi abrigo y vuelvo. Un segundo.

Después regresa y le sonríe a Antonella.

—El lunes, ¿no es así? Buscaremos a Bianca.

—Sí, claro —responde ella, sonrojándose al instante.

Javier se acerca a ellos.

—Dicen que te gusta este deporte, el fútbol, ¿no es así?

—Sí, estoy guardando todo lo que encuentro sobre este mundial. Desde el principio, desde que el *Conte Verde* zarpó de Génova. Entiendo que Tomassino y Antonella viajaron allí. Espero que un día me cuenten lo que vieron. Aspiro a escribir un libro sobre todo eso.

Javier sonríe para sus adentros. ¡Si supiera!

—Vamos a tomar el tren. Nos espera el Estadio Centenario, recién inaugurado. Y es el aniversario de la Jura de la Constitución —dice Massimo, muy serio.

—Entonces entonaremos el himno —dice Federica, que detesta todo eso.

Y dale con el himno y los símbolos patrios. ¿A quién le interesan? Algún día Javier le dirá lo que le respondió su tío abuelo Arturo cuando hizo el mismo comentario, y terminó por convencerlo.

Efectivamente, el Centenario rebosa de gente que enarbola la bandera uruguaya con ganas. Dicen que hubo reventa de entradas y que hay personas que se cuelan como pueden, y la policía no da abasto. Se ubican en las gradas y esperan a que ambas selecciones salgan a la cancha. Massimo dice que el juez es el belga Joan Langenus, del que se habla muy bien. Es evidente que por los peruanos no hincha nadie. Sin embargo, la defensa peruana no es mala y pone a la selección uruguaya en aprietos. El primer

tiempo termina o a o y el público, descontento, silba y grita. Pero el segundo tiempo cambia todo.

Y cuando Héctor Castro, el *Manco*, recibe la pelota de Urdirarán y convierte el gol que hace que Uruguay termine de ganar el encuentro, el estadio se viene abajo. ¡Increíble hazaña! Lanzó la pelota con una fuerza imparable y fue un golazo. Cuando termina el partido, a Castro lo llevan en andas y la gente aúlla: «Divino Castro, divino Castro». Los cinco se levantan, todavía eufóricos, y Javier le sonríe a Federica como si le dijera «viste que valió la pena». Todavía faltan dos semanas para la final, y pese a que Javier y Federica conocen el final de la historia, están tan emocionados como si no supieran nada. El público grita y festeja, ondean las banderas de Uruguay y se escuchan cantos alusivos que se adelantan al «Uruguay campeón» que todos llevan en el corazón. La muchedumbre celebra y se escuchan algunos tambores candomberos que festejan a su modo y homenajan al *Negro Andrade*. En las gradas y en las escaleras se ven algunos sombreros que fueron lanzados al aire en medio de la desbordante alegría. Javier no pensó que se emocionaría de ese modo, y Federica le aprieta la mano a Tomassino. Digamos que hay una felicidad y un orgullo que late en el aire de ese día frío de invierno. Pero la alegría y la emoción disipan la tarde invernal. ¡No es para menos!

Por fin, salen del gentío y regresan, emocionados, contentos, haciendo comentarios y bromas de todo tipo. En el ferrocarril, Massimo se las ingenia para sentarse junto a Antonella y Federica se dice que van a necesitar una

chaperona, sin duda. Pero eso es harina de otro costal. Le sonríe a Javier, que conversa animadamente con Tomassino. Si supiera que le reveló a Massimo parte de la verdad, no sonreiría de la misma manera. Pero no lo sabe, y lo dejaremos aún sin saberlo.

Cuando llegan a la estación de Peñarol, se despiden y se prometen volver a verse. Apenas Massimo desaparece de su vista, Federica le tiende a Tomassino un celular.

—Seguro que te diste cuenta de que perdiste el tuyo —le dice.

—Sí, claro, y me sentí bastante solo.

—Cuida este, es importante. De otro modo, no tendríamos cómo saber qué ocurre en estos lugares.

—Y yo no sabría de ti —responde Tomassino sin pensarlo.

Después caminan hasta la casa de don Beppo. Se detienen junto al portoncito y los cuatro se miran. No saben cuándo volverán a verse y eso los entristece un poco. Javier se despide de Antonella y la aparta un poco para que Tomassino y Federica se despidan y se digan lo que quieren decirse. Después, los gemelos entran y, antes de abrir la puerta, se dan la vuelta y les hacen adiós.

—Hasta la vista, *baby* —susurra Federica, sin saber hasta qué punto lo que acaba de decir es casi palabra de ley.



MONTEVIDEO, AGOSTO, 2023

En conmemoración de los cien años del primer Mundial de Fútbol, la FIFA decidió que el partido de apertura se



jugará en Uruguay. La sede no será en un solo país, sino que España, Marruecos, Portugal, Argentina, Paraguay y Uruguay se la repartirán.



ISLAS PITCAIRN, OCEANO ÍNDICO, JULIO, 2044

Erre sonríe para sí. Lo lograron. Vaya si se hizo justicia. Y esto recién comienza. Alza la copa y brinda con HR. Ambos están cansados, pero valió la pena.

—¿Qué tal será el entrenamiento de Javier y Federica?

—Con muchas preguntas, como me gusta. Saldrá todo bien. Se han abierto las puertas.



PEÑAROL, 19 DE JULIO, 2030

—Javier, no puedo más. Vámonos de acá.

Federica y Javier están en el patio del liceo. Todos hablan del Mundial, pero ellos no participan. Les preocupan otros asuntos, sobre todo, saber cómo va a seguir todo esto. ¿Qué deben hacer?

—Vamos a casa y pensamos en algo, ¿querés?

—Pensé que te ibas a encontrar con Michel.

—¿Estás celosa? —bromea Javier, pero un poco contento.

—Ni ahí. ¡Quién te creés que sos!

—Fede, metete esto en la cabeza. Sos mi gran amiga, no importa con quién yo ande. Como cantó Paco Ibáñez: «Tendrás amigos, tendrás amor, tendrás amigos».

—Conozco esa canción. Y cuando la escucho, me dan ganas de llorar.

—¿Por?

—¿Sos bobo o te hacés? ¿No te diste cuenta del metejón que tengo con Tomassino? Clarísimo que me sale amistad, Javi. ¿Amor? ¿A cien años de distancia? Ni que me fumara un faso.

Su amiga tiene razón y la abraza mientras caminan. Qué importan la matemática, las ciencias sociales o el partido de fútbol cuando tenés mal de amores. ¡Nada! ¡Nadita, nada de nada!

Cuando llegan a la casa de Javier, no dan crédito de lo que ven. Algo inaudito. Allí, en el jardincito delantero y sonriendo con cara casi de bobalicón, los espera Erre.

—Emocionante el partido, ¿no? El divino Manco se pasó. Y pasó a la historia. Vamos, tenemos que hablar. No tenemos mucho tiempo.

Javier mira a Federica y ella hace un gesto que Erre no llega a ver. Menos mal. Entran y suben directamente al altillo. Parece que es la cueva de las conspiraciones. Matemática es más sencillo que todo esto, sin lugar a dudas.

Erre se acomoda en el único sofacito disponible, y Javier y Federica se sientan en el piso y lo miran.

—Bueno, bueno, bueno —dice, contento—. Parece que la cosa está encaminada. Como nos gusta. Tengo una sorpresa para ustedes.

—Paso, gracias —casi ladra Federica.

—Nos vamos al Instituto del Futuro, año 2044. ¿Están preparados?

—Mis viejos me van a matar —dice Javier cuando Erre les tiende una foto imposible. Es un Photoshop bien montado, pero...

—¿Yo también? —quiere saber Federica a punto de rendirse ante la evidencia.

—Sí. Contengan la respiración un poco, porque es un salto, digamos, un poco impresionante.



ISLAS PITCAIRN, OCEANO ÍNDICO, JULIO 2044

Y vaya si lo fue.

Erre les presenta a HR, que los recibe con algo caliente y los ojos brillantes de la emoción.

—¡Por fin los conozco! Erre me dijo que tú, Javier, has pensado en algo relativo a los viajes en el tiempo y en esa cosa rara de saber que hay cosas que no podemos modificar.

Es medianoche, no hace frío y la casa de HR es acogedora. La sopa sabe bien, pese a que es sopa, y en alguna parte suena una música suave que aplaca los ánimos.

—Sí; es cierto. Me lo pregunté cuando conocí a los gemelos. Estaban allí y no sabían lo que les esperaba, o, mejor dicho, lo que ocurriría en Europa. Me armé un lío bárbaro, pero decidí no decir nada. ¿Quién soy yo para intervenir? Además, cualquier novela de ciencia ficción trata el asunto y las consecuencias son espantosas. Pero una cosa es una novela y otra es cuando te toca de cerca. No me gustó nada.

—¿Y qué pensaste?

—Bueno, algo así como que se puede corregir más adelante, entonces no se cambia nada del pasado.

—¡Tal cual! Diste en el clavo. De eso se trata.

—De eso se trata ¿qué? —exclama Federica, que detesta que no la tomen en cuenta.

Erre se ríe con fuerza mientras disfruta de un vaso de whisky de malta.

—¡Calma! En la viña del señor hay de todo para cada uno.

Y vuelve a reír con fuerza, sobre todo porque es ateo confeso.

HR les cuenta de qué va la cosa, y ambos quedan sorprendidos con el asunto.

—Javier, ¿en serio pensaste en algo así?

—Hmff —resopla Javier, sin responder.

—El plan es este. Y, antes que nada: espero que puedan arreglar sus agendas. Porque el Instituto del Futuro quiere entrenarlos.

—¿Agendas? ¿Qué? No podemos quedarnos aquí, por más que pudiera interesarnos. Tenemos catorce años, vivimos con nuestros padres. Se armaría un lío impresionante. Ni modo.

Federica mira a Erre y a HR como si estuviera viendo a dos gandules hablando estupideces. ¿Para eso los trajeron? Por favor. Piensen un poco.

Pero ellos han pensado en todo.

—Mañana conocerán algunas personas, que les explicarán un poco todo. Después, ustedes volverán a su época, y nosotros viajaremos allí para darles el entrenamiento que necesitan. Se vienen tiempos agitados y los necesitamos.

—¿Y qué pasa con los gemelos? —dice Federica y los deja a todos atónitos.

—¿A qué te refieres?

—Son nuestros amigos, nos han ayudado, y supongo que lo seguirán haciendo. Si no, no nos hubieras dicho que lleváramos un celular. Sabías todo de antemano. Así que ellos también cumplen una función.

Erre la mira con gran interés. Federica es inteligente y no tiene pelos en la lengua. Es cierto lo que dice, y le debe una respuesta franca.

—Es cierto. Son parte del asunto, y más de lo que crees.

—Ah, bien. Me alegro escucharte. Puedes continuar.

Es como si Federica se hubiera adueñado de la situación.

—Y esas personas, ¿quiénes son? ¿Podemos confiar en ellas?

—Y sí. Por algo estamos todos aquí. Cuando conozcan el Instituto, comprenderán más.

—De acuerdo —dice Federica—. Estamos un poco cansados y necesitamos dormir. ¿Alguna idea?

Vaya, vaya, se dice Erre. Esta jovencita, además, ha visto muchas series en alguna plataforma. Le cae bien. Será una buena viajera, quizá menos reflexiva que Javier, pero más de tomar el toro por los cuernos. Una combinación ideal. Algo así como Batman y Robin. No, qué disparate. Robin... No, no, se dice Erre, la comparación es pobrísima. ¿Don Quijote y Sancho Panza? Tampoco. Bueno, ya pensará en algo.

HR les dice que hay un lugar arriba para ellos. Que pueden descansar tranquilos. Erre se despide; mañana temprano pasará a buscarlos. Después volverán a su tiempo y las cosas serán como deben ser.



PEÑAROL, 21 JULIO, 2030

—¿Lo soñamos o sucedió de verdad?

—Sucedió, Fede, en serio que pasó.

—Y ahora ¿qué hacemos?

—No sé, esperamos que aparezca un lunático y nos diga algo. Mientras tanto, deberíamos estudiar un poco, ¿no?

—Sí, tenés razón. Pero qué embole. Andá a saber qué nos enseñan. Yo qué sé. ¿Vos?

—Ni idea. Aunque no creo que sea como en las pelis, en que aprendemos a pelear, a mandar mensajes y esas cosas. Me parece que tiene algo que ver con qué es ser un viajero en el tiempo; algo así. Cómo hay que comportarse, qué se puede, qué no...

—Capaz que tenés razón, Javi. Suena bastante razonable. Pero dale, vamos a estudiar un poco.

Pero en cuanto se sientan ante los apuntes abiertos y los ejercicios, suena el timbre. Javier sale del cuarto y sabe con quién se encontrará. Pero no, no es Erre. Es HR.

—¿Puedo pasar? Es mi primer viaje y estoy un poco mareado. No sé cómo hacen ustedes.

Javier lo conduce hasta su cuarto. Federica alza la vista y se sorprende al verlo.

—Bueno, me tocó a mí entrenarlos. Qué le vamos a hacer. No tenemos mucho tiempo. Escuchen con atención y, si no entienden, me preguntan.

Pero Javier y Federica entienden todo rápidamente y son pocas las preguntas que hacen. Una sí, que HR dice que es sorprendente, porque hasta ahora casi nadie la ha planteado.

—¿Y qué sentido tiene todo esto? Lo de reparar injusticias del pasado. No parece tan importante —dice Federica después de escucharlo atentamente.

—Claro que tiene un sentido, Fede. ¿Nunca te pasó de querer reparar algo que ocurrió en algún momento? No digo no haberlo hecho, si no, encontrar la forma de repararlo.

Federica piensa en su madre, en su padre abandonico y en el Lalo. No, nunca quiso reparar algo. O quizá sí. Le

hubiera gustado convencer a su madre de rebelarse antes de su padre, mandarlo al demonio y no haberlos expuesto a tanto dolor. Pero HR se refiere a otras cosas, no a una historia personal.

—No —responde muy segura.

—Yo sí te entiendo —interviene Javier y de pronto siente un gran alivio—. Seguí con tu explicación.

Así pasan las horas, se hace de tardecita y todos están cansados.

—Mis viejos están por volver. ¿Podemos seguir mañana?
—suspira Javier.

—Claro. Ya no nos falta mucho.

—¿Y dónde te quedás?

—No te preocupes, recursos no nos faltan. Pero una cosa más, jóvenes, nunca jamás, pase lo que pase, pueden adelantarse al futuro que saben que ocurrirá. Eso está completamente prohibido.

Federica comprende de pronto a qué se refiere HR.

—¿Eso significa que sabés lo que nos va a pasar a nosotros, a Javier y a mí, y no nos vas a decir nada? Nos vas a dejar que pase y si es una porquería, nada, te lavás las manos.

—No voy a decir nada, porque las cosas tienen que ocurrir. Digamos que hay una interesante mezcla de azar y de destino, en la que los seres humanos no deben intervenir. Después se ve.

—Qué fácil lo tuyo —responde enojada—. Pero ta. Nos vemos mañana.

HR se despide y Javier lo acompaña hasta la puerta.

—Y, ¿qué pensás?

—La verdad, es que estoy en una peli distópica y no sé cómo salir. Me siento como Truman en el *Truman Show*. Pero bueno. Vamos a ver. Tampoco tenemos otra alternativa, ¿no? Y todo comenzó por aquella foto tuya con una banderita en aquel puerto. Si hubiéramos sabido, Javier, en el lío que nos metíamos, ¿qué habríamos hecho?

—Exactamente lo mismo —responde Javier sin dudarlo; y después agrega—: como dijo HR, una rara mezcla de azar y destino.

La mira y se da cuenta de que Federica está pensando en hace cien años. Lo siente por ella. No ha de ser fácil querer a alguien que vive tan lejos en el tiempo y tan cerca en el espacio. Y todo por un Mundial de Fútbol; perdón, por dos.

—Te acompaño hasta tu casa, Fede. Ya oscureció y...

—Dale, todo bien. No tengo ganas de irme sola. Estoy como impresionada.

—Yo también.



CAPÍTULO 9

LA DECISIÓN DE FEDERICA





PEÑAROL, 28 DE JULIO, 2030

La semifinal promete ser portentosa. Uruguay se juega la clasificación a la final, contra una de las selecciones más poderosas del mundo. Sin embargo, emulando la final del primer Mundial, el de 1930, los fanáticos y los periodistas deportivos están convencidos de que Uruguay lo logrará. De ser así, habría seis estrellas en la camiseta, el triunfo de David contra Goliat.

Gracias a las buenas artes de Erre, Federica, Javier, Tomassino y Antonella verán el partido que se transmitirá en una pantalla gigante, en la tribuna América. Y, por si fuera poco, Federica decidió llevar al Lalo, que no sale de sí de la emoción y la euforia. Lleva una banderita de Uruguay en una mano y un chupetín enorme en la otra. Ha de ser el niño más feliz de la Tierra, piensa Javier. Tomassino se ve distinto, y con disimulo se sienta junto a Federica. Javier sonríe para sí. Y también, porque quedó con Michel en que después del partido se encontrarán en su casa a comentar todo. Suspira. Le gusta mucho Michel, un joven amable, tranquilo, que quiere estudiar física nuclear. La primera vez que lo tomó de la mano, una corriente eléctrica lo recorrió de pies a cabeza y supo que era el indicado. Pensar en él lo emociona. ¿Y Antonella? Piensa en Massimo. Hace poco, la invitó a ir a buscar a Bianca, la hermanita, a la escuela. Y con esa excusa, fueron a tomar un refresco y a que jugara en la plaza. Massimo le contó que estaba escribiendo unas crónicas sobre el primer Mundial, y que le gustaría que

ella las leyerá. Antonella le dijo que sí, naturalmente, y se alegró mucho.

Suenan los himnos de cada país, y el público se pone de pie. Las banderas ondean y la Torre de los Homenajes es imponente. Hay cámaras de televisión apostadas junto a la cancha, y las dos selecciones cantan con la mano derecha en el corazón. ¿En qué piensan?

El partido transcurre tan rápido que los noventa minutos y el alargue y el desenlace por penales, visto a la distancia, parece que duró apenas unos segundos. El grito se replica en toda la ciudad: ¡Uruguay pasó a la final!

La gente abandona las gradas dando gritos y riendo, sin terminar de creer lo que ha sucedido. Y pronto, se repite la celebración del maracanazo.

—¡A 18 de Julio! —es el grito que parece la voz de un gigante, un dios del Olimpo, el propio Zeus.

Y hacia allí va la gente. Y los cuatro y el Lalo también. El gentío es impresionante y no le ha dado tiempo a la policía a armar algunas vallas, porque la gente toma las calles y parece ocupar todo. Las aceras están rebosantes de fanáticos que gritan y cantan.

—Vamos a bajar a la calle, Lalo, es mejor —dice Federica y bajan a la calzada.

El Lalo está feliz con una banderita que le dio Federica y sonríe de oreja a oreja. Mira a su hermana y a Javier, que intenta alcanzarlos, pero parece que la muchedumbre se lo traga como si fuera una enorme boa. Sin querer, se suelta de la mano de Federica, sin que ella se dé cuenta. Un hombre a su lado parece notar lo que ocurre y se le acerca



y se inclina para decirle algo en el oído. El Lalo lo mira, pero el rostro empieza a borrarse hasta que se convierte en un óvalo difuso, y luego se desparrama en la calzada, los ojos cerrados. Algunos hombres se dan cuenta de que ha sucedido algo y piden que la gente haga espacio. Una mujer dice ser enfermera y le toma el pulso. El Lalo casi no respira y cada vez está más pálido. En pocos segundos, la

algarabía se convierte en un silencio de espanto. El Lalo yace inconsciente y escupe espuma por la boca.

—¡Un médico, un médico! —gritan las personas que están cerca.

Y todo es como si ocurriera en una película. Javier que por fin llega a la calzada y ve el cuerpo del Lalo y alguien que intenta revivirlo; Federica, que se da vuelta cuando ve que ha perdido a su hermano y a la gente arremolinada en torno a un niño. El corazón se le detiene; le laten las sienes y ahoga un grito de horror. Javier la abraza y la sostiene con fuerza, porque tal parece que Federica está a punto de caerse. El médico pregunta por algún pariente.

—Soy la hermana —dice Federica y la voz parece un hilo de agua.

—Lamento decirle que... dejó de respirar. No sabemos qué pasó. Una ambulancia lo llevará al Hospital de Clínicas para saber qué le ocurrió. Tiene una diminuta picadura en el cuello.

Federica se arrodilla junto al Lalo y le acaricia la frente y las mejillas. No puede ser cierto. ¿Qué ocurrió y cómo? Se siente culpable por no haberse dado cuenta de que el Lalo se desprendió de su mano. ¿Por qué lo hizo, qué vio?

La gente que observa la escena se recompone un poco, todavía impresionada y sigue caminando. Javier mira a un lado y a otro, buscando no sabe qué. Todo es extraño. De pronto, le parece ver a un hombre que sale corriendo y desaparece entre la muchedumbre. Apenas le vio el rostro, y se le heló la sangre. Juraría que es uno de los hombres que le

robaron el celular en el Conte Verde y lo acusaron de hacer mal de ojo. ¿Qué está haciendo aquí? ¿Será posible que...?

En el liceo, la noticia cae como una bomba. Federica insiste en ir, porque si no, siente que se volverá loca. Andrea, la adscripta, es un gran apoyo. Y cuando Federica no aguanta más la tristeza, le aprieta la mano y le dice que llore, que le hará bien. Y Federica llora y no se perdona la distracción.

Unas semanas después, pasados el velorio y el entierro, que será el peor recuerdo de Federica para el resto de su vida, a la salida del liceo, le dice a Javier que quiere hablar con él. Que irá a verlo esa misma tarde, que es urgente.

Javier asiente y no pregunta nada. Su amiga sufre, y él no sabe bien cómo apoyarla, más allá de que no la deja sola. Ella parece haber perdido todas las energías del mundo. La muerte del Lalo dejó a la madre sin consuelo y entró en una depresión profunda, y Federica no sabe qué hacer. Andrea le dice que no puede ocuparse de eso, y que la acompañará a consultar con un psiquiatra. Federica acepta. El médico sugiere una internación transitoria hasta que la madre se recupere un poco.

—Te voy a ayudar, Federica. Aunque suene absurdo, llegará el momento en que tu dolor se hará menos intenso.

—No sé, Andrea. Extraño al Lalo y cada día se parece a una caja vacía imposible de llenar. No sé qué voy a hacer. Supongo que lo primero es resolver lo de mi vieja.

Los profes, comandados por Julián y por Andrea, hacen una colecta y reúnen algo de dinero para pagar la

internación de la madre de Federica. Cuando la ambulancia se la lleva, Federica llora en silencio. Javier le acaricia la cabeza. No hay nada qué decir ante tanto dolor.

Así que esa tarde, cuando Javier está solo en la casa, Federica lo abraza y dice que salgan a dar una vuelta, no importa que haga frío, ya no siente nada.

—Vamos a la estación. Sentémonos junto al Trompo. Me gusta ese lugar —propone Federica y él acepta.

Sí, hace frío y brilla un sol débil y tímido. Aquí y allá, en los balcones y en las ventanas de las casas, se ven las banderas de Uruguay. La copa volvió a donde se lo merece. El país todavía no sale de su euforia por la final del mundo, y hay periodistas que se apostan en el barrio para entrevistar a los vecinos.

—Javi, tomé una decisión. Espero que la entiendas.

Se retuerce un poco las manos.

—Me voy a 1930. Con Tomassino. Sin el Lalo, ¿qué voy a hacer acá? Siempre lo voy a extrañar y todo me recuerda a él. Mi vieja está mal, mal, y su prima, Jorgelina, dice que deberíamos internarla, ¿pero con qué plata? Lo que reunieron Julián y Andrea da para poco más de un mes. Si vendemos la casa... Le pido al Pitufo que se ocupe. Quiero que mi vieja se cure, pero según los médicos puede llevar años. Y vos estás con Michel, que me parece bárbaro y me alegra, pero no me gusta joderte, esa es la verdad.

—¿Cómo que te vas a 1930? ¿Qué quiere decir?

—Eso. Me voy y me quedo allá. Así de fácil. Tomassino está de acuerdo. Ya encontraré algo que hacer. Puedo terminar el liceo allá, ¿no? Seguro que va a ser interesante. Y

estaremos en contacto. Capaz me venís a visitar. Además, seguro que Erre nos dará alguna misión, ¿no? —y trata de sonar alegre.

A Javier el intento de Federica de quitarle dramatismo a la conversación lo enternece y la abraza con fuerza. De todos modos, duda.

—Fede, estás loca. ¿Irte a 1930? ¿Vos? Te vas a sentir pésimo. Acordate de cómo es esa época. No hay feministas, las chicas no juegan al fútbol, y todo el resto. Nada de usar pantalones ni de decir palabrotas.

—Quién te dice que se me dé por armar lío y convenza a alguna compañera de clase de empezar a cambiar un poco.

Javier la mira y, en el fondo, se da cuenta de que la decisión de Federica no lo sorprende del todo. Es capaz de eso y mucho más. Y si eso la hace feliz... es cierto, se pueden visitar.

—¿Y qué va a pasar con tu vieja cuando se recupere y no estés?

—No va a pasar nada. Voy a dejar una carta en que digo que me fui a algún lugar, para empezar de nuevo. Además, con tu ayuda, seguro que cada tanto la puedo visitar, ¿no? Y a ti también, Javi, que te voy a extrañar horrores. Y pensá otra cosa: voy a hacer buenas migas con tu bisabuelo, Javi. ¿No es genial? Y después te cuento. Así desentrañamos todo el misterio familiar. Después del sabotaje fallido, al viejo lo salvaron de casualidad. Así que Massimo andará un poco confundido. No sé.

—Bueno, Fede, si estás decidida, te apoyo, amiga. Te voy a extrañar horrores. ¿Cuándo...?

—Creo que hoy mismo, Javi. No quiero estar más acá. Nos abrazamos, nos despedimos, no miramos para atrás y te mando mensaje cuando llegue, ¿te parece?

A Javier se le encoge el corazón y contiene las lágrimas como puede.

—Además, Javi, al Loro lo echaron del liceo por violento. Casi que lo mandan al INAU. Así que no te va a molestar más.

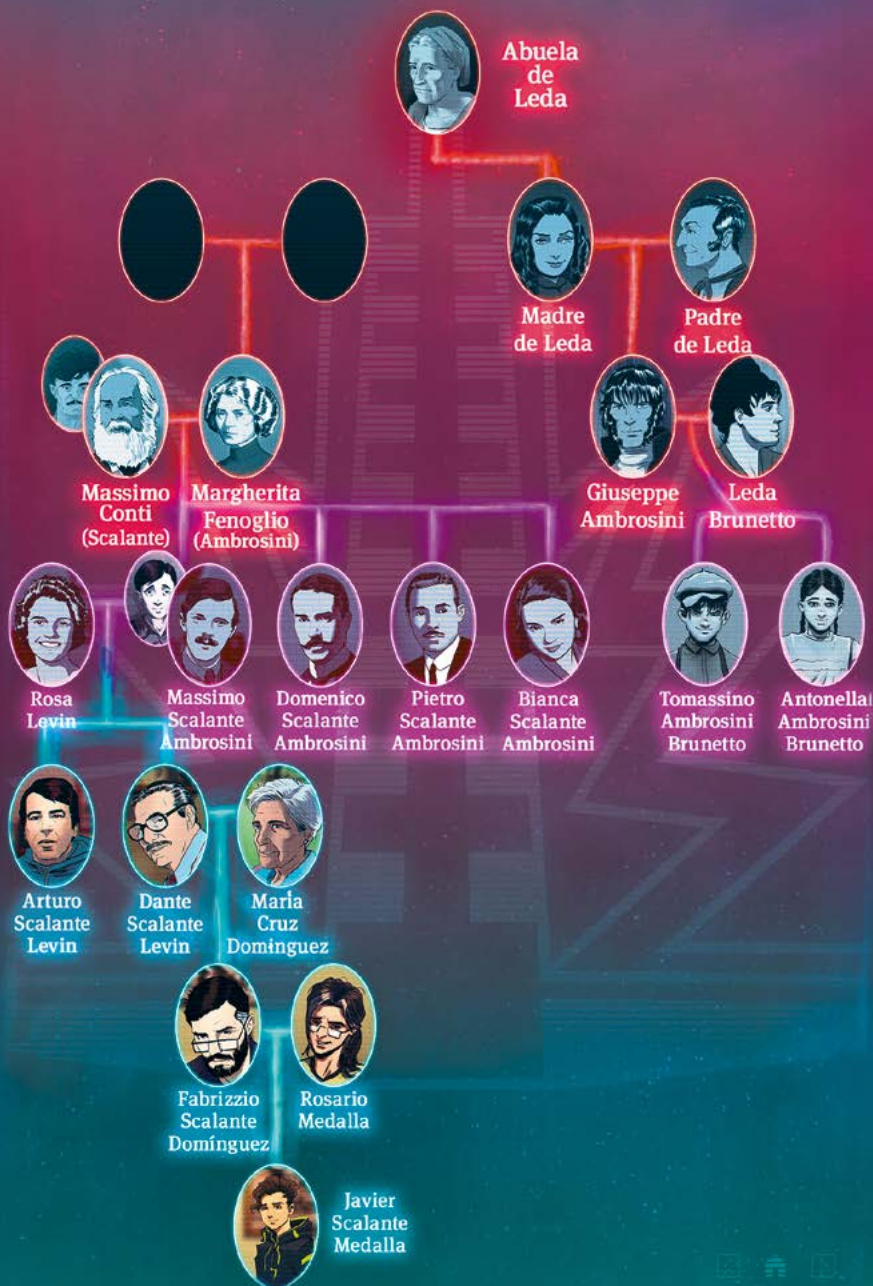
—Así que encontraste una foto... —bromea Javier, pero está sorprendido.

Después se ríe para darle ánimos. La mira y propone sacarse una selfi, que es, sin que ellos lo sepan, premonición. ¿Algún día alguien escribirá sobre esta historia con este desenlace tan insólito? No, a quién le puede interesar...

Después se separan y, tal como dijo Federica, cada uno va para distintos lados y no se dan vuelta para verse por última vez. ¿Dije última vez? No lo creo. Pero no sabemos cuándo.

~ FIN ~





Ahora también
1930: Liga Minecraft.
Ganate un lugar
en la final en
las Olimpiadas
de Robótica,
Programación
y Videojuegos de
Ceibal.

El primer Mundial de
Fútbol como escenario.
Reviví anécdotas y
curiosidades junto
a Alfredo Etchandy,
Andrés Scotti, JC Scelza,
Sofía Romano y más
invitados en nuestro
videopodcast 1930:
Enigma Centenario vía
YouTube y Spotify

Desafiá
tus habilidades
y recorré
los retos que se
encuentran en
desafioprofundo.org.
Jugá y participá del
ranking nacional
de centros educativos.



EXPANSIONES TRANSMEDIA

desafioprofundo.org



Más que un audiocuento,
una radionovela.
Emocionantes episodios
de 1930: *el viaje* y su
spin off 1930: *The Football
Cup* en Spotify

Dejate cautivar
por esta historia de
intriga y aprendizaje.
Conocé a Iris Cabral en
nuestra versión cómic
1930: *The Football Cup*

CONTENIDO

- 15 CAPÍTULO 0**
Ley Mundial
- 29 CAPÍTULO 1**
El misterioso visitante
- 59 CAPÍTULO 2**
La misión de Javier
- 77 CAPÍTULO 3**
La confesión de Fede
- 101 CAPÍTULO 4**
La amenaza en los talleres
y la confesión de Javier
- 123 CAPÍTULO 5**
Instituto del Futuro
- 147 CAPÍTULO 6**
El secreto de los tatarabuelos
- 165 CAPÍTULO 7**
EL SABOTAJE
Y el secreto de Tomassino
- 185 CAPÍTULO 8**
Los aprendices de viajeros en el tiempo
- 215 CAPÍTULO 9**
La decisión de Federica



1930: EL ORIGEN

La segunda entrega de *1930: la trilogía* nos presenta los dilemas de dos jóvenes inquietos, Federica y Javier, que se ven envueltos en una trama que desafía los límites del tiempo y la realidad.

Tras sus vivencias en el transatlántico *Conte Verde*, en el que viajaron desde Europa a Montevideo en julio de 1930, ahora exploran sus propias emociones y relaciones. Por si fuera poco, los protagonistas se ven inmersos en las encrucijadas propias de los viajes en el tiempo. Los conflictos éticos sobre cambiar el pasado y su consecuencia en intervenir eventos históricos.

A medida que se sumergen en los misterios que rodean el primer Mundial de Fútbol, descubren secretos que los obligan a replantearse su visión del mundo, en compañía de los gemelos italianos Tomassino y Antonella. A través de esta historia emocionante, repleta de giros inesperados, somos invitados a reflexionar sobre el amor, la amistad y la importancia de las decisiones.

Esta novela transmedia dialoga con otras expansiones disponibles de la historia. Entre ellas, versiones radionovela en Spotify, cómic en inglés, lectura accesible, torneo en Minecraft, video pódcast sobre curiosidades de este hito del deporte y la aventura gráfica, todas disponibles en **desafioprofundo.org**. La iniciativa recibió el Premio a la Innovación, de PWC, así como el Premio Nacional a la Innovación, de la ANII, en la categoría «Impacto social». *1930: el viaje* fue el libro más leído del 2023 en Biblioteca País. ¡Un fascinante universo de posibilidades te espera!



ANEP

ADMINISTRACIÓN
NACIONAL DE
EDUCACIÓN PÚBLICA



Ministerio
de Educación
y Cultura

